cool & lam

ASESINATO IMPERFECTO

A. A. FAIR

«Hay una póliza de seguros con un valor de $ 75 000, que paga el doble en caso de accidente. Así que si él está muerto quiero establecer ese hecho y cobrar. Naturalmente. Y si él está vivo, entonces quiero el divorcio y una pensión alimenticia».

A. A. Fair

Asesinato imperfecto

Cool & Lam-19

ePub r1.0
fenikz 25.02.15

Título original: *Pass the Gravy*
A. A. Fair, 1959
Traducción: A. Berenguer
Ilustraciones: Alvaro
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

capítulo primero

LA muchacha no debía de tener más allá de quince años. Realizaba laudables esfuerzos para parecer valerosa, mundana y desenvuelta.

Bertha Cool estaba a punto de mandarla a paseo.

Me quedé plantado en el umbral, con la mano en el pomo de la puerta, y dije:

—¡Perdón! No sabía que estuviese ocupada, Bertha.

La muchacha parpadeaba para esconder sus lágrimas. No quería irse, pero tampoco suplicar. Se levantó muy dignamente.

—Le agradezco que me haya dedicado algo de su tiempo, Mrs. Cool, dijo.

Se dirigió hacia la puerta. Bertha Cool dijo, a manera de explicación.

—Mi socio, Donald Lam. Sandra Eden, Donald. Tenemos que hablar de cosas serias.

Los grandes ojos, húmedos de lágrimas, trataron de sonreír.

—¿Cómo está; usted, Mr. Lam? —dijo la pequeña en tono protocolario y bien educado.

Avanzó hacia la puerta, pero tuvo que pararse porque yo no me movía.

—¿Disgustos, Sandra? —pregunté.

Inclinó la cabeza y quiso pasar.

—Nada interesante para nosotros —aclaró Bertha—. Ni un centavo a ganar.

Rodeé la espalda de la chica con mi brazo.

—Un momento, Sandra. ¿Qué sucede?

Bertha abrió desmesuradamente sus ojos.

—Me lo ha contado todo. Te digo que no podemos hacer nada por ella.

—¿Qué querías, Sandra? —insistí.

El calor de mi brazo sobre sus hombros y mi voz compasiva eran demasiado para la pequeña.

Escondió su hociquillo en los pliegues de mi chaqueta y se echó a llorar, con grandes sollozos convulsivos.

—Dios mío —exclamó Bertha—, les tengo horror a esas escenas. Hazla salir de aquí.

—Nos vamos.

—Pero quiero hablarte —repuso Bertha.

—Pues habla mientras me ocupo de Sandra. Siéntate, Sandra.

La acompañé hacia una silla. La muchacha echó una mirada circunspecta a Bertha, y se sentó en el borde de su asiento.

—Bueno —dije—, ¿qué sucede?

—¡No sucede nada! —contestó Bertha en tono rabioso—. Nada de interesante para nosotros. Busca a un tal tío Amos. Si Amos vive, debe percibir dinero; y si le da la gana, puede darle algo a la madre de Sandra. Entonces su madre podrá pagar al médico, y alimentar a sus pequeños. Parece que la madre está enferma y no puede trabajar… Incluso si se encuentra al tío, nada permite suponer que le dará dinero a la madre; y si se lo da, no habrá bastante para pagar los detectives. Por amor de Dios, deja que me ocupe del aspecto financiero del asunto, y haz salir a esa chica.

Cogí la mano de Sandra, la hice levantarse, y la conduje fuera del despacho de Bertha, hasta el mío, al otro extremo del corredor.

Elsie Brand, mi secretaria, alzó los ojos y se puso inmediatamente melosa.

—Venga a tomar unas notas, Elsie —le dije.

Sandra se secó los ojos, sonrió graciosamente y se enderezó. Elsie acompañó a Sandra a mi despacho, la hizo sentar sobre el diván y la cogió por el cuello. Pero sintiendo que a la chica le molestaba, dejó caer su brazo.

—¿Cómo es que has venido a vernos? —le pregunté.

—Veo la televisión, y sé de lo que son capaces unos buenos detectives. Una amiga mía, bibliotecaria, me ha hablado de Cool y Lam; y siempre me ha dicho que si alguna vez me ocurría algo, tenía que venir a verles en seguida. He preguntado por usted, porque me habían contado que era el más astuto de los dos; pero como usted no estaba, Mrs. Cool ha aceptado recibirme.

—¿De qué se trata?

—De mi tío Amos.

—¿Amos qué?

—Gage. Amos Gage.

—¿Y qué le pasa a su tío?

—El tío Amos es… no sé cómo decírselo, es raro.

Bajé la cabeza.

—Y se marcha por esos mundos… Ni mi madre ni yo le queremos mal, porque no sabemos gran cosa del alcoholismo. Mi madre dice que está enfermo. Cuando le da por beber, no puede aguantarse, igual que yo no puedo evitar tener el sarampión.

—Y ahora, ¿está fuera?

—Se marchó a una de esas juergas suyas y no ha vuelto. Le ha escrito a mi madre que regresaba, que ya había vencido la tentación, que ya estaba sereno, y que volvía en
auto-stop
. Pero nadie le ha visto.

—¿Dónde debía regresar?

—A su casa. Al lado de la nuestra. El tío Amos nos quiere, a mi madre y a mí.

—Vamos a ver, ¿es el hermano de tu madre?

—No. Mi madre se había casado con su hermano, y luego éste, es decir, mi padre, murió; mi madre se casó con James Eden, y luego se separaron.

—¿Y continuáis relacionándoos con vuestro tío Amos?

—¡Oh, sí! Es muy bueno. Nos quiere mucho.

—¿Qué ha sucedido?

—Mi tío Amos recibe dinero de un administrador judicial. Le da treinta dólares al mes a mi madre. Este mes, supongo que no ha cobrado nada. En todo caso, no le hemos visto.

—¿Y no habéis recibido noticias suyas?

Sandra movió la cabeza.

—Tan sólo una postal. Decía que estaba de regreso y que nos vería en cuanto llegase. Pero no ha llegado.

—¿De dónde le viene ese dinero?

—De la herencia de su tío.

—¿Sabes cómo se llamaba ese tío?

—Elbert.

—¿Sabes a cuánto asciende la herencia?

—No. Sé que es importante, pero el tío Amos, de momento, sólo cobra una parte. Luego recibirá más.

—¿Está tu madre al corriente de eso?

—Claro. Le da treinta dólares al mes. Y ha dicho que cuando cobre toda la herencia, le dará más. Lo cobrará todo cuando tenga treinta y cinco años. Le dijo a mi madre que ha hecho un testamento a su favor, para el caso de que muriese. Supongo que mi madre y yo somos las personas más allegadas a él. Le queremos mucho.

Consulté mi reloj antes de contestar.

—Es preciso que vea a Bertha Cool para un asunto importante. Cuéntale tu asunto a Elsie Brand que está ahí. Dale el nombre de tu madre y su dirección, y el número de teléfono si tenéis. Y luego vuelve a casa, Ay… ¿sabes espabilarte sola con los autobuses?

Me fulminó con su mirada.

—¡Naturalmente! ¡Voy a cumplir quince años!

—Bueno, vete a casa, y ya os avisaremos en cuanto haya alguna novedad.

—Pero Mrs. Cool me ha dicho que no podía perder su tiempo en asuntos de esa clase, que irían a la quiebra si se ocuparan de ellos, que eran cuentos de críos y… y que…

Sandra parpadeó.

—Bertha Cool parece fría y dura como un diamante. Pero no te dejes engañar por las apariencias. Bajo esa máscara late un corazón de hormigón y cemento.

Y haciendo un signo con la cabeza a Elsie, añadí:

—Tome las notas necesarias. Voy a entrar en la jaula del león.

capítulo dos

POR la forma, el peso y la maldad, Bertha Cool me recordaba invariablemente un gran ovillo de alambre. Sus ojillos penetrantes me examinaron lanzando destellos.

—¡El Príncipe Encantador! Papá Noël en persona. Me has disfrazado de Bruja Traganiños para representar mejor ante la chica el papel de Príncipe Encantador.

—Ya tienes deseos de saber lo que quería.

—Sé bien lo que quiere. Busca compasión, calor y caridad. Ese es el mal contigo. Tienes todas las innobles virtudes del sexo llamado fuerte. Que una mujer de cualquier edad mueva sus cejas para contener las lágrimas y ya estás dispuesto a representar la escena de caballero de la Tabla Redonda. Si no fueses tan estúpido, comprenderías la vida. Esa chica tiene una madre. La madre es demasiado mayor para desempeñar la misión. Si nos manda a su pequeña no es porque esté lo bastante enferma para no poderse desplazar, sino para tocamos nuestra cuerda sensible.

Me limité a sonreír.

—¿Por qué querías verme?

—No tengo la menor gana de verte. ¡Tú y tus grandes aires caballerescos! ¡Tú y tu gran corazón! Dios mío, Donald, si no estuviese bien asentada sobre la caja, pronto me vería reducida a la mendicidad.

—¿Puede esperar?

—¿Qué es lo que puede esperar?

—¿Lo que tenías tanta prisa por decirme?

—Por Dios, no, eso no puede esperar.

—En tal caso, te escucho.

—Oh, no —dijo socarronamente Bertha—. Bueno, es igual, no tiene ninguna importancia. No se trata más que de quinientos

dólares de provisión de fondos, cincuenta dólares por día de honorarios, trescientos dólares de gastos, y una prima de quinientos cuando el asunto esté resuelto de una manera o de otra. Ya te lo he dicho, ningún interés.

Los diamantes centelleaban en los dedos de Bertha, cuando hizo un gesto impaciente con las dos manos, como si echase alguna cosa al cesto.

—No tenemos necesidad de eso. ¡No! Somos demasiado altivos y demasiado independientes para preocuparnos de una nimia cuestión de dinero. El dinero, ¿qué es? ¿Para qué sirve? Mientras que la carrera de los espejismos… ¡Perdón! La agencia Cool & Lam no trabaja sino para las escuelas maternales.

Bertha se iba excitando. Hizo como quien descuelga el teléfono:

—¿Cómo dice? ¿Dos mil dólares? Lo siento mucho, eso no nos interesa. Todos nuestros agentes están en vilo para encontrar el oso de terciopelo de una niña de cinco años que no recuerda dónde lo dejó.

Bertha hizo como quien cuelga el auricular brutalmente. Yo abrí la puerta.

—¿Dónde diablo vas? —me gritó.

—Lejos. Tengo trabajo.

—¡Trabajo! Una chiquilla desenvuelta de ojos azules. ¡Por Dios! Vuelve aquí y hablemos seriamente.

—Hasta ahora nadie se ha preocupado de hablar seriamente.

Bertha apretó sus dientes de bulldog, sus carrillos caídos se estremecieron de indignación. En seguida hizo refulgir los diamantes y recogió un legajo de papeles.

—Óyeme: Malcolm Greenlease Beckley ha desaparecido hace más de ocho días. Su mujer, Daphne Beckley está como loca. Quiere que se le encuentre.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —chilló Bertha—. ¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Imagino que debe estar enamorada del pobre majadero.

—¿Seguro?

—¿Qué? ¿Qué es lo que te hace preguntar eso?

—La prima de quinientos dólares. Una esposa no ofrece una prima así después de sólo una semana de separación.

Los ojos de Bertha quisieron fulminarme, pero, no obstante, se

hizo patente en ellos un fulgor de interés admirativo.

—Eres un astuto sabueso, Donald. A veces me pregunto cómo te las arreglas… Otras veces me extraño de que no haya habido mujeres ávidas que consiguieran robarte los dientes de oro, la camisa y lo demás.

—¿Hay, pues, una cuestión de seguro?

—Setenta y cinco mil dólares, y el doble en caso de fallecimiento por muerte accidental.

—¿Por dónde empezamos?

—Vas a empezar por ir a ver a la señora Beckley. Se llama Daphne. Es todo un lío, si la escuchas a ella.

—Y ¿dejas que vaya a verla solo?

—No te preocupes. La cuestión del dinero está ya resuelta. Puedes ir y dejarte conquistar. Eso no cambiará nada. Los precios están fijados, y te prevengo, Donald, que no tratará de seducirte. Sabe que por mi parte no obtendrá ni un descuento del cinco por ciento y encontrarás a nuestra querida cliente con los ojos bajos. Pero si la gorda Bertha no hubiese fijado el precio, tendrías que hacer frente a unos fuegos artificiales de piernas cruzadas y de miradas asesinas.

—¿Dónde he de verla?

—En los apartamientos Ringold. Número 721. Te espera. Ve, te contará su asuntito, a menos que ya haya cambiado de parecer, mientras te divertías cogiéndole la mano a esa chicuela magrucha.

—¿Y los gastos? —pregunté.

—Tenemos trescientos dólares; si nuestros gastos pasan de esa suma, los pagamos de nuestros honorarios.

—No basta.

—Tendrán que bastar.

—Bueno. Voy a extenderme un cheque de trescientos dólares, a cuenta de la nota de gastos.

Bertha frunció las cejas con furia.

—También podrías empezar con cincuenta dólares diarios, y volver a buscar más según tus necesidades.

—No trabajo de esa manera. Mi método consiste en empezar con trescientos dólares, y devolver luego lo que no haya gastado.

La cara de Bertha volvióse encarnada y emitió algunos sonidos inarticulados, pero no aguardé la explosión. Abrí la puerta, la volví

a cerrar cuidadosamente, y regresé a mi despacho.

Sandra Eden todavía estaba hablando con Elsie Brand. Eché un vistazo a las notas de mi secretaria.

—¿No hay fotografías? —pregunté.

—Sandra cree que su mamá tiene alguna.

—¿Cómo has venido? —le pregunté a la niña.

—En el autobús.

—¿Quieres volver en coche?

—¿Con usted?

Incliné la cabeza, y sus ojos se iluminaron.

—¡Cuánto me gustaría!

—Entonces, ven.

Me detuve en caja el tiempo de recoger mis trescientos dólares, hice subir a Sandra al trasto de la agencia, y arranqué.

La casa donde vivía Sandra era bastante vieja, y la señora Eden no esperaba visitas.

—Estoy horrible —dijo—, no puedo recibir a nadie.

—No vengo a verla, sino a oírla. Además, tengo prisa.

Hizo un gesto falsamente exasperado, pero su mirada era dulce al mirar a Sandra.

—Sandra me dijo que iba a verle. He intentado disuadirla. Se necesita dinero para contratar detectives.

—Es verdad.

—Claro —replicó ella, con una sonrisa forzada—. Precisamente andamos un poco cortos de eso.

—Háble me del tío Amos.

—Se llama Amos Gage. Debe cobrar pronto la herencia de su tío.

—¿Cómo se llamaba su tío?

—Elbert.

—¿Y ese dinero?

—Está en depósito. Si Amos Gage llega a los treinta y cinco años, y no ha sido nunca condenado por un delito penal, recibe la totalidad de la fortuna. Si muere antes de los treinta y cinco o si es objeto de condena, el dinero debe ir a diversas, obras benéficas.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Dentro de quince días cumplirá los treinta y cinco años. Entretanto el administrador judicial le pasa una mensualidad.

—Curiosa situación. Por poco que conduzca en estado de

embriaguez, la fortuna se le esfuma.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque es un delito grave que muchas personas cometen.

—Pues bien, él… Es… Creo que era eso lo que inquietaba a su tío. ¿Comprende? Tío Amos es aficionado a la bebida.

Moví la cabeza.

—¿Sandra no se lo había dicho?

—Oiga, me gustaría escuchar su versión.

—Usted… ¿Quiero decir su agencia acepta ayudamos?

—No lo sé bien. Espero que podremos arreglarnos.

—No tengo un céntimo.

—Lo sé.

—¿Y si le encuentran, puede que sea algo fuerte?

—¿El qué?

—Tengo miedo de que haya conducido algún automóvil borracho, y que esté por ahí, en cualquier cárcel. De todas maneras hubiera sido bastante astuto para dar un nombre falso.

—¿Y su permiso de conducir?

—No hubiera cometido el error de enseñarle. Ha podido tirarlo por ahí.

—¿Es inteligente?

—Sí, bastante. Para ciertas cosas.

—Bueno. Le encontraremos; y si está en la cárcel por conducir en estado de embriaguez, ¿qué pasa?

—Pierde todo el dinero.

—¿Cuánto?

—Creo que ahora debe de representar unos setecientos cincuenta mil dólares. La herencia era de medio millón, pero el dinero ha sido invertido muy juiciosamente y las acciones han subido.

—¿Y si le encontramos y no está en la cárcel?

—Entonces me ayudará. Le necesito mucho este mes, pero tengo miedo… No pienso más que en eso, Mr. Lam. Me vuelve loca pensar que no hemos sabido nada de él. Tengo mucho miedo de que esté detenido en algún sitio.

—¿Cuándo tuvo noticias suyas por última vez?

—¿Puedo tenerle confianza, Mr. Lam?

—Sí. Además será mejor.

—Tío Amos es un borracho, intermitentemente. Sale para sus famosas juergas y como sabe lo que va a ocurrir si conduce en estado de embriaguez, en cuanto bebe una copa, mete las llaves en un sobre y me las manda.

—¿Vive cerca de ustedes?

—En la puerta de al lado.

—¿En un piso?

—No, en un «*bungalow*».

—¿Dónde deja su coche?

—En su garaje, detrás de la casa.

—Le manda, pues, la llave. ¿Y luego?

—Yo se la guardo hasta que la crisis haya pasado completamente. A veces vuelve a mendigar sus llaves, pero yo no se las doy si no ha superado ya el ataque.

—Y ¿cómo sabe que lo ha superado?

—Bueno, no es ya el mismo. Es difícil explicárselo.

—¿Se había usted casado con su hermano?

—Sí.

—¿Y su marido de usted murió?

—Sí.

—¿Se ha vuelto a casar?

—Sí.

—¿Sandra es hija del primer matrimonio?

—Sí. Cambió de nombre cuando me casé con James Eden.

—¿Por qué?

—La familia me ha odiado siempre. Todos, aparte del tío Amos.

—¿Y Elbert?

—No me ha aceptado nunca. A la muerte de mi primer marido, Elbert me cerró su puerta. No ha querido verme nunca más; ni tampoco a Sandra.

—¿Cómo se llamaba su primer marido?

—Norman Gage.

Me quedé silencioso.

La señora Eden esperó un momento y continuó:

—Volviendo a Amos, esta vez he recibido un sobre con las llaves de su coche. Yo sabía que tío Amos había salido a correrse una juerga, sin duda para celebrar por adelantado sus treinta y cinco años. Estaba terriblemente inquieta y llena de aprensión.

—¿Y luego?

—Hace unos días me mandó una postal desde Carver City. Me decía que ya estaba despejado y que regresaba.

—¿De Carver City?

—Sí.

—¿Cómo pensaba regresar si tenía usted las llaves de su coche, y si él estaba sin un céntimo?

—En
auto-stop
.

Enarqué las cejas.

—Cuando el tío Amos sale de juerga… —explicó—. Es preciso que comprenda, Mr. Lam; es una especie de necesidad extraña. No sólo el deseo de beber, sino uno más profundo, algo psicológico, o fisiológico, no sé… Eso…

—Es perder el tiempo tratar de poner en claro los móviles de los borrachos intermitentes. Nadie entiende nada en ello.

—En fin, el tío Amos es así. Bebe hasta que no le queda más dinero. Cobra trescientos dólares cada mes. Creo que se los dan por administración judicial. Para terminar, su tío desconfiaba de él, por su prodigalidad, y no quería que tuviese demasiado dinero para gastarse.

—Ya veo.

—Entonces, cuando lo ha gastado todo; en general busca una estación de servicio dirigida por un miembro del Rotary.

—¿Del Rotary? ¿Por qué?

—Porque es miembro de ese club. Dice que siempre encuentra alguno; sale, pues, a encontrar al dueño del garaje, le dice quién es, le cuenta su historia y le pide que le ayude a hacer el
auto-stop
. A veces tropieza con un hombre lleno de buena voluntad que le procura un coche que vaya en su dirección. Otras veces el del garaje se contenta con cerrar los ojos, mientras él habla con los automovilistas de paso. El tío Amos escoge también, preferentemente, viajeros miembros del Rotary.

—¿Y vuelve a casa?

—Sí. A veces llega en dos o tres etapas; otras tiene la suerte de hacer el trayecto de un tirón.

—¿Ha recibido, pues, una carta del tío Amos?

—Echada al correo en Carver City, sí. Me decía que todo iba bien, que la crisis ya había pasado, que estaba sin un céntimo y que esperaba tener suerte en cierto garaje dirigido por un Rotary. Contaba con estar de regreso antes de veinticuatro horas.

—¿Y luego?

—Silencio, silencio absoluto.

—¿Ha pensado usted en avisar a la policía?

—He pensado en ello, pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de que la policía descubra algo, y que la cosa pase a ser oficial.

—¿O sea?

—Si está en la cárcel, harán un informe y se sabrá.

—Mientras que nosotros…

—Una agencia privada podría encontrarlo y… Caramba, si soy su cliente, ¿tendrá que protegerme, no? No tendría necesidad de decir todo lo que supiera. ¿Podría ayudarle a salir de la cárcel para que… En fin, sin que se sepa?

—¿Quiere usted decir que faltaría deliberadamente a la verdad para que cobrara su herencia?

Bajó un momento los ojos; luego, los volvió a levantar con un fulgor de desafío.

—¡Sí! Esas disposiciones testamentarias son crueles e injustas. Han contribuido a hacerle perder su confianza al tío Amos. Si le hubiesen dejado tranquilo, se habría salido muy bien de ellas. Comprendo que tenía necesidad de cuidados, pero ese administrador es un tipo pomposo y solemne, lleno de desprecio y con aire de virtud ultrajada. Es odioso. Según el testamento, tío Amos cobra trescientos dólares al mes, pero ha de presentarse él mismo en el despacho del fideicomiso. El procurador le da los trescientos dólares en moneda, y tío Amos firma un recibo. El procurador añade cada vez un sermón por su cuenta. Tío Amos se pone tan furioso, que se precipita en el primer bar que encuentra.

Me volví hacia Sandra.

—Imagino que Sandra está al corriente de todo eso.

—No tenemos secretos la una para la otra —dijo su madre.

—¿Tiene usted alguna fotografía?

—Tengo una, una foto de aficionado, de nosotros tres, hecha hace seis meses.

—¿Se parece?

—Sí, ya lo creo. Naturalmente es sólo una fotografía de aficionado, pero yo encuentro que se le parece.

—Veámosla. También quisiera ver la tarjeta postal, si la ha conservado usted.

La mujer se levantó y se dirigió hacia una pequeña librería, de la que extrajo un tomo de las *Aventuras de Ellery Queen*. A su lado había tres de Conan Doyle; algunos libros de Nero Wolfe, por Rex Stout, y un volumen titulado *Los crímenes de Los Ángeles*. Enarqué las cejas.

—Las lecturas de Sandra —explicó la señora Eden. Esta niña se alimenta de literatura policíaca. He aquí la foto. La guardo en un libro para que no se estropee.

Me tendió el retrato, y luego fue a buscar la postal en un pequeño *secretaire*. Examiné las dos y metí la fotografía en mi bolsillo.

—¿Y no ha tenido más noticias de Amos Gage desde las de Carver City?

—No.

—Bien, voy a reflexionar un poco sobre todo esto, y ver si podemos ayudarla —le dije, devolviéndole la postal.

Estreché su mano, y Sandra, como una perfecta pequeña ama de casa, me acompañó hasta la puerta.

capítulo tres

TELEFONEÉ al *Daily Tribune* y pregunté por la sección de documentación. En cuanto tuve a Marlene Hyde al aparato, la muchacha encargada de la sección necrológica del diario, le dije:

—Hola, beldad, soy Donald.

—Donald. ¿Pero por dónde andabas?

—Trabajo, trabajo.

—Hace un siglo que no te veo.

—Persigo a los asesinos en sus madrigueras.

—Harías mejor viniendo a investigar aquí y te evitarías tener que andar de un sitio a otro.

—Es una excelente idea. ¿Y si me preparases mi documentación para que pueda entrar y salir en seguida?

—De acuerdo, pero ¿por qué tienes siempre tanta prisa?

—Es culpa tuya. Eres tan apetitosa, que me muero de hambre así que te veo, y debo irme corriendo a tomar algo.

—Tenías que decirlo antes. La próxima vez te prepararé una tarta y la traeré a la oficina.

—Estupendo. Entretanto busca en tus archivos a un tal Elbert Gage, que murió hace unos cuantos años dejando una fortuna en administración judicial a un sobrino suyo llamado Amos. Hay una especie de cláusula antipródiga en él. En los diarios de aquel tiempo debe de haberse hablado de ello.

—¿Cómo dices? ¿Gage?

—Exacto.

—¿G. A. G. E.?

—Exacto.

—Los busco. ¿Cuándo vendrás?

—Dentro de un cuarto de hora.

—Te espero en las verjas del parque.

Conduje el coche de la agencia hasta el *Tribune* y encontré milagrosamente dónde aparcar.

Marlene tenía los cabellos rojos y un color que le sentaba bien. Además, tenía una nariz respingona e insolente y un chasis que le había valido ser elegida *Miss* No-sé-qué unos años antes. Los diarios hablaron mucho de ella. Un día, para hacerla enfadar, pedí la documentación de Hyde, y extendí sobre su mesa una serie de fotografías en traje de baño de la guapa.

—Me sorprende que conozcas todavía el camino de esta oficina —dijo con aire burlón al verme llegar.

—¿Tanto tiempo hace que no vengo?

—Efectivamente, tanto tiempo. ¿Qué te pasa, qué haces y qué es de tu abominable mujer de las nieves de tu socio?

—No es tan abominable como eso. Emite sonidos abominables, eso sí, pero nada más.

—Pero si es horrible. ¿Sabes una cosa, Donald?

—¿Qué?

—Se muere de miedo de que te cases, de que lleves otra intuición femenina al negocio y… ¡Ah!, cuesta explicarlo. Bertha está enamorada de ti en cierto sentido.

»Sí, hay algo. Es una curiosa mezcla. No creo que a Bertha Cool le gusten los hombres.

—Ha sufrido un matrimonio que se le volvió agrio, hace años.

—Es su versión. Yo creo que es ella quien lo volvió agrio.

—Sea como sea, Bertha sí que es agria.

—Es lo menos que se puede decir.

—¿No tienes otros temas de conversación?

—¿Qué me propones?

—¿Cómo es que hemos llegado a hablar de matrimonio?

—Soy yo. Me parecía haberlo provocado con bastante sutileza.

—Es verdad. Me preguntaba únicamente cómo es que habíamos ido a parar a eso.

—Los hombres son todos iguales. Se dejan llevar a ese género de conversación, mientras piensan en otra cosa.

—Por ejemplo…

—¿Quién hace alusiones ahora? Venga, Donald, ya hay bastante. Ya es hora de que me digas que tienes prisa y que necesitas la documentación sobre Gage.

—Tengo una prisa terrible, y necesito la documentación sobre Gage.

Me dio un gran sobre, y registré su contenido.

Había una foto del interfecto, y un retrato de Amos, tomada diez años antes. El tío Amos presentaba todos los estigmas de la juventud dorada de la época.

También había una copia del testamento, donde se precisaba que el legatario apreciaba mucho al hijo de su hermano, que no tenía ningún descendiente directo, que dudaba de que su sobrino fuese capaz de comportarse de manera razonable, en caso de que una gran fortuna le cayese en las manos, y que prefería dejarla en manos de un fideicomiso, a fin de que… etcétera, etcétera.

Averigüé rápidamente los poderes concedidos al fideicomiso. Dicho personaje tenía plena libertad de concederle una mensualidad al beneficiario, y de administrar la fortuna hasta que el citado beneficiario llegase a la edad de treinta y cinco años. A los treinta y cinco años, si Amos Gage vivía aún y si no había sido condenado por ningún delito grave en el transcurso de su vida, debía entrar en posesión de la totalidad de la fortuna de su tío.

En caso de que Amos Gage muriese antes de llegar a los treinta y cinco años, o si hubiese sido condenado por algún delito grave, la mitad de la herencia debía ir a diversas obras y organizaciones filantrópicas, y la otra mitad a los herederos eventuales, a condición de que no fuesen de Amos Gage ni descendientes del mismo. Seguía una lista de instituciones de caridad que interesaron al difunto.

El fideicomiso en quien el testador había depositado toda su confianza era un tal

Jerome L

. Campbell. Si éste muriera antes de haber realizado su función, se nombraba un sustituto. Y si el sustituto moría, quedaba otro para recoger la antorcha. Por los recortes de prensa me enteré de que Campbell era banquero, y ambos sustitutos procuradores de los tribunales.

Volví al despacho de Marlene y la encontré telefoneando. Algún reporterillo debía de contarle un chiste, porque reventaba de risa, mientras dibujaba distraídamente figuras geométricas en el papel secante.

Me acerqué de puntillas y puse un dedo sobre el aparato para

cortar la comunicación. Ella se volvió, furiosa, con los ojos echando chispas. Su cara estaba solamente a unos centímetros de la mía. Le di un beso.

Era la segunda vez en mi vida que la besaba. El beso de Marlene tenía todas las cualidades que se espera encontrar en una pelirroja.

Cuando la solté, toda ella era de color de rosa.

—Quisiera creer que me has sorprendido solapadamente con éste sólo objeto, pero no me hago ilusiones. Mi instinto me dice que quieres otra información y que no tenías la paciencia de esperar que hubiese terminado de hablar por teléfono.

—Jerome L. Campbell —dije.

Me miró de arriba abajo.

—Un caballero galante hubiera tenido la elegancia de mentir.

—Bueno. Olvidémoslo todo y volvamos a empezar.

Me dio un bofetón afectuoso y contorneándose se fue a buscarme la documentación acerca de Campbell.

En sus papeles no había nada interesante. Los recortes de prensa habían sido conservados únicamente para escribir la nota necrológica de una personalidad más o menos conocida del mundo de las finanzas.

Campbell había presidido un banquete. Campbell había pronunciado un discurso de apertura en el Congreso de la Alta Banca. Campbell había sido juez en el transcurso de un debate interuniversitario.

Palabras, y nada más. Anoté la dirección del individuo y devolví el sobre a Marlene.

Me fui al despacho de Jerome Campbell y le dije a su secretaria que quería hablarle a propósito de la herencia de Gage.

Hubo una consulta telefónica, y fui admitido en el «santuario».

Campbell era un hombre fuerte, de ojos fríos y francos. Debió dedicar mucho tiempo a encontrar la expresión de sinceridad abierta que había quedado clavada en Su rostro. Al hablar, le gustaba separar las dos manos como si rechazara toda tentación de disimulo.

Me miró con el aire condescendiente propio de los hombres altos y fuertes cuando se encuentran en presencia de un interlocutor de metro sesenta que no pesa más que sesenta y dos kilos.

—¡Señor Lam! —exclamó, como si fuera el nombre de un perro

que acaba de ganar un primer premio.

—¿Qué puede saber de la herencia de Gage?

—¿Y por qué le interesa?

—Escribo.

—¿Es periodista?

—Digamos que soy un aficionado. Vengo del *Tribune*. Acabo de consultar toda la documentación acerca de este asunto.

—Estoy seguro de que no podría informarle de nada nuevo.

—Yo estoy persuadido de lo contrario. Según mis informes, Amos Gage debe cumplir los treinta y cinco años el veinticinco de este mes. ¿Qué ha hecho con la sucesión?

—No he hecho absolutamente nada —dijo fríamente Campbell.

—¿No ha preparado usted nada para entregarle la herencia?

—¿Por qué iba a hacerlo? Las condiciones no se han cumplido todavía.

—¿Qué condiciones?

—Las condiciones precisadas por el testamento. No es que yo lo sepa, pero Amos Gage puede estar muy bien en una cárcel cualquiera.

—Y si estuviera en la cárcel, ¿no le entregaría la fortuna?

—¿Ha leído usted el testamento?

—Sí.

—Si está en la cárcel, todos los fondos van a parar a obras de caridad. Me permitirá añadir, Mr. Lam, que si quiere escribir un artículo sobre la situación, me gustaría que insistiese acerca de los efectos nefastos del alcohol sobre el carácter de un hombre. No violo ningún secreto si le digo que Amos Gage es un borracho inveterado. Su tío lo sabía, y lo deploraba.

—¿Le pasaba usted una mensualidad a Amos?

—Efectivamente. El importe de la mensualidad quedó a mi entera discreción. Según el testamento, debo entregarle un mínimo de trescientos dólares al mes. Más, si a mí me parece.

—¿Y qué ocurrirá con esos trescientos dólares cuando Amos Gage tenga treinta y cinco años?

—Nada, naturalmente. Se le entrega la totalidad de la fortuna, y mi papel ha terminado. No obstante, si la herencia ha de ir a instituciones benéficas, tengo tres años por delante para vender las diversas acciones y obligaciones y convertirlas en moneda, en el

mejor interés de todos. Confieso que el testamento se hizo muy de prisa, pero es válido. Elbert Gage dejaba siempre para más tarde el momento de redactar su testamento, y lo hizo en el último minuto. Murió apenas un mes después de haberlo firmado. Era verdaderamente una situación lastimosa, un hombre sin familia a la que confiar su fortuna. El alcohol es una plaga, Mr. Lam.

—Sí entiendo bien, si Amos recibe la fortuna ¿es indiferente que lo sea en forma de acciones y obligaciones o en especies?

—Exacto, pero solamente si la entrego a Amos. En caso de que fuesen las instituciones benéficas las que heredasen, debo permanecer en mi puesto durante tres años, para liquidar las acciones y pagar el importe en especies.

—¿Sus servicios le son pagados?

—Tengo compensaciones.

—¿Cuánto?

—No le importa a usted nada.

—¿Cómo le paga su mensualidad a Gage? ¿Le manda un cheque?

—Nunca. Mis responsabilidades son demasiado importantes para que las trate tan a la ligera. Hago venir a Gage personalmente a mi despacho, todos los meses, en una fecha fija. Le pago la suma de dinero, y exijo un recibo.

—¿Cuantas veces le ha dado más de trescientos dólares?

—¡*Nunca* le he dado más de trescientos dólares! No me ha demostrado jamás suficientemente su deseo de enmendarse para merecerlo.

—¿Tiene la intención de buscar usted mismo a Amos Gage en la fecha en que debería entrar en posesión de su herencia, y…?

—De ninguna manera. Soy fideicomiso. Es el señor Gage a quien le toca venir a verme el día de sus treinta y cinco años y demostrarme que todas las condiciones exigidas se han cumplido debidamente. Teniendo en cuenta que la fecha en que debía cobrar su última mensualidad ha pasado sin que yo le vea, me permito confesarle, Mr. Lam, que sospecho que no anda todo muy bien.

—¿Qué quiere usted decir con eso de que no anda todo muy bien?

—Quiero decir que puede estar pasando disgustos serios, y que incluso puede estar en la cárcel. Me parece que está detenido contra

su voluntad.

—¿Y si lo está?

—Si está en la cárcel, el dinero irá a beneficencia.

—Supongo que no hará usted nada sin consultar a sus abogados.

Enrojeció súbitamente.

—¿Qué quiere usted decir, al referirse a mis abogados? ¡No tengo ninguna necesidad de abogados! Presento mis cuentas al tribunal cada año, con puntualidad. Me presento solo. El año pasado, la Sala me felicitó por mi gestión.

—Si es usted su propio abogado le aconsejo que eche una mirada a los términos del testamento.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que según los términos del testamento, debe entregarle la herencia si está vivo y si no ha sido *condenado* por un delito grave antes de los treinta y cinco años.

—Ya lo sé. Nadie piensa negarlo.

—¿Y qué dice usted de la palabra «grave»?

—Cualquier delito es un delito grave —pontificó Campbell. Todo lo que puede conducir a un individuo a la cárcel es un delito grave. Conocía muy bien los sentimientos del testador, y los comparto.

—Hay otra palabra que podría darle que pensar.

—¿De verdad? ¿Cuál?

—Condenado.

Campbell abrió la boca para contestar, pero cambió de idea de pronto. Apretó los labios, hizo una buena respiración, y añadió:

—Quiere decir que…

Se detuvo, y se puso a reflexionar sobre la situación.

—Exactamente. Quiero decir que incluso si Amos Gage ha sido acusado de flagrante delito de asesinato, ha sido detenido por dicho asesinato, y ha sido juzgado, pero el jurado no ha dado el veredicto *antes* de su treinta y cinco aniversario, antes del día veinticinco de este mes, le tendrá que pagar usted el importe de la herencia.

—Pero… —se ahogaba Campbell—; pero… ¡Es ridículo! ¡Es insensato, Mr. Lam!

—Son los términos exactos del testamento.

—Quizá, pero no el espíritu.

—¿Qué es lo que hace la ley, la letra o el espíritu? —pregunté inocentemente.

—Yo… Mr. Lam, ¿busca usted cogerme en una trampa?
—De ninguna manera. Ha caído en ella usted mismo.
Salí, dejándole completamente anonadado y furioso.

capítulo cuatro

POR pura cortesía, para evitarle a Bertha un ataque en caso de que la señora Beckley volviese a telefonear para decir que yo no había ido, dejé dos o tres tonterías que quería hacer y me dirigí a los apartamientos Ringold, al número 721.

Daphne Beckley era una morena picante. Sus cabellos tenían de noche reflejos de claro de luna. Sus ojos eran dos pozos profundos y sombríos. Su cuerpo, de talle estrecho, pero lleno de curvas interesantes. No tenía treinta años, quizá veinticinco. La única cosa que desentonaba era su boca. Sus labios eran demasiado gruesos; pero sabía servirse de su «*rouge*» y, de lejos, su boca se convertía en un capullo de rosa, quizá un poco desproporcionado.

Conocía el valor de sus curvas, y sabía hacerlas valer.

Hay mujeres que contonean sus caderas, y no es más que un contoneo. Otras hacen los mismos gestos y el resultado es tan suave como una cadencia; pero la mayor parte de las chicas que hacen *strip-tease* conocen el truco.

Una buena *stripteaser* puede quitarse los guantes y dar la sensación de que está desnuda. Daphne Beckley era así. Me miró de frente, bajó los ojos, los clavó de nuevo en mí, y murmuró con voz engolada:

—Ah, sí, Mr. Lam. Su asociada me anunció su visita.

Aunque se había sentado modestamente en un sillón, su voz y su gesto daban la impresión de que estaba echada. Hice un esfuerzo para hablar en tono preciso y formal, abriendo un carnet sobre mis rodillas para guardar la compostura:

—Creo comprender que su marido ha desaparecido y que desea encontrarlo.

Los ojos negros de párpados gruesos centellearon entre sus largas cejas antes de cerrarse púdicamente.

—Es posible —murmuró—, que no quiera recuperarlo. De momento deseo saber sencillamente qué ha sido de él. Hablando claro, mis sentimientos son más pecuniarios que conyugales.

—Ya lo veo.

—No ve usted nada absolutamente. Dice eso para ser amable. De hecho le he extrañado. No está acostumbrado a tratar con mujeres tan francas como yo, ¿no es eso?

—No tengo la costumbre de tratar a ninguna mujer. Las mujeres reservan sorpresas.

—Pues bien, yo soy franca. Tengo los medios para serlo. No he tenido nunca necesidad de recurrir a subterfugios. Si alguien me gusta, se lo digo. Si las preguntas no me gustan, lo comprenden en seguida.

—Y ¿cuál es su actual estado de espíritu en lo que se refiere a su marido?

—Eso es lo que ni yo misma sé —dijo, pasando un dedo sobre su rodilla y acariciando su media de nylon, de la que ni me había dado cuenta—. A decir verdad, quizá debiera confesarle, míster Lam, que la última vez que le vieron, la noche del cinco, mi marido viajaba con una rubia autoestopista. Me había telefoneado todas las noches, regularmente, hasta que esa pequeña pilluela regordeta entra en escena. Luego, parece que ha perdido la brújula.

—Facilitaría mi trabajo conocer todos los detalles.

—Mi marido es viajante de comercio. Es un buen vendedor, pero en realidad, Mr. Lam, no tenemos ahorros. Si hubiera de pedir el divorcio, no habría suficientes bienes gananciales para pagar los gastos del pleito. Por otra parte, mi marido tiene una renta más que aceptable; se la gasta, y yo siempre le he ayudado en ello cuanto he podido.

Moví la cabeza, saqué una pluma de mi bolsillo y la tuve a la expectativa sobre mi carnet. Mi larga experiencia me ha enseñado que, con cierta categoría de clientes, esta actitud da buenos resultados.

—Si me divorcio —continuó ella—, quiero una pensión importante. Le hablaré sin rodeos, míster Lam. Si puedo sorprenderle en flagrante delito quiero hacerlo de tal manera que no lo pueda negar.

—Me temo que no se ha dirigido usted a la agencia indicada

para ello. Nosotros no nos ocupamos de divorcios.

—No se trata de divorcio. Es una investigación. No es lo mismo. Se lo he contado todo a Mrs. Cool, y ha aceptado ocuparse de mi asunto. Me ha dicho que estaba al frente de su firma, y considero ya la cosa como convenida. Añado que no creo que mi marido haya desaparecido simplemente para una aventura trivial. Hay algo más. Mi marido no hubiera permanecido nunca tanto tiempo sin dar noticias suyas. Incluso si la rubia es tan formidable, no puede serlo hasta ese punto. Es preciso que le diga que mi marido tiene diez años más que yo. Para poner el asunto en un plazo estrictamente biológico, Malcolm no se habría nunca vuelto para mirar una mujer a no ser que fuese excepcional. Malcolm era siempre feliz, al regresar a casa, y mucho más cuando había permanecido ausente de ella ocho días. Esta vez van diez.

—¿Eso significa quizá que estaba en situación de encontrar excepcionales a todas las mujeres?

—Admitámoslo, Mr. Lam. Ya no somos unos críos. Vale más contemplar la verdad cara a cara. Pero resulta que él se apresuraba a volver. Tenía prisa por volver a encontrarse en su casa. Me había mandado una postal de Carver City, y al mismo tiempo me telefoneó. Y luego todavía me ha telefoneado desde Central Creek. Luego, como tuvo un reventón, me hizo llamar desde Rommelly, por la autoestopista rubia.

—¿Todo eso el día cinco?

—Todo. Aunque si quiere un poco más de precisión, puedo añadir que la llamada de la rubia la hicieron en la mañana del seis. Verá usted: mi marido me telefonea desde Carver City. Entonces pensaba ir hasta Reno, para ver a un cliente el día siguiente. A la vez manda una postal. Es en esa postal donde me dice que pensaba viajar la mayor parte de la noche, y que había alguien allí que hacía auto-estop y que iba a llevárselo para que le relevase en el volante.

—Ya entiendo. ¿Carver City a cuántos kilómetros está de aquí?

—Trescientos o trescientos cincuenta. Me dijo que había muchos pescadores por la carretera, y que conducían —según su expresión —, como locos.

—Naturalmente, trataba de evitar a esos locos de la carretera.

—Claro.

—¿Tiene la postal?

—Sí.

—¿Una fotografía de su marido?

—Claro. Sin eso no hubiera acudido a su agencia. Sé que son detectives hábiles, pero ¿se les puede pedir que hagan salir un conejo de un sombrero?

—¿Puedo ver la postal?

—Naturalmente. La tengo ahí. Es de Carver City.

Pensaba en la postal del tío Amos, que también llegó de Carver City.

—¿Su marido tiene la costumbre de mandarle postales?

—Raramente. No le gusta que pueda leerse su correspondencia, y cuando está de viaje prefiere emplear un sistema de comunicación más discreto.

—¿Le ha telefoneado desde Carver City?

—Sí, y más tarde desde Central Creek.

—Bien. ¿Pero la postal era de Carver City?

—Sí.

—Entonces ¿por qué telefoneó al mismo tiempo que le mandaba una postal?

—Me ha mandado la postal para escribirme unas palabras dulces, y luego me ha telefoneado, y me ha vuelto a telefonear aún un poco más tarde.

—Al mandar la postal, ¿debía saber que él llegaría antes que el correo?

—No. Al mandarla, y al telefonearme por primera vez, creía tener necesidad de pasar por Reno, para ir a su cita. Pero después de la postal y de telefonear llamó a su cliente para confirmarle la visita y entonces se enteró de que estaba enfermo. Decidió, pues, regresar, y por eso me volvió a telefonear desde Central Creek.

—Pero ¿dice usted que no tenía la costumbre de mandar tarjetas postales?

—Sí.

—¿Cómo es, pues, que ha roto sus costumbres?

—Una broma, sin duda —dijo ella riendo—. Al telefonearme, me ha dicho que el garaje donde se había detenido para llenar el depósito, en Carver City, lanzaba un nuevo género de publicidad. Se distribuían a los automovilistas postales franqueadas gratuitamente, con la fotografía de la estación y un *slogan* publicitario.

—Bien. Déjemela ver.

Me tendió una postal ilustrada que representaba una estación de servicio flamante, sobre la que había un gran letrero:

CARLYLE
KAMP
SERVICE

El texto anunciaba que la Station Carlyle se encontraba situada en el corazón de la región más pintoresca del Estado, ideal para la pesca y la caza. En la Estación Carlyle los deportistas encontrarían todas las informaciones deseables, así como un servicio perfecto, cabinas telefónicas climatizadas; bebidas frescas y cigarrillos, «*Station Carlyle, estación amiga a la que el cliente vuelve siempre*».

Bajo el texto había el espacio justo para poner unas cuantas palabras. Malcolm Beckley había garrapateado:

«Voy a Reno, querida; pero pensaré en ti sin cesar. Aquí hay un individuo que hace
auto-stop
. Tiene el aire simpático. Voy a embarcarlo».

La postal estaba firmada simplemente: Malcolm G. B.

—¿G. B,?

—Greenlease.

—Y la B., ¿es por Beckley?

—Sí.

—Bien. Y ¿luego la llamó desde Central Creek?

—Sí. Media hora más tarde, hacia media noche. Me pareció normal del todo, simplemente muy contento al pensar que volvía dos días antes de lo previsto.

—¿Y luego?

—Le pregunté como era su autoestopista y entonces se echó a reír y me contestó: ¡Querida, llevo *dos*! El hombre que he recogido en Carver City es simpático, pero está bebido. Pero poco antes de llegar a Central Creek, he recogido a una rubia estupenda.

—¿Una mujer?

—Una joven autoestopista —me dijo él, riendo—. Añadió: te

prevengo no obstante que la he hecho sentar en el asiento de detrás y que se ha extrañado mucho de ello. No le debe suceder a menudo. Le contesté que procurase que ella se quedase detrás y él al volante. Estalló en una risotada, diciéndome que de acuerdo; y luego añadió que regresaría lo antes posible.

—¿No le preguntó qué le pasaba, cuando le daba por recoger autoestopistas rubias y bonitas?

—De ninguna manera. Cualquier hombre hubiera hecho lo mismo. Era cerca de media noche, y esa joven, que debía de ser lo que se llama una chica estupenda hacía
auto-stop
. Mi Malcolm no es hombre para desaprovechar semejante ocasión. No es su manera de ser. Y si lo fuese, a mí no me hubiera gustado.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Me desnudé y me metí en la cama. Hacia las cinco, oí la llamada del teléfono, y la telefonista de la «inter» me preguntó si era Mrs. Malcolm Beckley la que estaba al aparato. Le dije que sí, y me avisó que me llamaban de Rommelly, California, y luego añadió: «Hable, Rommelly»; y una voz de mujer, un poco ronca y grave, me preguntó. ¿Mrs. Beckley? Le he prometido a míster Beckley que le telefonearía. Ha tenido un reventón y al querer cambiar la rueda se dio cuenta de que el neumático de recambio también estaba deshinchado. He podido hacer auto-estop hasta aquí y le he prometido avisarla. Él prefirió quedarse en el coche, naturalmente. Le he mandado una grúa. No está sino a quince kilómetros de aquí.

—¿Y luego?

—Luego colgó sin ni tan sólo aguardar mi respuesta. Me pareció extraño, su manera de telefonear, todo, en fin.

—Y la telefonista ¿le dijo desde dónde le telefoneaba?

—Claro que sí. Rommelly. He mirado en el mapa, y he visto que no está más de cien kilómetros de Central Creek.

—¡Continúe!

—En fin, reflexione, Mr. Lam. Pongamos que el reventón haya tenido lugar a quince kilómetros de Rommelly. De todas maneras no habría empleado cinco horas para hacer ochenta y cinco kilómetros. Al telefonearme, parecía estar de humor para hacerlos a pie, en cinco horas. Además, al día siguiente telefoneé a Rommelly para informarme, y me enteré de que ninguno de los garajes había

tenido que mandar una grúa a esas horas. Uno de los garajes había recibido una llamada a las tres, otro a las dos cuarenta y cinco. He hecho la investigación más a fondo, y ninguna de esas llamadas venía de mi marido.

—¿Así pues?

—Así pues, he empezado a imaginarme a mi marido en la carretera, muy fastidiado de ver que su neumático de recambio estaba deshinchado. Naturalmente no debería tener ninguna gana de abandonar su coche a dos autoestopistas desconocidos, mientras iba a buscar un equipo de socorro. El hombre autoestopista, por otra parte, tendría menos probabilidades que la muchacha de encontrar un automovilista complaciente. Por eso, mi marido habría pedido naturalmente a la chica que fuese a buscar ayuda… Ahora bien, todo eso no explica el retraso de cinco horas.

—Quizá la chica haya tenido dificultad en encontrar un coche.

—Es posible, pero no olvide que mi marido me decía que la carretera era muy frecuentada. Había muchos pescadores y cazadores, todos hombres que no habían de dejar pasar la ocasión de trabar amistad con una chicha guapa y necesitada.

—Eso no quita que a muchos automovilistas no les guste recoger a una chica en plena noche. A menudo los *gangsters* se sirven de una chica guapa como cebo. El automovilista se para, le abre la puerta a la chica, y de pronto dos bandidos surgen de entre los matorrales y le quitan la cartera.

—Sí, evidentemente. Eso no explicaría más que el hecho de que la chica me haya telefoneado a las cinco. Pero no resuelve en nada la carencia de noticias, de mi marido, desde hace diez días, y su desaparición absoluta.

—¿Ha ido allí para informarse?

—No. Me he quedado aquí, pegada al teléfono. De todas maneras, he pedido a la policía de carretera que averigüe si había habido algún accidente entre Central Creek y Bakersfield. No lo ha habido, ni tan sólo una pequeña colisión. Por consiguiente, creo que mi hipótesis es buena. A decir verdad, Mr. Lam, ya empiezo a estar un poco cansada de sus infidelidades. No es la primera vez.

Levanté una ceja inquisitiva.

—Los representantes son gente alegre. El viajante de comercio que no es dinámico, no va a ningún lado. El que lo es… Bueno, ya

lo sabe usted lo que es, imagino. Supongo que la mitad de las mujeres se le vienen encima.

—¡Exagera usted!

Echó la cabeza hacia atrás para reír.

—Creía que iba a decir que no tenía razón.

—¿Se ha puesto de acuerdo con Bertha Cool?

—Sí. Mrs. Cool fijó el precio. Me temo que sea demasiado exigente, Mr. Lam, y bastante desconfiada. Quería que le mandase por alguien el dinero en efectivo. He ido, pues, al Banco y le he enviado un chico con el dinero.

—¿Tienen una cuenta su marido y usted?

—Sí.

—Y ahora supongamos que el autoestopista se haya apoderado del coche, haya capturado a su marido, lo haya conducido a un sitio desierto, lo haya asesinado y lo haya echado al fondo de un barranco. ¿Y entonces?

—Entonces yo sería viuda.

Cruzamos la mirada. Ella no desvió los ojos.

—Claro, sería viuda.

—Creo que Mrs. Cool ha debido decirle que hay una póliza de seguros de setenta y cinco mil dólares, con doble indemnización en caso de muerte por accidente.

—Y si está muerto, ¿quiere asegurarse de ello para cobrar el seguro?

—Es muy natural.

—Y ¿si está vivo?

—Entonces quiero una pensión alimenticia.

—Descríbame a su marido.

—Veamos… Tiene cabellos negros muy ondulados; en fin, no tan negros como los míos. Pongamos castaño oscuros. Ojos azules, y mide metro ochenta. Pesa ochenta y un kilos.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y seis años.

—Su coche. Un trasto viejo que…

—¡Oh! ¡No, no! Es una de las manías de Malcolm. Le gusta siempre lo mejor. Tiene un «Buick» de este año, con todos los accesorios, asiento basculante, antena automática, climatización, y todo lo demás.

—¿Recuerda la matrícula?

—Naturalmente: NFE. 801.

—Dijo que tenía una fotografía.

—Incluso dos.

Me trajo dos fotografías de aficionado. La primera representaba un grupo de tres hombres.

—Aquí está mi marido, el de la derecha.

Examiné detenidamente el retrato, que no era malo, y tendí la mano para tomar el otro.

—No sé si… ¿Me permite tapar una mitad de la foto mientras mira la otra mitad?

—Siempre podemos probarlo.

Puso su mano sobre una mitad de la fotografía. En el resto vi a un hombre en traje de baño, un tipo fuerte y velludo. Estaba muy firme, con el vientre hundido y las espaldas hacia atrás para hacer ver mejor su torso musculado.

—Ese retrato me sería útil. Ha sido tomado en la playa con tiempo cubierto y no hay las sombras que en el otro. Se ve mejor la cara.

—¿Cómo sabe el tiempo que hacía cuando tomaron la foto?

—¡Oh!, en nuestra profesión, debemos entender bien de fotografía. Por ejemplo, puedo decirle que esa fotografía ha sido tomada con tiempo de niebla, muy avanzado el día, al centésimo de segundo y con un objetivo a unos f. 16. Se ha utilizado una película extrarrápida.

Abrió unos ojos muy grandes.

—Y ¿cómo puede saber todo eso?

—Es fácil. La fotografía es muy limpia, incluso el fondo. Ha debido ser tomada a una distancia de cuatro metros. Se ve que no es de 35 milímetros, a causa de la profundidad y de las perspectivas muy limpias. La hicieron con un aparato de doble objetivo, un «Rollei» u otro. Hay una ligera indicación de *flou*, lo que indica que el aparato ha debido moverse. En una foto a doscientos cincuenta eso no se habría observado. Luego, deben haberla hecho al centésimo.

—Mi prima la tomó. Está loca por la fotografía, y tiene efectivamente una «Rolleiflex». Y recuerdo que dijo que ponía su objetivo a f. 16.

—¿Lo ve usted?

—Encuentro formidable que haya visto todo eso.

—¿Puedo llevarme la foto?

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Yo también estoy.

—¿Y qué? —dije, apartando su mano.

No opuso resistencia, solamente un poco para guardar la forma. Llevaba un bikini exiguo y lo llenaba más que bien.

—¡Es horroroso! —exclamó ella—. Nos hicimos esta fotografía en broma.

—No veo en ella nada horroroso.

—Es… Enseño demasiado —murmuró, bajando los ojos.

Estudié cuidadosamente la fotografía, y ella continuó:

—Después de todo, Mr. Lam, es a mi marido a quien debe buscar, no a mí… Para eso, estoy a su lado.

Se inclinó para cogerme la foto, y su seno se deslizó sobre mi mejilla.

—De veras, Mr. Lam, no puedo dejar que se la lleve.

—No diga tonterías. Necesito esa fotografía. Córtela, si quiere, pero me interesa llevarme esta foto de su marido.

—Vaya —murmuró ella—, no me gustaría que se estropease. ¿Procurará que no se estropee?

—Tendré mucho cuidado, se lo prometo.

—Cuento con su tacto.

—Velaré por preservar su pudor.

Tuvo una risa nerviosa.

—Lo necesita. Imagínese, es un bikini que yo misma me había hecho, y es casi transparente. Mire, añadió poniendo su dedo en ciertas partes de la fotografía, ahí, y ahí.

Moví la cabeza y me metí la fotografía en el bolsillo.

—Bien —dije levantándome—. Voy a ponerme al trabajo.

No estaba contenta de verme marchar.

—Bertha Cool me ha dicho que usted no tenía el tipo de detective atleta, tal como la gente se lo imagina, pero que era muy inteligente.

—Bertha exagera siempre cuando vende su mercancía. Es una excelente vendedora.

Daphne me miró de pies a cabeza, riendo, como si me aquilatase con la mirada.

—Apuesto que hay un setenta y cinco por ciento —dijo:

—¿Setenta y cinco por ciento de qué?

—De mujeres que se le echan encima.

—Por favor, no exageremos.

—Yo las comprendería bastante… Tiene… Tiene un no se qué, Mr. Lam… Inspira confianza.

—Gracias —contesté en mi tono más profesional.

—Y despierta interés.

—Bueno, para resumir, usted quiere saber si en estos momentos es la mujer engañada por un marido ligero, o una viuda rica. Voy a ponerme al trabajo, para informarle cuanto antes.

—¡Quizá no haya tanta prisa!

—Para mí, sí —dije, abriendo la puerta.

capítulo cinco

HACE ya bastante tiempo que estoy en la profesión para no desestimar nunca las coincidencias llamadas fortuitas.

Por otra parte, el hecho de que dos personas hubiesen desaparecido el mismo día, que las dos hubiesen mandado tarjetas postales a sus respectivas familias desde la estación de servicio de Carver City; y que luego las dos familias hubiesen escogido la misma agencia de investigaciones para encontrar a los suyos, me parecía que era ya dejar ir un poco lejos la casualidad, el azar y la coincidencia.

Hice mi maletín, me puse al volante del trasto de la agencia y tomé la dirección de Carver City.

Un viaje del demonio. Ciento ochenta kilómetros hasta Bakersfield, y luego ciento sesenta kilómetros de carreteras tortuosas y desagradables, azotadas por el viento. Dejé el calor del valle por el fresco de las cumbres, bordeé torrentes impetuosos, atravesé bosques, tuve que maniobrar al borde de precipicios, y luego bajé por la otra vertiente hacia Carver City.

Eran las ocho y media de la tarde.

Carver City está al pie de altas montañas pobladas de árboles, coronadas por nieves eternas.

Pero al este, el terreno baja en suave pendiente hacia unas colinas, verdes en invierno y secas en verano. Más allá, el desierto se extiende bajo un sol abrasador, con rocas de color de rosa y espejismos.

Carver City vive del turismo, de la pesca en verano, y de la caza en invierno. Desde hace poco, se practica también el esquí. La ciudad está llena de hoteles y de «moteles», de neón, de tiendas de artículos deportivos, de restaurantes y de estaciones de servicio de gasolina.

Encontré sin dificultad el garaje Carlyle Kamp.

—Quisiera ver a quien estaba de servicio el cinco de este mes —dije al descender del coche.

—¿A qué hora? —preguntó el del surtidor.

—Por la noche.

—Yo estuve de servicio desde las seis de la tarde a las dos de la mañana.

—¿Tienen abierto toda la noche?

—En esta época, sí.

—¿Y Mr. Kamp? ¿Trabaja aquí?

—Durante el día, pero no tiene horas fijas. Hace una supervigilancia.

—He visto las tarjetas postales que reparten.

—No me extraña. Al menos damos unas trescientas al día.

—¿Tantas?

—Término medio. A veces me parece que las estamos distribuyendo a miles.

—¿Las dan gratuitamente?

—Sí.

—¿Franqueadas?

—Todas franqueadas.

—Debe de resultar muy caro…

—Es la publicidad más barata del mundo. La gente no se detiene aquí para coger una tarjeta postal. Llenan el depósito. Uno de nuestros competidores ha probado dar cupones-prima; Carlyle Kamp lo ensayó pero no le dio resultado. Entonces tuvo la idea de las tarjetas postales franqueadas. Las hacemos imprimir de diez mil en diez mil. La gente no puede resistir a la tentación de una cosa que se le da de balde. No tienen más que escribir cuatro cosas, y aquí mismo tenemos un buzón de correos.

Me condujo ante una gran caja cerrada con un candado. Abrió el candado y levantó la tapadera.

—Mire.

Miré. La caja estaba hasta su mitad de tarjetas postales.

—¿Comprende? Las personas que pasan por aquí mandan sus tarjetas postales publicitarias. Los que las reciben ven la fotografía del garaje y se acuerdan del nombre. Cuando pasan por aquí prefieren venir a esta casa y mandar a su vez una tarjeta o varias.

También saben que pueden recibir toda clase de informaciones sobre la pesca y la caza.

—¿Está usted solo?

—No. Hay un chico. Yo le ayudo cuando llegan dos coches al mismo tiempo.

Me señaló a un muchacho con mono blanco que limpiaba el parabrisas de un cliente.

—Me llamo Lam, dije.

—Lennox —contestó, tendiéndome la mano—. ¿Qué quiere saber a propósito de la noche del cinco?

—¿Pertenece usted al Rotary?

—Ya lo creo. ¿Y usted?

—Mil cuatrocientos: Ventura.

Me dio el número de su carnet y nos estrechamos la mano en seguida.

—Quisiera saber si se acuerda de un tipo que pasó por aquí y que trataba de hacer
auto-stop
, el cinco al anochecer, un compañero nuestro.

—Me acuerdo —cortó Lennox.

—¿Sabe algo de él, después?

—Podría decírselo, si tiene realmente interés en saberlo, y si tiene motivos suficientes para hacer la pregunta.

—No me interesa que se sepa, pero soy detective privado. Trato de saber lo que ha podido ocurrirle a ese individuo.

—Pues bien, puedo informarle. Era un tipo un poco raro. Se expresaba como un señor, pero se veía que acababa de correrse una juerga de órdago. No estaba afeitado, tenía el aspecto de haber dormido vestido, pero… No sé. Pasaba algo. Para resumir: llega aquí, va al lavabo, y luego le veo que ronda ante el puesto de gasolina. En general, eso no nos gusta. Si un cliente se para aquí, y alguien le pide que lo lleve, el cliente a veces no se atreve a negarse. Es molesto. Por mi parte, a mí no me gustaría llevar a un desconocido en plena noche. Una cosa es pasar indiferentemente ante un autoestopista en la carretera, y otra es mirarle a un tipo en los ojos y negarse a llevarle cuando hay sitio en el coche. Entonces, cuando vemos a personas que se entremeten con la evidente intención de mendigar sitio, les damos a entender cortésmente que

vale más que no insistan; y si no nos escuchan, telefoneamos discretamente a la policía, que manda un motorista, como quien pasa por casualidad, y le pide sus documentos al fulano. En general, la llegada del motorista es suficiente para que el otro se marche y vaya a hacer el autostop en la carretera, como corresponde.

—Pero ese hombre, ¿era diferente?

—Diferente, sí. Y era miembro del Rotary. Invocó nuestra confraternidad, y me contó francamente lo que le ocurría. Me dijo que era un borracho intermitente, pero no inveterado. Me contó que se encontraba bien durante semanas enteras, y luego, de golpe, le entraban ganas de coger una merluza. Bebía hasta que quedaba hecho un guiñapo, y luego se arrastraba todavía un día o dos para beber a la salud de la cartera de sus nuevos compañeros de bar. Cuando el truco ya no valía, se desembriagaba poco a poco, y de pronto se daba cuenta de que su crisis había pasado. Entonces el alcohol ya no le decía nada. Tenía ganas de regresar a su casa, de cambiarse, de darse un baño, de ser respetable y correcto. Y entonces se decía que no tenía ya ganas de beber una sola copa en su vida.

—¿Escuchó usted su historia?

—Sí.

—¿Qué quería?

—Estaba sin blanca, lo que se dice sin un céntimo. Pedía que le dejásemos permanecer aquí para ver si podía conseguir que le llevasen. No le importaba dónde; pero, en todo caso, prefería Los Ángeles. No obstante, se conformaba con ir a otra parte, mientras no tuviera que pasar la noche en la carretera.

—Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Óigame: Carlyle Kamp me despediría si lo supiera. Le dije al tipo que no podía dirigirse a nuestros clientes, pero que si yo veía a uno susceptible de llevárselo, tantearía el terreno por él. He de confesarle que no tenía ninguna intención de dirigirme a propietarios de coches de turismo. Buscaba mejor una camioneta, o un hombre de esos que están siempre en la carretera y estaría contento de tener compañía. Al cabo de diez minutos se paró un camión. Le pregunté al conductor si le gustaría tener compañía, que me contestase con franqueza. Me dijo rotundamente que no, añadiendo que había ya rehusado un montón de autoestopistas.

Aseguró que nunca había visto tantos en la carretera.

—¿Y entonces?

—No debieron transcurrir unos diez minutos cuando se presentó un individuo al volante de uno de esos coches de los que no se ven muchos. Cromados, color pastel, en fin, todo. Y sin que yo me lo espere, me lo pide. Bueno, no es que pidiera nada especialmente tampoco. Pero he aquí que me cuenta, así, que le queda todavía mucho trecho por hacer y que tiene miedo de dormirse. Me dijo que pensaba recoger a un autoestopista, si veía uno, para hacer el viaje con él, y que le relevase al volante.

—Y ¿cómo le dijo esto?

—Francamente, yo creo que porque había visto a mi individuo que tenía aire de aguardar, al otro lado de las bombas.

—Y ¿qué hizo usted?

—Le dije al individuo que precisamente había un tipo que estaba esperando a un alma caritativa hacía más de media hora y que iba a ver si todavía andaba por ahí; que si verdaderamente tenía ganas de un compañero de viaje, iría a verlo. Y el cliente me confesó que sí, que estaría encantado. Me explicó que iba a Reno.

—¿Y no tiene la menor idea de quién pudiera ser ese hombre?

Me sonrió amistosamente.

—Amigo, le voy a dar toda clase de detalles. Figúrese que pensé que quizá yo era un tonto, y me que estaba preocupando demasiado, si… En fin, si sucedía algo. Es verdad, ese cliente conducía un «Buick» último modelo, y estaba lo que se dice orondo. En fin, le tomé el número del coche.

—¿Lo ha guardado?

—Oiga, Lam, ¿de qué se trata?

—No sé. Quizá de algo importante; quizá de menos que nada. Pero sus reticencias pueden hacer más daño que bien.

—¿Daño a quién?

—A usted.

Reflexionó y acabó por contestar:

—Óigame, ¿quiere hacerme un favor? ¿Me promete que esto quedará entre nosotros y que no hablará de mí, salvo que no pudiese menos de hacerlo?

—Sí. No revelo ninguna información, de momento.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es que ese individuo ha resultado ser peor

de lo que yo creía? ¿Ha sido un atraco, o qué?

—No lo creo, pero no sé nada. De momento le busco únicamente como testigo.

—¿Pero qué ha hecho?

—Quizá nada. A decir verdad, es el cliente del «Buick» el que me interesa más.

—¿Cómo sabía que se paró aquí?

Como respuesta le mostré las tarjetas postales. Eso pareció convencerle.

—Bueno, voy a ver si encuentro ese número. Lo he conservado unos días para el caso de que me enterase de algo. Tenía la intención de tirarlo, pero no creo que lo haya hecho aún. Debe de estar todavía en la caja.

Abrió el cajón de la registradora, sacó una llave, abrió un compartimiento y removió papeles.

—Lo siento, Lam. No creo que… Ah, sí. Mire, espere un poco, está aquí.

Me tendió un trozo de papel, en el que se había garrapateado: «Buick» último modelo, NFE 801.

—¿Es usted quien escribió esto?

—Sí.

Di la vuelta al papel y le dije:

—Ponga la fecha aquí, la fecha en que tomó la matrícula, el cinco.

Asintió y puso la fecha.

—Ahora, ponga la fecha de hoy y su firma. Sus iniciales.

Hizo lo que le pedía, y puse el papel en mi cartera.

—Creo que vale más que lo guarde yo mismo, por si eso significa algo —me explicó.

—No vale la pena. Soy yo quien lo guardo. ¿Cree que podría reconocer a esas personas si las volviese a ver?

—¿Quiere usted decir al autoestopista y el conductor del «Buick»? Sí, creo que sí. Me acuerdo de que el cliente tenía una carta de crédito. No recuerdo para qué marca de gasolina, pero debe encontrarse entre nuestras fichas, si es que es importante.

—No demasiado, de momento.

—¿No puede decirme lo que ha sucedido?

—Que yo sepa, nada.

—¿Y por qué investiga, pues?

—Porque un cliente me lo ha pedido.

—¿Y qué le importa a su cliente? ¿Qué quiere saber?

—Todo lo que yo pueda descubrir.

Me sonrió, y en ese momento se pararon dos coches a la vez. Había ya un coche ante una de las bombas, y Lennox me dijo:

—Bueno, ya está bien, Lam. No me mezcle en el asunto y acuérdese de que le he dicho todo lo que sabía. Ahora, tengo trabajo.

Se dirigió hacia las bombas, y fui a coger una tarjeta postal del montón, que dirigí a Bertha Cool con estas palabras:

«Me divierto mucho. Lástima que no estés aquí, Bertha. Las tarjetas postales son gratuitas y franqueadas. Se pueden mandar tantas como se quieran. Debería pasar por aquí unos días antes de Navidad».

Firmé y eché la tarjeta en el buzón de madera con candado.

Los automovilistas que ponían gasolina bajaron a estirar las piernas. Uno de ellos se aprovechó de las cabinas telefónicas climatizadas; otros hicieron provisión de tarjetas postales.

Tenía sueño, pero me quedaban muchas cosas por hacer. Volví a coger el coche y fui a beberme dos cafés largos en un restaurante de carretera abierto toda la noche; luego reemprendí mi camino.

Central Creek se hallaba a treinta kilómetros de Carver City. No era más que un pueblo con un bazar, en donde se vendía de todo; una especie de granja en la cual había sido pintada la palabra GARAJE, dos puestos de gasolina y un café modesto. El café tenía teléfono. Entré, comí un bocadillo y bebí otra taza de café.

La camarera estaba bien hecha y lo sabía. Era rubia y sonriente.

—Busco —le dije— a un hombre que se ha parado aquí para telefonear el cinco por la noche. ¿Estaba usted aquí?

Movió la cabeza.

—No puedo decirle nada, señor.

—¿No se acuerda de él?

—Estoy aquí tan sólo desde el seis por la mañana.

—¿Qué le ha sucedido a la chica a la que sustituye usted?

—Nada, y por eso se marchó.

—Gracias.

Empezaba a hacerme con una idea de la situación. Malcolm Beckley había llenado el depósito en el puesto de Carlyle Kamp, en Carver City. Había buenos restaurantes en Carver City.

Se marchó y se detuvo en Central Creek. El restaurante de Central Creek no era lo que se dice atractivo. No estaba sino a treinta kilómetros de Carver City y la carretera no se había aún metido en la montaña. Podían recorrerse los treinta kilómetros en veintidós o veintitrés minutos, sin prisa, en una media hora si se era prudente y timorato.

Malcolm Beckley había desdeñado los buenos restaurantes de Carver City, pero comió media hora más tarde.

La respuesta saltaba a los ojos. Malcolm Beckley no había tenido lo que se dice apetito; pero durante esa media hora había recogido a una autoestopista, una rubia guapa y contorneada. Uno u otro de los autoestopistas sí que había tenido apetito, y Beckley se había parado en el café para ofrecerles de cenar. Él no debía de tener hambre, puesto que si no hubiera ido a un buen establecimiento de Carver City.

Luego, mientras sus autoestopistas comían un bocadillo a toda prisa en el tabernucho de Central Creek, Beckley aprovechó la ocasión para telefonear a su mujer, y anunciarle que la visita a Reno había sido anulada, y que regresaba directamente a casa.

Una cosa parecía cierta, Beckley tenía prisa por regresar y no se había hecho preparar una verdadera comida. Los dos autoestopistas tuvieron que tragarse sus bocadillos y sus cafés de prisa y corriendo; y luego habían reemprendido el viaje los tres.

Hasta aquí todo iba bien.

La camarera que había estado allí aquella noche quizá se acordara de un hombre bien vestido, acompañado de un individuo más bien raro, y de una rubia bonita. El hombre bien vestido había telefoneado mientras los demás comían. Y la camarera hubiera podido oír su conversación.

—¿Dónde podría encontrar a la chica que estaba aquí antes que usted?

La camarera movió la cabeza.

—No sé.

—¿Quién es el dueño?

—Dorothy Lennox.

—¿Una parienta del Lennox, que trabaja en casa de Carlyle Kamp?

—Es su mujer. Tiene este restaurante y los grandes almacenes. Su marido trabaja en Carver City.

—¿Dónde puedo encontrar a Mrs. Lennox?

—En este momento está en Los Ángeles, de compras.

—¿Conoce a la chica a la que usted ha sustituido?

—No. Ya se había marchado cuando yo llegué. Yo pasaba y vi que Mrs. Lennox servía ella misma. Me preguntó si quería ayudarla, de momento por lo menos.

—¿Quién cocina aquí?

—¡Pepe! —gritó la chica.

Un hombre pequeño y apergaminado, con un gorro de cocinero arrugado, asomó la cabeza de un medio tabique del fondo.

—¿Qué sucede?

—Un señor quiere saber quién es el cocinero —le contestó la camarera.

—Soy yo —gruñó Pepe—. ¿Qué quiere?

—Saber quién cocina.

—Pues bien, ya lo sabe —gruñó de nuevo, desapareciendo.

—Un momento, Pepe —le grité—. Hay dos dólares que le esperan.

La cabeza reapareció, adornada de una sonrisa socarrona. El viejo tendió la mano ávida. Tuve la impresión de que Pepe podía muy bien haber aprendido a cocinar en la cárcel.

—¿Quién estaba en los fogones la noche del cinco? —le pregunté.

—Yo.

—¿Se acuerda de un hombre que llegó acompañado de dos personas? ¿Un individuo mal vestido y una rubia guapa? Sin duda tenía mucha prisa.

—Es verdad, sí, me acuerdo. En fin, del chico que tenía prisa. Me habían pedido dos huevos con jamón. Tenía mucha prisa el tipo, pero admitió esperar. Ahora que no hacía más que venir a decirme que me diese prisa. Y luego fue a telefonear. Cuando volvió les daba prisa a los demás para que comiesen; había que verlo. ¿Basta con eso? ¿Tiene bastante por sus dos dólares?

Añadí dos más y le di uno a la camarera.

—Le pido sencillamente que se acuerde de todo lo que me ha dicho. ¿Lo oye bien, Pepe? Puede serle de provecho. De la chica, ¿se acuerda?

—No la he visto nunca —cacareó Pepe con risa chirriante—. Estaban detrás de mí para que me diese prisa. Luego, mientras comían, hubiera podido ir a verles, pero era el tipo el que me interesaba más. Estaba ahí de pie; mire, precisamente donde está usted ahora. Le reconocería entre mil. El otro tipo y la chica estaban en el mostrador. La mujer me daba la espalda.

Les di las gracias a los dos y salí del café.

Rommelly se hallaba en la montaña, ante un centenar de kilómetros de vueltas y revueltas. La carretera era buena, pero no podía irse a gran velocidad, y además yo rodaba muy suavemente, escudriñando los lados bajos de la carretera a la luz de mis faros, buscando no sabía bien qué indicio. No descubrí sino papeles grasientos y cascos de botellas.

Rommelly era un gran pueblo, pero cuando llegué todo estaba ya ordenado, cerrado y quieto para toda la noche. Había dos garajes, cerrados. Cada uno de ellos tenía un timbre nocturno.

Llamé al garaje más próximo. Tuve que volver a llamar dos veces antes de oír unos pasos que se arrastraban. Se abrió la puerta y apareció un hombre de veinticinco a treinta años, de cabellos rubios ondulados, ojos azules hinchados de sueño, y que se sostenía el pantalón con una mano. Con voz pastosa y mal despierto, preguntó:

—¿Qué quiere?

—Quisiera hablarle.

—¡Hablarme, ya está bien! ¿Dónde está su coche?

—Fuera.

—¿Y qué le sucede?

—No le sucede nada, gracias.

—Entonces, ¿es la cabeza lo que no tiene bien?

Saqué una botella de *whisky* del bolsillo. El tipo abrió los ojos, los guiñó unas cuantas veces, y acabó por sonreír, abriéndome la puerta de par en par.

—Eso —dijo—, ya es otra cosa. Entre.

Me precedió hasta el fondo del garaje, detrás de un tabique, donde había una cama de campaña, sin sábanas, cubierta con viejas

mantas raídas. La almohada tenía funda, pero se veía que no la lavaban hacía meses.

La pared, detrás de la cama de campaña, estaba cubierta de chicas diversas y variadas, dos de ellas desnudas, recortadas de las revistas. Había también una gran fotografía en papel satinado, representando a una chica completamente desnuda, mitad de espaldas, mitad de perfil, mirando al objetivo por encima de su hombro con aire atrevido.

El vigilante de noche se sentó sobre su camastro y metió la botella bajo la almohada. Le pregunté qué sabía de una comunicación telefónica hecha por una rubia guapa en la noche del cinco o en las primeras horas de la madrugada del seis. Movió vigorosamente la cabeza.

—Una mujer me preguntó ya lo mismo por teléfono. Telefoneó al dueño y él me la pasó. He hablado con ella. Pero nadie ha venido aquí nunca a telefonear, como ella decía.

Le medí con la mirada y decidí que la posibilidad de que hubiese olvidado la visita de una rubia rellenita en plena noche era tan inverosímil como pensar que un león hambriento desdeña un buen pedazo de carne. Le estreché la mano y le dejé.

El vigilante de noche del segundo garaje no se ablandó lo más mínimo. Aceptó el *whisky*, pero se mantuvo hostil y receloso.

—¿Es usted policía? —gruñó.

—Detective privado.

—Da lo mismo.

No insistí e hice mi pregunta. Como el otro, movió negativamente la cabeza.

—¿Y por eso me hace levantar a media noche? ¿Por eso? Ya le he dicho al patrón todo lo que sabía. No ha habido telefonazo ni llamada, ni nada. No ha habido ninguna chica. ¿Lo entiende bien? ¿Eh? No ha venido ninguna chica. Y ahora, ¡aire!

Intenté todavía sacar algo:

—¿Está seguro de que se acordaría bien, si…?

—Claro que me acordaría. Un individuo en una isla desierta se acordaría bien si una chica de strip-tease venía a hacerle su número en la playa, ¿no? ¡Vamos, no se haga el tonto! Y, además, las comunicaciones las anoto. Llevo un registro y tengo un sistema. Cada vez que se llama por el timbre nocturno, queda marcado en

una tira de papel; y cada vez que vengo a abrir anoto la hora en mi registro. El dueño es electricista. Hay una tira de papel que se desenrolla gracias a un movimiento de relojería. Se apoya en el timbre, y el mecanismo hace un agujero en la tira, y, cuando voy abrir, hace un segundo agujero. Si alguna vez se llama y no voy a abrir, no hay más que un agujero en la tira. Si tardo cinco minutos en abrir, eso se ve en la tira. Mire qué clase de patrón tengo. Y ahora, aire, ya se lo he dicho.

Me dio con la puerta en las narices, sin olvidar llevarse su botella de *whisky*.

Borré el establecimiento de mi lista. La cinta magnética y ese sistema de agujeros me parecían contestar con bastante claridad a mis preguntas.

Pero qué hubiera sucedido si una rubia bien puesta hubiese llamado al otro garaje en medio de la noche, y el vigilante medio dormido hubiera venido a abrirla sosteniéndose el pantalón con una mano… Sí, ¿qué?

Una cosa me parecía más segura. Fuese lo que fuese lo que sucedió, Beckley no había recibido ningún socorro. Le habían dejado abandonado en plena naturaleza, con los neumáticos estropeados, y nada más.

Eso quería decir que se había quedado allí hasta que fue a reparar el neumático. Posiblemente, el neumático de recambio no estaba reventado, sino que sencillamente se había deshinchado. Una válvula mal atornillada, sin duda. Había podido pasar un automovilista y detenerse. Ese buen samaritano quizá tenía una bomba, y había vuelto a rehinchar el neumático de recambio. Y Beckley había continuado su camino.

En ese caso habría atravesado Rommelly, verosímilmente siempre en compañía de su autoestopista. La rubia podía haberse caído en una cuneta. Podía haber parado a otro coche y proseguido su camino sin preocuparse de Beckley. Podía haber telefoneado a Mrs. Beckley, diciendo que mandaba una grúa, y no haber hecho nada por un motivo desconocido, puesto que ni tan sólo llamó a uno de los dos garajes.

Por otra parte, ¿por qué Beckley había empleado tanto tiempo en ir desde Central Creek a un punto situado a unos quince kilómetros antes de Rommelly?

Y si los dos autoestopistas se habían puesto de acuerdo para asesinar a Beckley y robarle el coche, el telefonazo de la rubia referente al neumático reventado podía haber sido hecho para despistar…

Encontré un hotel con habitaciones libres en Rommelly, y decidí que la noche quizá me aconsejaría.

Poco después del amanecer reemprendí mi camino. Esta vez subí a lo largo de la carretera de montaña, buscando el menor signo indicativo de que un coche había caído a un precipicio. Bajé primero hasta Central Creek, luego volví a Rommelly, y desde allí me dirigí lentamente hacia Bakersfield.

No había la mínima señal de accidente.

Eran más de las nueve cuando llegué a Bakersfield. Telefoneé a la señora Beckley. Su voz dormida me contestó.

—Aquí, Donald Lam. Le hablo desde Bakersfield. ¿Su marido llevaba el muestrario en su coche?

—Se servía de fotografías, en general. ¿Dónde está, Mr. Lam?

—En Bakersfield.

—¿Cuándo vendrá para… darme su informe?

—Todavía no. ¿Y el dinero? ¿Su marido llevaba consigo una suma importante de dinero?

—Llevaba siempre dinero suficiente, pero sobre todo en cheques de viaje.

—¿De qué Banco?

—Del American *Express* Company.

—¿Anotaba el número de los cheques que llevaba?

Se calló un instante, y luego exclamó:

—Sí, sí, me parece que sí. Llevaba un carnet negro pequeño donde anotaba una serie de cosas.

—Vaya a buscarme ese pequeño carnet negro. Y no olvide que le telefoneo desde lejos.

—Un segundo, Donald.

Me estaba llamando por mi nombre de pila, con una familiaridad que daba la impresión de que me conocía desde mi niñez.

Volvió en menos de un minuto al otro extremo del hilo, y me recitó una serie de números.

Malcolm Beckley parecía haberse llevado cerca de quinientos

dólares en cheques de viaje de cincuenta o de veinte dólares. Le di las gracias, le aseguré que «progresaba», colgué, y continué utilizando la interurbana.

Uno de mis amigos policías se avino a entrar en relación inmediatamente con el American *Express* Company, para saber si se habían pagado durante los últimos diez días cheques con los números anotados por Beckley.

La policía tiene de bueno que cuando se lo propone sabe obtener excelentes resultados. En cuanto al American *Express*, es una casa muy bien montada.

Tomé un desayuno un poco tardío pero confortable; me senté un momento en el hall de un motel leyendo los periódicos, y luego volví a llamar a mi amigo policía para darle el nombre del motel en donde podía encontrarme.

Tenía ya algunos resultados. Un cheque de cincuenta dólares había sido pagado cuatro días antes por un casino de Reno, en Nevada.

No me tomé el trabajo de volver a llamar a Daphne Beckley; llené mi depósito y me dirigí hacia Reno.

En la carretera el trasto de la agencia tuvo dificultades en su mecanismo, lo que hizo que no llegase a Reno hasta vencida la noche.

El casino donde habían pagado el cheque funcionaba a todo gas y centelleaba con todo su neón. Era uno de los más suntuosos establecimientos de la ciudad. Las máquinas tragaperras no paraban, casi todas accionadas por mujeres. Nadie sabe por qué, pero la llamada «el bandido manco» es la que atrae más especialmente a la clientela femenina. Había allí millares de máquinas tragaperras que funcionaban con monedas desde el níquel de cinco centavos al dólar de plata; y no había más de dos o tres de cincuenta centavos o de dólar que no tuviesen jugadora. Algunos jugadores ocupaban dos máquinas, poniendo su moneda y bajando la palanca con un golpe seco, y saltando a la máquina vecina mientras la primera daba vueltas. Había incluso una mujer que acaparaba tres máquinas de diez centavos, y jugaba con una concentración completamente mecánica, como si trabajase en cadena. En realidad, si hubiese hecho los mismos gestos en su trabajo, hubiera caído en una depresión nerviosa y con derecho a

cura de descanso a cargo del seguro social. Pero como ella «se divertía», sus ojos brillaban y saltaban de una palanca a otra sin el menor cansancio.

Me importaba echar un vistazo al establecimiento y formarme una idea de él, antes de enseñar mi juego.

Detrás de las máquinas tragaperras había todo lo que un jugador puede soñar: ruleta, bacará, los caballitos, la bola, los craps…

Las salas estaban más que llenas. De vez en cuando las máquinas tragaperras vomitaban algunas monedas para entretener las ilusiones de las jugadoras con su tintineo metálico.

Pero al cabo de un momento empecé a encontrar el tiempo largo, y el establecimiento ruidoso y vulgar. Me di cuenta de que estaba cansado, y me acerqué a la caja.

—Oiga, soy detective privado. Desearía encontrar el rastro de un cheque de viaje que ha pasado por sus manos hace algunos días.

—¿De cuánto era?

—Cincuenta dólares.

La cajera me miró como se mira a un fenómeno.

—¿Hace varios días?

—Sí, aproximadamente una semana.

—Oiga. ¿Usted sabe cuánto dinero pasa por mis manos cada día?

—No.

—Me despedirían si se lo dijera. ¡Pero si usted supiese la cantidad de cheques que se depositan en el banco cada día!

—¿Y qué más?

—Vamos, ande a tomarse un café y no venga a fastidiarme con sus cuentos de cincuenta dólares. Es como si yo saliese de la nieve y me preguntase si me acuerdo de tal o cual copo.

De pronto me sonrió.

—Me gustaría ayudarle, de verdad.

En ese momento se presentó alguien con un cheque. Ella no dejó de sonreír, pero su mirada se hizo tan dura y fría como una máquina de calcular.

—¿Tiene usted sus papeles de identidad? —le preguntó a su cliente.

Yo me aparté.

* * *

Desayunar a primera hora de la mañana en Reno es toda una aventura. Yo lo hice un poco antes del amanecer. Había dos chicas que podían ser profesionales o divorciadas en potencia, o turistas en busca de sensaciones, comiendo unos huevos revueltos sobre un canapé, con todo el entusiasmo de la mujer madura que ha perdido todas sus ilusiones.

Un muchacho a quien se le daría limosna en la calle, pero que también podía ser millonario, masticaba concienzudamente, con la mirada vaga, sin aire de saber lo que comía.

Había turistas matutinos, un hombre que debió llenarse los bolsillos en el casino y que no salía de su sorpresa, dos crupiers que habían terminado su jornada de trabajo rudo, y un hombre con mono de mecánico que engullía su desayuno, puesto un ojo en el reloj.

Salí del restaurante cuando clareaba el día y cogí la carretera para recorrer los moteles.

El trabajo fue largo y monótono. Entraba en el patio de un motel, le daba la vuelta completa para ver si veía un «Buick» con una placa de California, salía, y volvía a empezar en el motel siguiente. Cuando había visitado todos los de la derecha, di media vuelta e inspeccioné los que estaban a la izquierda.

Era tan pesado que me costaba trabajo concentrarme en los vehículos. No es fácil encontrar un coche, cuando se ven millares.

Y luego, de pronto, tuve un sobresalto y frené en seco.

Había un «Buick» de dos puertas, último modelo, en un parque, y su placa de California llevaba el número NFE 801.

Aparqué mi coche, cerré el contacto y me metí las llaves en el bolsillo. Luego di una vuelta alrededor del «Buick» que estaba aparcado cerca del *bungalow* número 12. No parecía haber sufrido ningún accidente.

Llamé a la puerta del *bungalow*. Nadie me contestó. Llamé más fuerte. Finalmente, una voz semidormida gruñó:

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—¡Abra!

La voz se hizo más firme:

—¿Qué quiere?

—Compañía de seguros. Debo informarme sobre un «Buick»

matrícula NFE 801. ¿Es su coche?

Hubo un silencio, luego oí rumor de pasos y la puerta se abrió.

El hombre, enmarcado por el umbral, debía de tener unos treinta y cinco años; parecía medir metro ochenta, tenía los ojos azules y los cabellos castaño oscuro muy ondulados. Me examinó, frunciendo las cejas, luego miró detrás mío para ver si estaba solo. Hubiérase dicho que esperaba encontrarse con la policía. Cuando vio que no había nadie más que yo, pareció aliviado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Se lo explicaré —dije—, empujándole.

Por un instante creí que me cerraría el paso.

Pero se apartó y me dejó entrar.

—Haría mejor en vestirse —le aconsejé.

Lo aprovechó para poner sus ideas en orden mientras se vestía un pantalón, camisa, calcetines y zapatos. Después entró en el cuarto de baño para pasarse un poco de agua por la cara, y regresó secándose. Luego se peinó.

—¿Entonces? ¿Ha encontrado usted algo?

—¿Qué quiere decir?

—¿Ha montado ya toda una novela?

—¿Por qué quiere que haga una novela?

—¿Su nombre?

Dudó un momento, y contestó:

—Malcolm G. Beckley.

—¿Cuál es el nombre de pila de su esposa?

Me miró, parpadeó, y luego cayó sobre la cama como si sus piernas no pudiesen sostenerle.

—Ha ganado usted. Le escucho.

—¿No ha oído usted hablar nunca de un tal Amos Gage? —insistí.

—Ya sabía yo que llegaría eso —suspiró—. Dios mío, inspector. ¡Si tan sólo hubiese sabido qué hacer! Si hubiese podido hablar… Pero estaba solo y creo que lo he estropeado todo.

—¿Cuánto le ha robado a Beckley?

—No le he robado nada.

—¡Venga!

No contestó, y continué:

—Es tonto eso de llorar. ¡Está usted a punto de heredar una

fortuna si no ha estado detenido, y ahora está haciendo el imbécil!

—No es eso, no… Me he encontrado sencillamente en una situación difícil, no sabía qué hacer, y durante un momento no sabía ya ni quién era.

—Crisis de amnesia, ¿no?

—Momentánea, sí.

Me reí.

—No, se lo juro, es verdad. Es la pura verdad: había leído libros sobre eso, pero no creía en ello. Y no obstante es lo que me ha sucedido.

—Continúe —le dije en tono escéptico—. Recíteme su novela, pero, por favor, no trate de reservarse el buen papel. He oído contar tantas tonterías de ese género, que ya me ponen enfermo. Pero si quiere entrenarse en ello, andando, no se inquiete. Eso le servirá de ensayo para el día que tenga que declarar ante un juez.

—¿Un juez?

—¡Claro! ¿Qué se figura, pues?

Permaneció un momento en silencio, pareció reflexionar y preguntarse si no haría mejor en callarse. Yo me impacientaba.

—¿Vamos o no? Le escucho. Venga.

Viendo que todavía vacilaba, insistí:

—Se encontrará mejor contándolo todo, ya lo verá. Luego estará mejor.

La idea le decidió.

—Me llamo Amos Gage, como ya sabe. Supongo que no valgo gran cosa. Tengo ataques de alcoholismo. No sé por qué. Durante semanas estoy bien, y luego de pronto me coge eso.

Yo bostezaba.

—Siempre he tenido mucho cuidado de no meterme en líos —prosiguió—. No llevo nunca más de ciento cincuenta dólares encima mío, y en cuanto he bebido el primer vaso, mando las llaves de mi coche a una amiga y viajo a pie. Cuando me he gastado todo el dinero que llevo encima, empiezo a serenarme. Las crisis duran bastante tiempo.

—Esos detalles interesan poco. Háble me de Beckley.

—Bueno. Yo venía de correrme una juerga. No sé el tiempo que duró. He debido trabar conocimiento con alguien que pagaba la bebida, porque me parece que la borrachera ha sido

particularmente larga.

—¿Quién era su compañero de copeo? ¿Beckley?

—Por Dios, no sé quién era. Lo que sé es que cuando empecé a volver a la superficie, estaba sin un céntimo. No tenía ni para tomar café. Absolutamente nada. Me dije que debían de haberme vaciado la cartera. Y me moría de ganas de tomar un café. Estaba, pues, en un estado detestable.

—Continúe.

—Tengo un sistema para volver a casa cuando salgo de una de ésas. Empiezo por beber agua hasta que no tengo más sed, en las fuentes públicas; luego, cuando ya me puedo sostener sobre mis piernas, doy una vuelta por las estaciones de servicio y busco una dirigida por un Rotary.

—¿Y luego?

—Luego me presento como un hermano Rotary, y apelo a su espíritu de club. Le digo que tengo necesidad de ayuda para regresar a casa. En general la gente me ayuda. Incluso sucede que me paguen una comida o al menos un café.

—¿Y esta vez?

—Esta vez, el sujeto me dijo que no me dejase ver demasiado, pero que esperase a que él tratase de encontrarme un cliente que me aceptara en su coche.

—¿Se acuerda usted del nombre del tal sujeto?

—Francamente, no. Todo lo que sé es que era un garaje en Carver City. En aquel momento me dijo cómo se llamaba, me enseñó su insignia, y nos estrechamos la mano. Pero no me acuerdo de gran cosa más. Quizá pudiera volver a Carver City. Me parece que si le viese le reconocería. En ese garaje daban unas tarjetas postales franqueadas, para su publicidad. Mandé una postal a una amiga mía, diciéndole que me encontraba bien, y que regresaba.

Hasta aquí, Gage me decía la verdad.

—¿Luego?

—Estuve allí quizá media hora, y el de la gasolina vino a decirme que tenía un cliente que aceptaba llevarme. Explicó: «Amigo mío, confío en usted porque es un hermano de club. Procure no causarme disgustos». Entonces nos estrechamos la mano, y le aseguré que no se los daría. Le hablé un poco de mí, para tranquilizarlo. Entonces me dijo que el cliente tenía un «Buick», que

iba hasta Reno, y que buscaba alguien que le relevase al volante, porque tenía miedo de dormirse.

—Sí, continúe.

—El de la gasolina me presentó al hombre. Naturalmente, de momento no entendí bien su nombre. Me daba igual. Estaba de acuerdo en llevarme, y eso me bastaba. No es que yo tuviese ninguna gana de ir a Reno. Mi destino era Los Ángeles. Pero no me sentía seguro del todo, y no tenía gana ninguna de pasar la noche en la carretera. Hubiera ido al fin del mundo con quien me invitase a un café o a unos huevos con jamón. Yo sabía bien que el individuo aquel me invitaría a comer tarde o temprano, y más valía ir a Reno que rodar por la carretera. Tanto más cuanto que nunca había visto semejante colección de autoestopistas. No sé por qué, pero los había cada veinte metros. Creo que se encontraban en las granjas, para la colocación de no sé qué. En fin, que todo estaba lleno de ellos. Luego, antes de marcharme, el individuo telefonea dos, tres veces y luego me dice que ya no va a Reno, sino que regresa a Los Ángeles, directamente. Eso me iba a mí como un guante. Le hubiera besado. Me dijo que tenía el proyecto de rodar hasta Los Ángeles sin pararse. Cada vez estaba más de acuerdo con él. Salimos, pues, él al volante. El de la gasolina me había dicho que el cliente buscaba alguien para relevarle, pero yo no quería dar la impresión de que me imponía. Vi que me examinaba, no por nada, y al cabo de un momento me preguntó si bebía. Le conté toda mi historia. Le dije que tenía crisis de alcoholismo, que siempre terminaba quedando sin blanca, y que debía hacer
auto-stop
para volver a casa. Añadí que estaba completamente despejado, pero que aún no me sentía bien del todo y que tenía hambre. Entonces me dijo que se hacía cargo y que en el próximo pueblo se detendría para que tomara un buen café caliente, y, luego, me pediría que condujese un poco, para ver de lo que yo era capaz…, y en esto apareció la buena mujer en la carretera.

—¿Qué buena mujer?

—Hacia el
auto-stop
, con perdón, ese *chassis*.

—¿Quién era?

—No lo sé. Nos dijo que la llamáramos Madge, y es todo lo que pudimos sacar; por lo menos que yo sepa.

—Bien. ¿Y luego qué sucedió?

—Al verla levantar el pulgar, él se paró, y charló un momento con ella. Le preguntó adónde iba y ella dijo que a Los Ángeles. Le preguntó también por qué hacía
auto-stop
, y contestó con chirigotas y ademanes, diciendo que tenía ganas de adelgazar y que su médico le había aconsejado largas caminatas. Pensaba que cuatrocientos cincuenta kilómetros eran una marcha demasiado larga. Dijo también que tenía miedo del lobo. En fin, para resumir, el individuo le dijo que subiese, excusándose de hacerla sentar detrás, porque después del próximo pueblo sería yo quien conduciría. Ella contestó que eso no importaba, y que ya estaba harta de tener que sacarse de encima a una serie de sujetos demasiado atrevidos. Era verdaderamente un tipo curioso la chica.

—Bueno, dejémoslo. ¿Y luego?

—Pues bien, llegamos a un pueblo, Central Creek, y se paró ante un cafetucho. Encargamos dos huevos con jamón, la chica y yo, pero tuvimos que tragarlos a gran velocidad. Mientras empezábamos a comer, el hombre fue a telefonear. Pidió línea interurbana, es todo lo que sé. Pero creo que telefoneaba a su casa.

—¿Pagó o pidió la comunicación en P.C.V.?

—No sé. Creo… Espere, pagó. Me acuerdo.

—Si telefoneaba a su casa, ¿no cree que hubiera pedido el P.C.V.?

—A decir verdad, no lo sé. Le estoy contando como sucedió todo. Es una historia del demonio. Oiga la continuación, todo esto no es nada todavía.

—Oigo.

—Bueno. Dejado Central Creek, Beckley me dijo que pensaba aguardar un poco antes de pasarme el volante para que el café y el alimento hiciesen su efecto.

—¿Dónde estaba la chica?

—Detrás. También aseguró que sabía conducir, pero Beckley simuló no haberla oído, y ella no insistió.

—Bueno, bueno. Entonces tuvieron el reventón y…

—¿Qué?

—Un reventón, y él sacó su gato y su neumático de recambio, para acabar por darse cuenta de que estaba deshinchado y que…

Gage movió la cabeza.

—¿No es eso?

—No.

—Bueno, entonces ¿qué pasó?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Rodábamos muy tranquilamente, y de pronto pareció como si el techo se hubiese caído sobre mi cabeza. Quedé sin conocimiento. Recuerdo haber recibido un golpe. Me sentí mal, y luego, la oscuridad. Debí de haberme golpeado dos veces, pero ya no me acuerdo.

—¿Le golpeó Beckley?

—Conducía. Debió de ser la chica, pero en realidad no lo sé. Ya le digo, perdí el conocimiento. El techo cayó sobre mi cabeza.

—¿Y luego?

—Recobré el conocimiento y todavía era de noche. Estaba tumbado en el suelo al lado del coche que tenía la puerta abierta. La sangre me goteaba por el cuello y toda mi chaqueta quedó ensangrentada. No sabía ya dónde estaba, y se lo juro, no sabía ni quién era. Sólo sabía que estaba aterrorizado y que tenía ganas de marcharme lo antes posible.

—¿Qué hizo usted entonces?

—El motor del coche funcionaba y los faros estaban encendidos. Sin saber demasiado cómo, me levanté, me apoyé un momento en el guardabarros del coche para esperar a que se me pasase el vértigo y luego me puse al volante. En eso, se acrecienta todavía mi pánico, y me dije que era preciso que me marchase cuanto antes de allí.

—¿Sí?

—Seguí esta pequeña carretera, un camino terroso, y al cabo de dos o tres kilómetros salí a una carretera asfaltada. No sabía dónde estaba. La carretera, por la izquierda subía y por la derecha bajaba. Tomé por la izquierda, y aceleré. Me sentía muy raro. No sabía absolutamente ni quién era ni nada. La oscuridad. El pozo. No me acordaba lo que se dice de nada. Lo único que sabía es que entonces estaba conduciendo un coche.

—¿Sabía conducir?

—Sabía cómo hacerlo, pero me era imposible enterarme de nada más. Tenía la sensación de que había nacido allí, en el camino, al lado del automóvil.

—¿Y entonces?

—Entonces continúe conduciendo, diciéndome que la memoria ya volvería. Nada. Me paré en un restaurante para tomar café y palpé mis bolsillos. Tenía dinero. Pagué y fui al lavabo para registrarme. Llevaba una cartera con un permiso de conducir a nombre de Malcolm G. Beckley, tarjetas de visita a nombre de Beckley, documentos de identidad, y más de cien dólares. En otro bolsillo, encontré un carnet de cheques de viaje por estrenar, a nombre de Malcolm Beckley.

—¿Y qué hizo?

—Pues bien, naturalmente, creí que era Malcolm Beckley, y proseguí el viaje. Tenía una vaga idea de que había de ir a Los Ángeles, pero no sabía en absoluto donde podía encontrarse Los Ángeles, ni lo que yo tenía que hacer allí. No sabía dónde me encontraba, no sabía nada. Entonces continué rodando, esperando que la memoria me volviera. No volvía de prisa. Sin embargo, sentía de una manera confusa que huía de algo, que escapaba de una cosa que me aterrorizaba. No paraba de mirar por el retrovisor, sin saber qué buscaba. Y luego, he aquí que tuve miedo de ir por la carretera. Mi miedo me llevó a coger una carretera de montaña, a mi derecha, y me encontré metido en una serie de virajes que no se terminaban nunca. Continuaba sin saber dónde estaba, quién era, y adónde iba. Finalmente, la carretera empezó a bajar y dejé las montañas. Fui a parar a una carretera alquitranada, y vi un cartel indicativo por el que supe que estaba en la carretera de Reno. Eso no me decía absolutamente nada. Pudiera haber sido una barriada exterior de Los Ángeles. En el estado en que me encontraba me daba lo mismo un sitio que otro.

—¿No se paró a preguntar su ruta?

—No, por Dios. Tenía demasiado miedo. Un miedo instintivo. Proseguí mi camino y poco después llegué a Reno. Empezaba mi vida a cero, pero era curioso porque sabía un montón de cosas. Sabía jugar a los dados y a la ruleta, y conducir un coche. Conocía todos los gestos que se hacen en la vida, todos los días.

—¿Y qué hizo?

—Jugué todo el dinero que llevaba encima. Al principio tuve suerte, y luego la empecé a perder. Y después me encontré sin un céntimo.

—¿Y entonces?

—Entonces cobré un cheque de viaje.

—¿Sí?

—No sé cómo, pero al firmar el cheque con el nombre de Malcolm Beckley no me sentía normal. Como si la pluma rehusase escribir Malcolm Beckley. Tenía los dedos adormecidos y mi firma no se parecía a la que llevaba el cheque, yo lo veía.

—¿Y qué sucedió?

—Supongo que la chica del casino tiene ya la costumbre de pagar cheques a tipos nerviosos o excitados. Al lado mío, había uno que tenía también dificultades con un cheque bancario. Con los cheques de viaje no deben prestar mucha atención. Echó un vistazo en el mío, y me preguntó si llevaba documento de identidad. Le enseñé mi permiso de conducir. Anotó el número al dorso de mi cheque, y me dio mi dinero.

—¿Y después?

—Empezaba a sentirme muy raro, como si flotase en el espacio. No sé cómo fui a la ruleta, cambié fichas y empecé a jugar como un loco. Como un loco, ésa es la palabra. ¡Y tenía una suerte enorme! Puse todas mis fichas en el encarnado, y salió el encarnado. Las dejé y volvió a salir el encarnado. Luego puse toda la pila de fichas en el veintiséis, y salió el veintiséis. Después lo volví a poner todo al encarnado, y salió el encarnado; las dejé y volvió a salir, y en el momento en que recogía el gran montón de fichas recuperé de pronto la memoria, como si alguien hubiese descorrido una cortina ante mis ojos.

—¿Y qué sucedió?

—Me dejé caer en una silla, y solamente recordé que alguien me preguntó si no me encontraba bien. Un empleado del casino se acercó y apartó a dos o tres tipos que probablemente buscaban birlarme mis fichas, y me acompañó a la caja. Tenía más de mil ochocientos dólares. Tales establecimientos tienen eso de bueno, que son serios. El empleado me dijo: «No tiene usted aspecto de encontrarse bien, le aconsejo que vaya a acostarse. Nos complacerá volverle a ver cuando se encuentre mejor. Ya volverá a, jugar todo

lo que ha ganado si así le apetece. Pero de momento nos gustaría saberle a usted en su casa y en la cama».

—¿Y qué hizo usted?

—Volví al coche. Me acordaba perfectamente del sitio dónde lo había dejado. Recordaba toda esa famosa historia, clara como la luz del día, tal como se la cuento. Vine aquí, a este motel, y no me he movido de él. Salgo de mi habitación para ir al restaurante de enfrente, y eso es todo. Tengo miedo de ir a la ciudad. Tengo miedo de que me vean. Tengo miedo de hablar. Sé que hubiera debido presentarme a la policía desde el momento en que recuperé la memoria, pero como había cobrado ese cheque —lo ve, es ahí donde he quemado mis naves—, ahora me siento acorralado. Si llego a los treinta y cinco años sin haber sido detenido por un delito grave todo va bien; pero está ese maldito puritano que administra mi fortuna y que estaría extraordinariamente contento de ver como se me esfuma delante de mis narices. Y si me detienen, es lo que sucederá. He decidido, pues, permanecer aquí cuanto más tiempo mejor, sin moverme. La gente del motel piensa que espero mis seis semanas de residencia para pedir un divorcio. En ese pueblo nadie hace preguntas, y puede creerme que no tengo ningunas ganas de dar explicaciones gratuitas.

—Hay un punto en el cual se equivoca, dije.

—¿Cuál?

—No es el ser detenido antes de los treinta y cinco años lo que le haría perder su fortuna, sino el ser condenado por un delito grave.

—¿Y eso qué diferencia representa?

—Una diferencia muy importante. Si no se mueve de aquí, si no hace nada, si se deja llevar por los acontecimientos, si toma el mejor abogado que encuentre y si gana tiempo, hay muchas probabilidades de que les venza en la carrera contra el reloj.

—¿Y eso a qué conduce?

—¿A que conduce? A que tendrá los treinta y cinco años, y el fideicomiso le pagará toda su fortuna, a condición de que no haya sido condenado.

—¿Y luego?

—¿Y luego? Pues que tendrá bastante dinero para defenderse, qué demonios.

—Y entretanto no tengo un céntimo mío… Pero ¿qué está

contando? ¿No es usted de la policía?

—No.

—Me dijo que era inspector de seguros.

—Soy detective privado. Entre otras cosas, le estaba buscando a usted. ¿Conoce a Sandra Eden?

Su rostro se iluminó.

—Sí, la conozco. ¿Cómo se encuentra? ¿Y cómo se encuentra Eleanor?

—Se encuentran muy bien. Están inquietas por usted y no tienen un céntimo.

Dejó caer la cabeza entre sus manos.

—No he dejado de pensar en ellas. Me gustaría darle noticias mías, pero no me atrevo. No sabía qué hacer. Sé que tienen necesidad de dinero. Será preciso que me espabile para hacérselo llegar.

—¡Bueno! Ahora parece que se acuerda de todo lo que sucedió. ¿Todo lo que me ha contado es verdad?

—Todo.

—Perfectamente. Será preciso volver atrás. ¿Dónde cree que podía encontrarse cuando recobró el conocimiento, al lado del coche?

—Era un camino terroso, en las montañas. Había pinos, y un riachuelo no muy lejos. Recuerdo un ruido de agua que corría, que sentí ganas de meter en ella la cabeza, pero me lo impidió no sé, una especie de miedo inconsciente que me empujaba a escapar lo más rápidamente posible. Creo que en mi vida había tenido tanto miedo… Dígame, ¿cómo se llama usted?

—Donald Lam. Volvamos al sitio donde se despertó. Subió usted al coche. ¿Cuántos kilómetros cree que hizo antes de ir a salir a la carretera?

—No más de tres.

—¿Cómo era el camino?

—Lleno de surcos. Un camino de montaña. Había pinos, y el aire era fresco. Yo sentía la altitud. Era noche cerrada. No veía nada, fuera de lo que estaba bajo el haz de los faros.

—Y cuando tomó la carretera alquitranada, ¿subió una cuesta?

—Eso, una cuesta pronunciada.

—¿Y luego?

—Anduve… Oh, no sé, imagino que unos treinta kilómetros…

—Ahora, reflexione bien. ¿Cuándo repuso la gasolina?

—Tardé bastante.

—¿Miró la capacidad?

—Sí, el depósito estaba casi lleno.

—Cuando emprendió la cuesta, ¿la carretera continuó subiendo durante cuánto tiempo?

—Pues bien, subí un poco, y luego volví a bajar. Me encontré como en una planicie, con virajes, una especie de puerto, y luego volví a bajar durante mucho tiempo. Pero no olvide que dejé la carretera de primer orden para tomar una carretera de grava. Después amaneció. Anduve mucho tiempo por la montaña. Y luego llegué a una región de granjas y de pastos y allí vi el cartel anunciando a Reno. Decía: «Reno, sesenta kilómetros».

—¿Durante cuánto tiempo rodó antes de llegar a ese cartel?

—No sé. Yo diría… oh, horas enteras. Esa parte de la jornada queda todavía confusa. Pero anduve todo el día.

—¿Puso gasolina?

—Dos veces. De esas dos veces estoy seguro. Quizá tres. Ya le digo, estaba todavía un poco descentrado.

—¿No le preguntó al de la estación dónde se hallaba?

—No. Llené el depósito, pagué, y me marché cada vez. ¿No lo comprende, Lam? ¿No le ha sucedido despertarse súbitamente de un sueño profundo y no acordarse de nada? Uno se encuentra despierto del todo, pero no sabe dónde está. Y luego, de pronto, vuelve la memoria. Pues bien, era poco más o menos eso. Sabía que había perdido la memoria y esperaba que volviera, pero no podía hacer otra cosa que conducir el coche. Estaba nervioso, tenía miedo, y me sentía mal.

—¿Tenía la cara ensangrentada?

—Tenía sangre en la cara y en la chaqueta. Me limpié bien.

—¿Y cuándo se detuvo para poner gasolina?

—¿No le he dicho que primero me había parado en un restaurante? Tomé un café y me encerré en los lavabos. Me miré en un espejo y me limpié lo mejor que pude con servilletas de papel. La cabeza me dolía mucho. Y todavía me duele, en realidad.

—¿Había mucha sangre en su chaqueta?

Se levantó y fue a descolgarla del armario.

—Vea, la limpié lo mejor que supe, pero todavía hay señales.

—¿Con qué la ha lavado?

—Con agua fría. La mojé, y la froté tanto como pude.

Suspiré.

—¡Es toda una novela!

—¿A quién se lo dice usted?

—En fin, de momento vamos a comer.

—¿Y luego?

—Luego le dejo aquí tal como le he encontrado, y me voy a fisgar por ahí.

—¿Fisgar?

Le miré a los ojos.

—Quiero saber por qué tenía usted semejante terror. Quiero averiguar por qué su instinto le hizo huir con tal pánico.

Quiso mirarme a los ojos también, pero no fue capaz de ello. Bajó los suyos y se estremeció.

—¿No tiene idea de lo que pasó?

—Ninguna. No puedo imaginarme nada.

—Bueno, vamos a comer. Necesita un buen café y afeitarse. Supongo que debe pensar que ningún jurado creerá su relato.

—Ya lo sé.

capítulo seis

DEJÉ mi coche en el aeropuerto de Reno, cogí un avión para Sacramento, y en Sacramento otro para Bakersfield. En Bakersfield alquilé un coche y recorrí de nuevo la carretera de la montaña, lentamente, buscando los caminos secundarios.

La agencia de alquiler me cobraba el coche a tanto el kilómetro y a cada vuelta del contador imaginaba la cara de Bertha cuando viera mi nota de gastos.

Nunca hubiera creído que hubiese tantos caminos transversales y tantas carreteras conduciendo a los valles. Pasado el puerto, me metí por todas las que me parecían responder a la descripción de Gage.

Finalmente, cuando ya iba a abandonar, lo descubrí: un sendero traqueteante, que serpenteaba a través de un bosque de pinos, no lejos de un riachuelo.

Puse pie en tierra. Un olor raro flotaba en el aire. Bajé hasta el riachuelo sin encontrar nada. Luego fui remontando la corriente, y el olor se hizo más preciso.

Cinco minutos más tarde, lo encontré —o mejor dicho, lo que quedaba de él—. No daba gusto verlo.

Eché un vistazo rápido en derredor, subí al coche, salí a la carretera y me fui directamente a casa del sheriff de Bakersfield.

Allí había un empleado a quien mostré mi tarjeta.

—Vengo a informarle de que he descubierto un cadáver —le dije.

—¿Dónde?

Se lo conté. Pidió detalles más amplios, y le dibujé un plano.

—¿Cómo es que lo ha encontrado? —me preguntó.

—Por eliminación.

—¿Es decir?

—Si se pone en contacto con la policía de tráfico de California, sabrá que hace ya algún tiempo que se busca a ese hombre en esa carretera. Ha recibido orden de investigar el lugar del eventual accidentado. No puedo afirmar nada, pero creo que se trata de los restos de Malcolm G. Beckley, quien recogió dos autoestopistas, e iba camino de Los Ángeles cuando desapareció.

—¿Y su coche?

—No hay rastro de coche, que yo sepa. Por otra parte no he querido pisar demasiado el lugar.

El adjunto del sheriff reflexionó un momento, y luego me dijo:

—Sabe que hubiera usted podido decir eso en una docena de otros sitios. Ha atravesado ciudades y pueblos en donde hay…

—Quería hacer un informe a la dirección.

—¿Por qué?

—Porque el asunto me interesa y no quiero que un títere cualquiera venga a tirar una plancha. Quiero que se haga una investigación a fondo.

Esas palabras le halagaron.

—¿Cree que es un crimen de los autoestopistas?

—No sé lo que es. Únicamente sé que Malcolm Beckley se proponía correr toda la noche para llegar a los Ángeles cuanto antes. Telefoneó a su mujer diciéndole que había recogido a un autoestopista, y un poco más tarde, a una chica rubia.

—¿Tiene las señas de la rubia?

—¡Bien hecha! Con curvas…

—¿A eso le llama señas?

—Es lo único que su mujer ha podido decirme. A usted seguramente no le dice nada, pero a mí sí.

Me sonrió.

—De acuerdo, Lam. Continuemos. Voy a ocuparme de ello. Y empezaré por subir allá arriba en seguida, con un ayudante.

—Vaya con quien quiera. Pero cuide de tomar unas buenas fotografías del lugar, antes de que lo pisen completamente, y asegúrese de la identidad de la víctima.

—¿Hay un asunto de seguro?

—Ciento cincuenta mil dólares.

Emitió un largo silbido.

—Ese individuo tenía un buen negocio de representación. Vivía

a gran tren —le expliqué.

—¿Y su mujer?

—Tiene sentido práctico. Creo que ha perdido toda esperanza de encontrarlo vivo. Y si lo encontrase vivo no querría saber nada más de él.

—¿Cómo es? Quiero decir, ¿qué edad tiene? ¿Qué clase de mujer?

—Veintiséis o veintisiete años, y todo lo que tiene es estupendo.

—¿Rubia? —preguntó él riendo.

—Morena.

—Sentido práctico —dijo.

—Mucho. Cree que su marido ha sido asesinado, o que se ha marchado con la rubia. Tanto en un caso como en otro, quiere estar enterada. Si le han asesinado, quiere el cadáver que se pueda identificar. Si se ha marchado con la rubia, quiere pruebas que pueda mostrar para obtener el divorcio.

—Por consiguiente, no tendrá un ataque de nervios. ¿Cree que podemos llevarla con nosotros?

—Valdría más esperar a haber sacado las huellas digitales del cadáver.

—Quizá. Bueno, vamos allá.

Volvimos a tomar la carretera de la montaña. Era de noche ya, pero empezaba a saberme de memoria la carretera. En el último pueblo importante antes de llegar al puerto nos detuvimos para recoger a un sheriff adjunto y a un médico forense.

El cadáver seguía allí. Se hallaba muy descompuesto y no había necesidad de autopsia para saber que nos encontrábamos ante la presencia de un crimen: la nuca del hombre había sido hundida, y la palanca de un gato yacía sobre la hierba, a su lado. El cráneo debió estallar como un melón demasiado maduro.

No había sino un detalle extraño. El sombrero de la víctima fue arrojado a más de quince metros del cadáver.

Aconsejé al segundo sheriff que midiese la distancia exacta y que tomase una fotografía. Se extrañó.

—Lam, ¿qué se figura? Hay viento por estas alturas. El aire se ha llevado el sombrero y lo ha pegado al matorral. A lo mejor mañana estará en otro lugar.

—Pero quizá un abogado demasiado astuto querrá saber dónde

estaba el sombrero hoy. No olvide que tendrá que ir de testigo… Es a usted a quien se le harán preguntas. ¡Hay un seguro de ciento cincuenta mil dólares!

Reflexionó un momento y se encogió de hombros.

—¿Pero qué tiene que ver el sombrero en ese asunto?

—Vaya a verlo de cerca.

Prefirió mirarme fijamente.

—¡Explíquese!

—Ese sombrero no está deformado en lo más mínimo. La víctima iba, pues, sin sombrero cuando el asesino le hundió el cráneo golpeándole con la palanca del gato.

—¿Y qué?

—¿Usted conduce con o sin sombrero?

—A veces con, a veces sin. Eso no quiere decir absolutamente nada.

—¿Dónde pone usted su gato?

—En la maleta de detrás. ¿Por qué?

—Si la investigación demuestra que esa palanca de gato era del coche de Malcolm Beckley, puede cambiarlo todo. Acuérdese de que la rubia telefoneó que había sufrido un reventón, y que hizo
auto-stop
para mandar un coche-taller.

—Pero no mandó ninguno. Es lo que me ha dicho usted.

—Nadie se *acuerda* de haber sido llamado por una chica rubia esa noche.

Me miró un momento, y luego se volvió hacia el adjunto.

—Bueno ya lo has oído Bill. Mide la distancia entre el cadáver y el sombrero. Y toma fotos, un montón de fotos, sin escatimar los *flash*. Estamos ante un asunto de órdago, me parece.

Mientras trabajaban, yo escudriñaba un poco por allí. De pronto exclamé:

—Venga a ver aquí. Se diría que alguien ha estado mareado.

Se acercaron con las lámparas y sus proyectores, pero mi descubrimiento no pareció apasionarles mucho.

—Sucede siempre —dijo el sheriff—. Un tipo comete un crimen espantoso, y luego viene la reacción. Eso no quiere decir nada.

—A mí me parece que en un asunto criminal, el menor indicio quiere decir algo.

Me sonrió con los labios, pero su mirada continuó fría.

—Ya lo sé, Lam. A usted le parece. Pero a mí no me parece. Y aquí el que hace la investigación soy yo. ¿Está claro?

Comprendí, y se lo dije.

capítulo siete

FINALMENTE metieron el cadáver en un gran saco de plástico, y luego en una ambulancia.

—¿Y ahora? —le pregunté a Harvey Clover, mi subsheriff.

—Ahora, comprobaremos sus huellas digitales, y lanzaremos un anuncio para buscar el coche de Beckley. Hace ya tiempo que se debía haber hecho. ¿Por qué no ha pensado usted en ello?

—Ya he pensado.

—¿Y por qué no ha hecho nada?

—Porque nadie me lo ha pedido.

—Nadie le ha pedido ir allá arriba a buscar ese cadáver, me parece.

—En un sentido, sí.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Pongamos que Malcolm Beckley se haya marchado con la guapa autoestopista rubia. Digamos que se esconden en un rincón. Las autoridades lanzan una orden y hacen buscar su coche. Los dos tórtolos se pasean tranquilamente por el campo y un motorista les detiene. Le pide el permiso de conducir a Beckley, y le informa de que su mujer le hace buscar, y pretende que su coche ha sido robado. Beckley dice que su mujer puede irse a paseo, que él está en viaje de negocios, que ya está harto de telefonearla continuamente para que ella le arme un escándalo, que la rubia no tiene nada que ver con la autoestopista del otro día, pero que es una chica muy simpática que acaba de conocer hace solamente una hora. Que por otra parte no había recogido ninguna autoestopista rubia en la noche del cinco y que lo que quería era sencillamente gastarle una broma a su mujer.

—Sí, sí, sí… comprendo su punto de vista.

—Permítame que le dé otro.

—¿Cuál?

—Una mujer telefoneó a Mrs. Beckley diciéndole que su marido tiene avería y que le manda un coche-taller desde Rommelly, pero que ella prefiere continuar el camino sola.

—¡Pero si me dijo usted que no mandó ningún coche-taller!

—No. Le he dicho que ninguno de los dos garajistas de Rommelly se acuerda de semejante petición.

—¿Qué está pensando, pues?

—Si la mujer le ha dicho la verdad, si no hubo reventón de neumático, la rubia ha mentido en toda la línea. Por consiguiente, si mentía, es que estaba mezclada en el crimen. Si está mezclada en él, esto hace inocente al primer autoestopista, al hombre.

—No precisamente. Podrían ser cómplices.

—Posible, pero no seguro.

—Bueno, bueno, continúe.

—¿Tiene un experto polígrafo en la oficina?

—Sí, ¿por qué?

—Esta noche, antes de que este asunto salga a la luz pública, quisiera que fuésemos a someter a los vigilantes de noche del garaje de Rommelly al detector de mentiras.

Cerró los párpados, y yo insistí:

—Así, si uno de los dos ha mentido, podremos declarar inocente a la rubia. A Beckley lo abandonaron en la carretera con sus neumáticos deshinchados y un autoestopista. La maleta de detrás estaba abierta, el gato había sido sacado y el autoestopista tenía la palanca del gato. En fin, podía tenerla.

—Y, como de milagro, repararon el neumático.

—Claro que el neumático ha sido hinchado. Alguien que pasó con una bomba. ¿Qué haría usted si tuviera una bomba en su coche, pasase ante un automovilista en dificultades y le ayudase?

—¿Qué haría?

—Prestaría su bomba, y una vez el neumático hinchado, le darían las gracias, le devolverían la bomba y usted continuaría su camino. No tendría ninguna necesidad de aguardar a que hubiesen cambiado la rueda, bajado el gato, y que todo hubiese sido vuelto a poner ordenadamente en la maleta del coche. ¿No es verdad?

—Tiene razón. Voy a telefonear. ¿Tiene alguna preferencia por los dos vigilantes nocturnos?

—El más joven de los dos es vigilante en el garaje «Día y Noche». Tiene tatuajes, y ha debido servir en la marina. La pared de su cuartucho está cubierta de fotos de artistas y de desnudos. Si una rubia bien formada…

—Le sigo. Vamos a coger el detector de mentiras.

Telefoneó a su técnico. No nos quedaba más que esperar.

Éste llegó con su aparato poco después de media noche, y todos fuimos al garaje «Día y Noche». Estaba el mismo vigilante. No había cerrado la puerta y aún no se había acostado. Escuchaba la radio sentado sobre una especie de «*chaise-longue*» que él mismo se confeccionó con un sillón ordinario y unas cuantas planchas. Me reconoció y me estrechó la mano. Le presenté al sheriff adjunto y al técnico. Harvey Clover se encargó de interrogarlo.

—¿Recuerda el cinco de este mes? Mejor dicho, ¿se acuerda de la noche del cinco al seis? Tratamos de informarnos sobre una avería.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Tom Allen.

—¿Vino alguien a pedir el coche-taller?

—No señor. Ya he hablado de ello a ese señor, el detective. Le dije que no sabía nada de todo eso. Debe de haber un error. Por aquí no han venido. Quizá en el otro garaje, pero aquí no, seguro.

—¿Cómo puede estar tan seguro de ello?

—¿Cómo? Porque llevo un registro donde anoto todo, las llamadas, las averías, todo. Hay un contador en el coche-taller y debe justificar cada kilómetro recorrido. Cobramos un dólar por kilómetro para ciertas averías, cincuenta centavos por otras, y veinticinco centavos por las mínimas. ¿Qué se figuran?

—Está bien. Limítese a contestar a mis preguntas, sin comentarios.

—Sí, señor.

—Perfectamente, siéntese. Bueno, ese señor es un experto polígrafo. ¿Sabe lo que es eso?

—¿…?

—Es un detector de mentiras. Vamos a examinarle con este aparato, y sabremos si dice o no la verdad.

—Su trasto no me dice nada.

—¿Quiere decir que se niega a ser objeto de la prueba?

Allen bajó la cabeza, se pasó la lengua por los labios y acabó por murmurar:

—No, no rehúso nada.

Clover le hizo seña al técnico.

—Adelante.

—No voy a trabajar en muy buenas condiciones, desgraciadamente —dijo el técnico—. No les garantizo del todo que…

—Veremos. Adelante —cortó Clover.

—Muy bien —dijo el técnico, y luego se volvió hacia Allen—. Debo decirle que el polígrafo es un instrumento científico que mide su presión arterial, la sensibilidad de la dermis, la respiración. Cuando hayamos terminado está prueba podré decirle si ha mentido o no. ¿Me entiende?

Allen se limitó a bajar la cabeza.

—Arremánguese. Voy a colocarle el brazal de tensión y podremos empezar.

Allen se arremangó, respiró profundamente y se plantó cómodamente en su sillón. El técnico puso a punto su instrumento y sacó de su bolsillo unos cuantos naipes.

—¿Ve usted esas cartas? Bien. Escoja una mentalmente. No me la enseñe, no haga ningún gesto, pero piense únicamente en la carta que ha escogido. ¿Ya está?

—Sí.

—Bien. Ahora quiero que no diga la verdad. Quiero ver lo que pasa cuando dice una mentira.

—No entiendo.

—Voy a preguntarle, por ejemplo, si ha escogido el as de *pique*. Me contestará que no, aunque sea la buena carta. Conteste siempre no a mis preguntas. ¿Lo ha comprendido bien?

—Sí.

—Diga que no. A cada carta diga que no. No es complicado.

—De acuerdo.

El técnico efectuó unas manipulaciones, puso la aguja automática sobre el gráfico, y empezó.

—¿Ha escogido el as de *pique*?

—No —contestó Allen.

El hombre esperó cinco segundos, y prosiguió:

—¿Es la reina de *coeur*?

—No.

—¿El diez de *carreau*?

—No.

—¿El cuatro de *coeur*?

—No.

—Bien. Voy a volver a hacerle las mismas preguntas por el mismo orden y contestará de la misma forma.

—Bueno.

—Entonces, ¿el as de *pique*?

—No.

El técnico anunció todas las cartas, y cuando hubo terminado, dijo:

—Muy bien, Tom. Creo que ahora comprendo sus reacciones psicológicas.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Ha escogido el cuatro de corazón.

Allen tuvo un sobresalto y pareció estupefacto.

—Ahora —continuó el técnico— vamos a ocuparnos de la noche del cinco al seis. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

El movimiento de relojería del aparato zumbaba. El tambor sobre el que estaba puesta la hoja de papel milimetrado rodaba lentamente, y la aguja oscilaba según los latidos del corazón de Allen. El técnico empezó su interrogatorio.

—¿Se llama Tom Allen, no?

—Sí.

La aguja marcó un sobresaltó, subió ligeramente en el gráfico y volvió a bajar.

—¿Ha cenado esta noche?

—Sí.

La aguja apenas se movió.

—¿No ha recibido la visita de una mujer rubia en la noche del cinco al seis?

—No.

—¿Fuma usted?

—Sí.

—¿No le ha llamado una mujer en medio de la noche, para pedirle que fuese a auxiliar a un viajero que tenía un reventón?

—No.

—¿Juega al póker?

—Sí.

—¿Hace trampas?

—No.

—¿Está usted casado?

—No.

—¿Ha servido en la marina?

—Sí.

—¿No le han venido a pedir que fuese a reparar un neumático en la noche del cinco al seis?

—No.

—Un momento. Voy a empezar de nuevo, desde el principio. Le voy a hacer las mismas preguntas, por el mismo orden.

Tom Allen no contestó.

—¿Ha comprendido usted?

—Sí, sí.

El técnico repitió las mismas preguntas por segunda vez. Luego desabrochó el brazal, quitó la guarnición de cuero que rodeaba el torso de Tom Allen, y dijo:

—Lo siento, Tom, pero no le será fácil salir con bien de este asunto.

—¿Por qué?

—Porque miente.

—No es verdad.

—Bueno. Voy a explicárselo. Le he hecho esta pregunta a propósito de la rubia. Mire, vea la hoja. ¿Ve cómo ha reaccionado? Le he vuelto a hacer la misma pregunta y su reacción no ha variado. ¿Ve la hoja de respiración? Ha tenido un sobresalto imperceptible, pero el gráfico lo revela. Y ahora voy a decirle otra cosa. No se llama Tom Allen. Oiga Tom, está metido en un atolladero desagradable. No estamos aquí para divertirnos. Es cosa grave, Tom. Hay un asesinato. Ha mentido. Ha ocultado pruebas, y ha hecho un falso testimonio. Vive con nombre falso. Ha servido en la marina. Vamos a tomarle sus huellas digitales. Dentro de veinticuatro horas sabremos quién es y qué ha hecho.

Allen se hundió en su sillón, anonadado. Clover le tomó la palabra al técnico.

—¿Has tenido líos, pequeño?

Allen no contestó. Clover esperó un momento antes de anunciar.

—Muy bien. Lo mejor es que vengas con nosotros. Quedarás detenido como testigo esencial mientras comprobamos tus antecedentes penales. Ha habido crimen. Esto puede acabar mal.

—¡Por Dios —exclamó Allen, levantándose—, no he cometido ningún crimen! No estoy mezclado en nada de eso. Sí, de acuerdo, he tenido líos. He estado en la cárcel, en Nevada. En libertad bajo palabra, me escapé del Estado. Y ¿qué más? ¿Por eso he de haber matado a alguien?

—¿Y la mujer de la noche del cinco?

—Bueno, se lo voy a contar todo. Dormía, y tengo el sueño en general pesado. Llamaron dos veces y me levanté, busqué mi ropa, encendí la luz y fui a abrir, mientras me ponía el pantalón. Yo esperaba encontrarme un tipo ante la puerta, pero ¡amigos míos! ¡Era una de esas chicas de las que se ven pocas! Me dice, así, que hay un individuo con avería en la carretera, con un reventón y cuyo neumático de recambio estaba deshinchado. Era necesario que yo fuese allí.

—¿Entonces?

—Entonces, mientras hablábamos, la chica entró. Le pregunté quién era, y me dijo que hacía auto stop, que su nombre no importaba para nada, pero que el individuo del coche estaba cargado de dinero y que tenía para pagar la avería. En eso, le dije que no había prisa, que iba a hacer café antes de ir, y le pregunté si quería tomar uno. Dijo que sí. Entonces la llevé a mi cuartucho, conecté la cafetera, y luego… Bueno, ya sabe lo que ocurre… Hablamos, y finalmente, era demasiado tarde para ir a ayudar al señor ese. Pensé que debía haberse espabilado para avisar al otro garaje, o para reparar el pinchazo, y que ya debía de haberse marchado hacía tiempo.

—¿Y la rubia?

—Bromeó un poco conmigo y luego dijo que tenía que marcharse haciendo
auto-stop
. Pero ¡qué chica! Rubia platino, teñida, seguro, con unos ojos de un

azul muy raro. Casi azul marino. ¡Y una piel!

—¿No procuraste saber su nombre?

—¡Claro que sí! Y me hubiera gustado tener su dirección y su teléfono; pero cada vez que le hacía una pregunta precisa, me salía con una chirigota, cambiaba de tema y acababa por burlarse de mí.

—Según tú, era una chica de lo más fácil…

—No como lo piensa. Le aseguro que al entrar aquí quería tomar un café, sencillamente. Yo no le daba miedo. Tenía el aire de no tener miedo de nada. La clase de chica independiente que hace lo que le da la gana, y que siempre se sale de todo. Lo único que pude averiguar acerca de ella es que había sido camarera en una serie de bodegones y tabernuchos, por todas partes. Me contó que cuando quería pararse en algún sitio, nunca hallaba dificultades para encontrar trabajo, pero que le gustaba andar de aquí para allá. Hay que decir que la chica podía presentarse en cualquier sitio. Pero no hay que creer. No era lo que se dice una p… Conozco a las mujeres. Entiendo de ellas. Esa noche tenía ganas de una taza de café, y luego… Bueno creo que le gusté. En cuanto abrí la puerta ya vi que le gustaba.

—Y entonces se te ocurrió…

—Pues bien, sí. Hay gentes con las que en seguida se entiende uno, y con otras nunca. Pero eso se ve en seguida, claro. Esa chica y yo, nos entendíamos.

—Y no obstante negaste su visita.

—Naturalmente. ¡Me hubieran despedido!

—¿Dónde iba la chica?

—Me dijo que a Los Ángeles, pero no sé más. No salió de aquí antes de las siete de la mañana. No parecía tener prisa. El empleado de día llega a las siete y media. Si no hubiera sido por eso…

—¿Sabes que ese asunto puede producirte disgustos muy serios?

—¿Producirme? ¡Dios mío, si todo lo que tengo no son más que disgustos! Pero si estoy metido de lleno en ellos. No esperaba que me preguntasen mi nombre así, con este aparato. Ya sé que eso me ha sobresaltado. Ahora la policía de Nevada va a volverme a enchiquerar y voy a encontrarme de nuevo en la cárcel de Carson City. Le había prometido al director de la cárcel que no haría nada malo y que no volvería a verme más. Les tiene horror a los tipos que no cumplen sus promesas. ¡Estoy bien acorralado!

—Ciertamente. Pero antes tendrás que servirnos de testigo. ¿Reconocerías a esa rubia?

—¡Cómo no! Por Dios, una chica como ésa es para no olvidarla.

Clover me miró.

—Me parece que todo el asunto descansa actualmente sobre las espaldas del otro autoestopista, el que se quedó en el coche.

—Acerté al pensar que ese muchacho no decía la verdad, cuando vine a interrogarle.

—¡Es verdad! —exclamó Allen. Le había engañado bien, sí. Creyó mi relato de la A a la Z.

—Entonces, ¿cómo te explicas que haya vuelto con la policía?

—¡Ah! ¡Eso sí que no lo entiendo! Pero le confieso que al volver a verle comprendí que estaba cogido de una manera o de otra. Dios mío, me quedan cinco años por cumplir, y en cuanto que hayan tomado mis huellas estaré listo.

Clover me dirigió una mirada admirativa, un poco a pesar suyo.

—Sabe usted —me dijo—, no nos gustan mucho los detectives privados, en general; pero he de reconocer que usted es un caso especial, Lam.

—Gracias. ¿Podría hacerme un favor?

—Cuando quiera —dijo y luego se volvió hacia Tom Allen—. Vamos Tom. Tira tus bártulos. Telefonea a tu patrón y dile que se busque otro vigilante de noche. Te espera otra cama, sobre la que no podrás pegar tus chicas guapas.

capítulo ocho

LE di a Harvey Clover la descripción del «Buick» de Beckley. Anotó la matrícula, y telefoneó para dar orden a todos los policías de carretera de detener aquel coche.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Nos volvemos a Bakersfield.

—¿No tenemos nada más que hacer aquí?

—No.

—¿Y Tom Allen?

—Nos lo llevamos a Bakersfield con nosotros y avisaremos a las autoridades de Nevada. En realidad, no le necesitamos más aquí.

—Si me lo permite, me gustaría comprobar una hipótesis.

—¿Cuál?

—En Central Creek hay un restaurante: la camarera es rubia. Empezó su trabajo el seis. ¿No podría caber en este escenario?

—Hay un buen trecho de carretera solamente para una hipótesis.

—Lo sé, pero podríamos llevar a Tom Allen para ver si la reconoce.

Clover reflexionó un momento.

—Sería una verdadera lástima que tuviésemos un testigo a mano y nos lo dejásemos escapar.

Eso le decidió.

—De acuerdo. Vamos allá y llevemos a Allen.

—¿Y los demás?

—Les vamos a dejar que duerman. Nuestro técnico ha trabajado buena parte de la noche. Puede pararse en un motel a descansar mientras nosotros vamos a ver la rubia.

Los tres, Clover, Tom Allen y yo bajamos desde la montaña hasta Central Creek.

Tom Allen había acabado por darse cuenta de que «estaba

copado», como decía él, y callaba. Clover estaba cansado, y rodamos en silencio. Uno o dos kilómetros antes de llegar a Central Creek, Clover moderó la marcha.

—¿Me dejará trabajar a mí, no?

—Naturalmente. Es cosa suya.

—Tom, ¿sabes por qué te traemos aquí?

—No, y no me importa nada. Voy donde me llevan.

Clover se paró ante el restaurante, diciendo:

—¡Siempre va bien tomar un café!

—¿Me llevan a Nevada? —preguntó Allen.

—¿Vas donde te llevan, no?

—Sí, sí, bueno.

Entramos los tres en el restaurante. La camarera rubia estaba detrás del mostrador. A nuestra llegada levantó los ojos. Me reconoció, me sonrió, y cuando se volvió hacia Tom Allen sorprendí un relámpago en la mirada. Pero Tom Allen le hizo un guiño y la cara de la chica se inmovilizó.

Miré a Clover. Estaba impasible.

Nos instalamos en el mostrador.

—Buenos días —me dijo la camarera—. Parece que está viajando continuamente.

—Sí.

Nos sirvió tres vasos de agua, y su mirada se cruzó con la de Tom Allen.

—Unos huevos al plato —encargó Clover—. ¿Y tú?

—Los detenidos, ¿a qué tienen derecho? —gruñó Allen—. Es que…

—Silencio. ¿Quieres huevos con jamón?

—Sí.

La camarera me miró, y dije:

—Yo también.

—¡Pepe! —gritó—; tres huevos con jamón.

—Y café —añadió Clover.

Nos sirvió tres cafés.

—¿Había visto usted a ese hombre? —preguntó Clover.

La chica me miró y contestó:

—Claro. Ya ha venido el otro…

—Él, no; ése —interrumpió Clover, señalando a Tom.

La camarera examinó a Allen y movió lentamente la cabeza. Clover se volvió hacia Allen:

—¿Es ella?

—En absoluto. No la he visto nunca.

Clover sacó su estrella de sheriff.

—¿Su nombre? —le preguntó a la chica.

—Edith Jordan. ¿Para qué le puede interesar?

—Me interesa. ¿Hace tiempo que trabaja aquí?

—Desde el día seis por la mañana.

—¿A qué hora?

—Hacia las diez, creo. ¿Nada más?

—De momento, no.

Nos volvió la espalda, rígida y hostil. Clover suspiró.

—En fin, hemos dado un paseo muy bonito.

Clover estaba agotado, y se notaba. Apoyó los codos sobre el mostrador, dejó caer la cabeza en las manos, y cerró los ojos. Giré sobre mi taburete, como si me desinteresara de Allen, pero le vigilaba por un espejo. Esperaba alguna seña. No se movió. La camarera estaba enfurruñada. Nadie decía nada. Pepe vino a traernos lo qué habíamos pedido.

Cuando hubimos comido, Clover me miró y levantó las cejas. Pagué, y dejé un dólar de propina. Volvimos al coche. Le propuse a Clover:

—¿Quiere que le releve?

—No puedo negarme. Pero el coche pertenece al Ayuntamiento, por tanto tenga cuidado.

—Yo puedo conducir —dijo Allen—. No es broma, conduzco muy bien.

—Ni hablar —dijo Clover—. ¿Lam?

—Tomo el volante, no se preocupe.

—De acuerdo. Allen estará a su lado. Yo subo detrás. No hagas tonterías, Allen, o llegarás con los pies por delante.

—¿Por quién me toma? No soy un chiquillo. Me han «cogido» y lo sé.

Cogí el volante. En el camino traté de conversar con Allen, pero no quiso morder el anzuelo. Llegamos a Rommelly.

—¿Y ahora? —le pregunté a Clover.

Bajó del coche con las piernas rígidas, se estiró furtivamente, y

bostezó mientras miraba a su alrededor.

—Vamos a despertar a nuestro técnico y volver allá bajo. Es lástima, debe de encontrarse deshecho.

Estaba en un motel, y tuvimos que sacarle de la cama. Mientras se vestía, Clover me, dijo:

—Un error no cuenta. Por lo demás, lo ha hecho usted muy bien.

—¿Qué error?

Con la cabeza indicó la dirección de Central Creek.

—¿Qué es lo que esperaba al ir allí?

—Observé a la chica. Nos ha mirado a todos, y a usted en particular. Si hubiese reconocido a Allen, sobre todo si hubiese sido nuestra rubia, hubiera dado muestras de pánico.

—¿Usted cree?

—¡Imagínese! Hace mucho tiempo que estoy en el oficio.

Con un gesto le señalé el polígrafo.

—Ponga en marcha su aparato y pregúntele a Tom Allen si conoce a esa camarera.

—Alto, un momento —exclamó Allen—. He colaborado con ustedes. Pero ya hay bastante. No digo nada más.

—¿Ve lo que quiero decir?

Clover examinó a Allen con aire pensativo, y luego se volvió hacia su técnico.

—Al trabajo.

—No les contestaré —gruñó Allen.

—Venga —insistió Clover.

Hicieron sentar a Allen, y se le puso el aparato.

—¿Has comido desde que me dejaste? —preguntó el experto.

Allen no contestó.

—¿Te llamas Tom Allen?

Allen se calló.

—¿Has ido a Central Creek?

Ninguna respuesta.

—¿Has encontrado a alguien que conociste en Central Creek?

Silencio.

—Se llama Edith Jordan —dije.

—¿Conoces a una tal Edith Jordan?

Allen permaneció mudo. El técnico consultó su gráfico, después se volvió hacia Clover e hizo un gesto afirmativo. Clover dijo una

palabrota a media voz.

—Allen —continuó el técnico—, mientes. Mira eso. Mira la curva. Es tu tensión arterial. Tu pulso. Mira eso. Es tu respiración. Conoces a Edith Jordan. La conoces muy bien. Mira, pues. ¡Mira tus propias reacciones ante las preguntas!

Con los labios apretados, la cabeza erguida, Tom Allen se negó incluso a mirar lo que se le enseñaba.

—¿Qué hacemos, Allen? —insistió Clover.

—No tengo nada que decir. No hablaré.

—Tu tensión habla por ti. Tus reacciones han hablado por ti —dijo el técnico—. Has visto antes a esa chica. La conoces muy bien.

Allen empezó a desabrocharse las correas que le retenían, gritando:

—Váyase a paseo. No se le puede pedir a un hombre que declare contra sí mismo. Hay unas leyes…

—Ve a contarles eso a las autoridades de Nevada —le dijo Clover.

—Es lo que voy a hacer.

Clover se dirigió al teléfono, y llamó a Carver City. Cuando su adjunto estuvo al aparato, le dijo:

—Coja un coche y vaya al restaurante de Central Creek. Un café. Hay una camarera rubia que se llama Edith Jordan. Deténgala y llámeme aquí, al Motel de las Cumbres, en Rommelly, el 26 de Rommelly… ¿Qué? Deténgala; es todo lo que le pido… Bueno, dígale que bajo sospecha de asesinato… Sí, eso es, de asesinato.

Clover colgó el auricular vigorosamente y fulminó a Allen con la mirada.

—Y ahora, estás metido ahí dentro hasta el cuello.

Allen no contestó, encerrado en un silencio hostil. Clover se dirigió al técnico del polígrafo.

—Bueno, empaquete su material. Debemos estar listos para salir así que se reciban noticias de Central Creek. Mi ayudante traerá a la rubia y todos nos pondremos al trabajo.

—Si la encuentra —dije.

—Cómo, ¿si la encuentra? —exclamó Clover.

—Eso digo.

Pusimos todos los aparatos en el coche, y volvimos al motel a esperar. Al cabo de un momento llamaron al teléfono. Clover

contestó, habló un rato, y acabó por gritar:

—¡Dé la alerta! Hágala detener. ¡Es sospechosa de asesinato!

Colgó con rabia y se volvió hacia mí.

—¡Se ha escapado! ¡Cinco minutos después de nuestra marcha se hizo a la vela! Ha conseguido parar un coche y no sabemos hacia dónde se ha marchado.

—Bueno —murmuró—, sólo los que no hacen nada no se equivocan nunca.

—¡La sinvergüenza! ¡Y pensar que ya la teníamos! Por Dios, Lam, ¿por qué no me dijo nada?

—Quería ocuparse usted del asunto, según sus planes.

—Sí, pero hubiera debido usted adivinar…

—No se enfade, Clover. Todo eso quizá resulte mejor.

—¿Qué quiere usted decir?

—No dejará de encontrarla. Su fuga es una prueba de culpabilidad. No tenía gran cosa contra ella antes; y si Allen se negaba a hablar podía usted tener algún disgusto. El detector de mentiras no se admite en los tribunales de California. Ahora ya es otra cosa.

Clover examinó la cuestión y acabó por sonreír.

—Es verdad, Lam. Venga, vamos allá.

Volvimos a coger la carretera de Bakersfield.

El sol pegaba fuerte cuando entramos en el despacho del sheriff. Había noticias del «Buick». La policía de carretera de Bridgeport, en California, lo encontró abandonado al lado de una cuneta. Habían borrado cuidadosamente todas las huellas digitales. Cuando Clover tuvo a la policía de carreteras al teléfono, le sugerí:

—Pregúnteles cómo es el neumático de recambio.

Hizo la pregunta, escuchó la respuesta, y se volvió hacia mí.

—El neumático está en buen estado. Bien hinchado.

—¿Y la palanca del gato? —pregunté.

Repitió la pregunta y me dio la respuesta:

—El gato está en la maleta, pero no tiene palanca. Es un gato hidráulico, y debería llevar una palanca de hierro que no se encuentra por ningún lado.

—¿Pero el neumático está bien hinchado?

—Sí.

—Entonces lo han debido reparar en algún sitio.

Clover parpadeó.

—Tiene usted razón, Lam. Gracias por la idea —dijo antes de volverse con rabia hacia Allen—. ¡Sinvergüenza! Esta chica vino a decirte que había un tipo con avería en la carretera. No estaba sino a quince kilómetros y su cartera estaba llena. Los dos fuisteis allá juntos en el coche-taller. Tú reparaste el neumático y luego te cargaste al tipo con la palanca del gato. Después le arrastrasteis hasta el bosque.

—¿Y que hacen con el otro autoestopista? —preguntó Allen—. ¿También lo he matado? ¿O bien estaba de acuerdo? ¡Venga, mándeme a Nevada!

—¡De ninguna manera! Vamos a guardarte aquí, y a acusarte de asesinato.

—Como quiera. No prosperará.

—Voy a procurar que prospere, ya lo creo. No nos gusta que los malhechores se burlen de nosotros y nos cuenten mentiras cuando hacemos una investigación acerca de un crimen.

—Creo que voy a pedir un abogado.

—Y vas a recibir un puntapié en el trasero, —rugió Clover—. Le guiñaste el ojo a la camarera y se nos ha escapado de las manos.

—No conozco camareras.

Clover se ahogó. Le pregunté:

—¿No tiene aquí los horarios de avión? Quisiera tomar el primero que salga para Los Ángeles.

—Voy a conducirle al aeropuerto. Y gracias, Lam, trabaja usted muy bien. Pero procure desaparecer antes de que los periodistas se le echen encima.

—Estarán encantados de verme —dijo Allen.

—¡Qué dices tú! —dijo Clover, y se dirigió a su adjunto—: Encerradme a ese granuja en el calabozo.

Clover cogió un horario, lo consultó, y miró su reloj:

—Vamos, Lam. Tenemos el tiempo justo.

capítulo nueve

HACÍA tanto tiempo que no dormía, que experimentaba la sensación de haber olvidado el gusto del sueño; pero fui al peluquero del aeropuerto, en Los Ángeles, y después de haberme hecho afeitar, limpiar la cabeza y darme masaje, salí un poco más animado. Marqué el número de Beckley.

Daphne Beckley me contestó con voz fresca y tranquila, nada nerviosa.

—Creo que he encontrado a su marido —le dije.

—¿Con o sin rubia?

—Sin.

Hubo un silencio, y luego ella preguntó:

—¿Es que trata de decirme las cosas poco a poco?

—Algo de eso.

—Inútil. Me gusta la franqueza.

—Es usted viuda.

—¿Cuándo ocurrió?

—La noche del cinco al seis, que se sepa. Parece que uno u otro de los autoestopistas, o los dos juntos, han asesinado a su marido, robado su coche, y desaparecido.

—¿Quiere venir a contarme todo eso?

—No he dormido desde…, y le confieso que no sé si voy a saber lo que es una cama.

—¡Pobre chico! Venga y le haré café. Pero es preciso que me entere de los detalles de este asunto, Donald. Yo… Yo no tengo ataques de nervios. Esperaba eso. Le prometo que no le irritaré con sollozos y gritos, pero quiero saber qué es lo que ha descubierto.

—Voy.

—Le espero.

Cogí un taxi y me hice conducir a los Apartamientos Ringold.

Daphne Beckley me abrió la puerta del 721, así que hube llamado, y me cogió de la mano.

—¿La policía se ha puesto en contacto con usted? —pregunté en cuanto cerró la puerta.

—Todavía no.

—Va a venir. De un momento a otro.

—Donald, ¿qué debo hacer?

—¿Que quiere decir?

—No quiero ser hipócrita. No quiero hacer una gran escena de desesperación. Hemos pasado buenos momentos, Malcolm y yo; pero era mujeriego, yo sabía que me engañaba, y… En fin, empezaba a preguntarme si nuestra vida en común iba a durar mucho tiempo todavía. No quiero mentirle. Sé, siento que he perdido algo precioso, y no ignoro que, pasado el primer choque, voy a encontrarme muy sola. Malcolm va a faltarme, van a faltarme sus telefonazos, y sus palabras tiernas en voz baja. Pero…

Vaciló. Continué por ella:

—Es usted joven y bonita, y va a cobrar ciento cincuenta mil dólares.

—Quiere decir que empieza para mí una vida nueva…

—Algo de eso. Es posible.

—Sí.

Daphne se quedó un momento pensativa, y luego murmuró:

—Donald, creo que tiene usted razón. Estoy tan contenta de haber acudido a su agencia. Es…

Llamaron al teléfono. Miró al aparato con aire irritado y acabó por ir a descolgar.

—¿*Allo*…? Yo misma.

Se calló un momento, mientras el aparato emitía unos graznidos roncos, y luego contestó:

—Ya he sido avisada. Donald Lam, de la agencia Cool y Lam, me acaba de dar su informe… Estoy trastornada. ¿No podría esperar… a que estuviese un poco repuesta? Yo… No puedo hablar de ello de momento. Ya lo sé, pero… ¿Cómo…? Sí, le paso a Mr. Lam.

—Me hizo un signo y me tendió el aparato. Una voz me dijo:

—Aquí Frank Malone, del *Tribune*. Hacemos una breve necrología sobre Malcolm Beckley y una información sobre el crimen. ¿Puede decirme algo?

—No sin autorización.

—¿No la puede solicitar? Necesitamos información. No quisiéramos molestar a la viuda, pero precisamos detalles… No es que vayamos a hinchar el caso, pero de todas maneras Beckley era bastante conocido.

—¿Cuántas columnas destinan a la información?

—Amigo, no lo sé. Depende del interés del asunto. No se puede saber, depende de las otras noticias que haya, del espacio de que se disponga, de los anuncios, de una serie de cosas. Ya sabe lo que es eso.

Miré a Daphne poniendo la mano sobre el diafragma.

—¿Qué quiere que les cuente?

—Lo que le parezca, me da igual.

—Bueno —continué por teléfono—, pues he aquí: Malcolm Beckley regresaba en coche a Los Ángeles, en la noche del cinco. Mandó una tarjeta postal a su mujer, desde Carver City. Allí, en Carver City, dejó subir a un autoestopista y antes de llegar a Central Creek a una mujer, una rubia muy redondita. Telefoneó a su mujer desde Central Creek. Cinco horas después, aproximadamente, su mujer recibió una llamada telefónica de una chica que la llamaba desde Rommelly. Decía que Malcolm Beckley había tenido un reventón, a unos quince kilómetros de ese pueblo y que ella le mandaba un coche-taller. Beckley no volvió a dar noticias suyas nunca más. Al cabo de un tiempo, Mrs. Beckley se inquietó. Telefoneó a los dos garajes de Rommelly y le dijeron que no habían recibido ninguna petición de auxilio. Ayer, el puesto del sheriff del cantón de Kern hizo pesquisas por ese lado y descubrió un cadáver. Creo saber que lo han definitivamente identificado como el de Beckley. Le hundieron el cráneo con la palanca de un gato, probablemente el de su propio coche. Y el coche ha sido encontrado cerca de Bridgeport, abandonado al borde de una carretera en dirección hacia Nevada. Las autoridades creen que no ha estado allí más de veinticuatro horas, cuando los motoristas lo encontraron. El sheriff adjunto de Bakersfield recibió una información que decía que uno de los cheques de viaje que llevaba Beckley había sido cambiado en Reno, en un casino. Eso es todo lo que yo sé. La referencia me ha sido facilitada por Harvey Clover, el sheriff adjunto. Un tipo simpático.

—¿No puede decirme nada sobre la rubia contorneada? Para el lector, hay que cargar la nota acerca de ella.

—Óigame: preferiría que interrogase al sheriff de Bakersfield. Le he acompañado al garaje «Día y Noche», en Rommelly. Un tal Tom Allen es el vigilante de noche. Ha declarado no haber recibido llamada ni visita de ninguna rubia en la noche del cinco. El individuo ha sido sometido a la prueba del detector. El aparato ha demostrado que mentía. Tom Allen ha acabado por reconocer que hacia las cinco de la mañana, una rubia estupenda había llamado. Quería que Allen fuese con el coche-taller, a unos quince kilómetros. La invitó a tomar un café antes de ir y ella aceptó, y en el tiempo de tornar el café, convinieron en que era demasiado tarde, que Beckley había debido arreglarse de otra manera, o llamar a otro garaje.

—¡Ah!, pero si esto es sensacional —se entusiasmó Malone—. Ya veo los titulares desde aquí:

«
LA
RUBIA FATAL RETIENE AL MECANICO MIENTRAS ASESINAN AL HOMBRE DE NEGOCIOS EN LA CARRETERA DESIERTA».

—Vaya con cuidado de todos modos.

—¿Por qué?

—¿Y si es la rubia la que le ha asesinado?

—Ella no le habría asesinado, y tratado después de mandarle un mecánico.

—¿Cómo lo sabe?

—Hombre, eso no tiene lógica. El mecánico hubiera encontrado el cadáver y la rubia hubiera sido detenida para un interrogatorio muy severo.

—¿Cómo sabe que el mecánico no lo encontró? El cadáver no estaba en el lugar que ella había indicado, donde tuvo el reventón.

—¿Entonces sería el otro autoestopista el que habría cambiado el cadáver de sitio?

—Es posible. Por otra parte, no olvide que la llamada telefónica de la rubia a la esposa de la víctima se hizo cinco horas después de que él telefonease desde Central Creek. Eso quiere decir que él iba a

quince por hora. Hay un espacio muy raro en ese horario.

—Y ¿qué se ha hecho del otro autoestopista?

—Quizá también ha sido asesinado. Hasta ahora no se ha descubierto más que un cadáver. Lo sabemos. Y Beckley le dijo a su mujer que hacía subir a la rubia detrás.

—¡Vaya, vaya!

—Además, por lo que parece, Beckley fue asesinado con la palanca de su propio gato. Por consiguiente, alguien debió de abrir la maleta del coche para coger esa palanca. ¿Por qué abrirían la maleta?

—Pues bien, no es nada complicado. Tuvieron un reventón. ¿No es eso lo que la chica dijo?

—Sí, pero el coche ha sido recuperado en Bridgeport con sus cuatro neumáticos y el de recambio bien hinchados, y no había rastro de reventón.

—¿Se trata de un crimen, de todas maneras?

—Claro que sí, hombre, lo es. Sobre eso no hay la menor duda. Un hombre no se suicida dándose golpes con la palanca de su gato. Hay otros medios más sencillos.

El periodista consideró esa información un momento, y finalmente dijo:

—Oiga, me parece que va a ser un reportaje sensacional. Valdría la pena de subir hasta Bakersfield para interrogar a la gente y tomar fotografías.

—Puesto que van a ir, pueden buscar a una camarera rubia que ha desaparecido del café de Central Creek. El tabernucho pertenece a una tal Dorothy Lennox.

—Y, ¿qué hay de esa rubia?

—El sheriff de Bakersfield se lo dirá.

Malone se iba excitando.

—No diga, es formidable el asunto. Y el juego amoroso del mecánico y la rubia, ¿cuánto duro?

—¿Quién ha hablado de juego?

—¡Qué quiere usted! Estaban juntos… ¿Cree que se han limitado a beberse un café?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Y el mecánico, ¿qué dice?

—Ha mentido.

—¿Y luego ha confesado?

—Eso mismo. Ha confesado.

—Y, ¿contó qué habían hecho?

—No creo que las autoridades hayan profundizado en el asunto. Al menos, no lo habían hecho aún cuando las dejé. No tardarán en hacerlo, sin duda. Entre paréntesis, Allen es un criminal reincidente que vive bajo nombre falso y que está reclamado por la policía de Nevada por violación de palabra.

—¡Demonios! Qué asunto… No hay necesidad de hinchar nada. ¡Está todo lo que se necesita: chicas guapas, misterio y sangre…! ¿Dice que pasaron cinco horas entre la llamada telefónica de Beckley a su mujer y la de la chica?

—Sí.

—¿Quizá la muchacha telefoneó después de haber jugado la partida con el mecánico?

—Es posible.

—¿Eso cambiaría algo?

—Quizá.

—¿Y han cambiado un cheque robado a Beckley en un casino de Reno?

—¡Exacto!

—¿Un hombre o una mujer?

—Un hombre.

—¿Eso quiere decir que es el autoestopista el asesino?

—No forzosamente. Han podido hacerlo a medias.

Malone alabó la información y me dijo:

—Un millón de gracias, Lam. Me ha facilitado realmente lo que se necesita para un buen reportaje.

—Para el caso de que se sintiera inclinado al agradecimiento, no olvide que la agencia se llama Cool y Lam, y que sus oficinas están…

—Me ha ayudado usted y sé agradecerle. Encontrará un párrafo muy halagador sobre Donald Lam, el detective avispado que después de haber acompañado a la policía en el transcurso de la investigación, ha tenido la amabilidad de conceder al *Tribune* una entrevista exclusiva y nos ha revelado, etcétera, etcétera.

—Muy amable.

—¡Y luego la continuación, eh!

—Podrá encontrarme en nuestras oficinas. Si no estoy allí, mi asociada Mrs. Cool le informará.

—Gracias una vez más, Donald —dijo. Y colgó.

Daphne Beckley me miraba con ojos inquietos.

—Me parece que pone mucha fantasía, Donald.

—¿Yo? Absolutamente nada. ¡Ya verá los periódicos!

Se quedó un momento pensativa.

—Sí… Evidentemente. Pero… Quiero que el asesinato de mi marido sea castigado.

—Es asunto de la policía.

—Sí, sin duda.

Me acompañó muy gentil al corredor, y me siguió con la vista hasta el ascensor. Luego oí cómo cerraba la puerta con cuidado.

capítulo diez

ME fui a casa de los Eden. Fue Sandra quien vino a abrirme. Me estrechó la mano, y su madre gritó desde la habitación contigua:

—¿Quién es, Sandra?

—Mr. Lam.

Vino corriendo, emocionada, con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Ah, Mr. Lam!

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—No tenía que haber… El tendero… No somos… No sé como expresarle… Fue tan generoso, tan gentil de su parte…

Le faltaban las palabras.

—No piense más en ello. ¿Ha recibido noticias del tío Amos?

—No.

Saqué de mi bolsillo la fotografía que Daphne Beckley me había dado, la de ella misma en bikini con un hombre en bañador. Se la enseñé a Eleanor. Tuvo un sobresalto.

—Dios mío, y ¿quién es esa mujer? ¡Está casi desnuda!

—Deje a la mujer. ¿Quién es el hombre?

—Pero si es el tío Amos, claro. ¿Dónde ha encontrado la foto, Mr. Lam?

—Todavía no puedo decírselo.

—Me pregunto cuándo la tomaron.

—¿Está segura de que no se equivoca? ¿Es Amos Gage?

—No hay la menor duda. Las fotografías a veces inducen a error, pero…

—Sí. ¿Pero le reconoce?

—Absolutamente. Pero no comprendo como Amos está con una mujer de esa clase.

—¿Qué mujer? —preguntó Sandra con interés.

—Una mujer que está en la fotografía, querida. Va con un traje

de baño de lo más indecente.

—¿Puedo ver?

Mrs. Eden dudó, después se encogió de hombros y me dijo:

—Después de todo, no hay ningún motivo para no enseñársela.

Con los ojos fijos en la fotografía, Sandra dijo con aire pensativo:

—Sabes, mamá, no se ve muy bien.

—¿El qué?

—Si se trata del tío Amos. Hay algo en sus ojos. No son sus ojos.

Mrs. Eden volvió a coger la fotografía y la examinó nuevamente.

—¿Es que es Amos Gage? —me preguntó finalmente.

—A decir verdad, no sé nada. Me ha parecido observar cierto parecido; por eso quería su opinión.

—Sí, sí, hay un parecido, es indiscutible. Pero… ¿Tiene motivos para pensar que no se trata de Amos Gage?

—Sí. Tengo motivos para creer que no se trata de él. En todo caso, que no es el Amos Gage que conocemos.

Me devolvió la fotografía suspirando.

—No creo que se hubiese dejado retratar con una mujer como ésa.

Me levanté y bostecé.

—Bien, me voy. Tengo mucho sueño atrasado y he trabajado mucho.

—¿Sobre nuestro asunto?

—Tenemos mucho asuntos —dije, riendo.

Les sonreí una vez más, cogí el coche, y me fui a la oficina.

Entré sin llamar en el despacho de Bertha Cool. Precisamente estaba mirando la tarjeta postal que yo le había mandado desde Carver City. Al verme, frunció las cejas y rugió de cólera:

—¿Qué te ocurre?

—¿Cómo qué me ocurre?

—¿Qué significa esta tarjeta postal de Carver City?

—Pensé que te gustaría saber dónde estaba.

—Me importa un comino dónde estés. Quiero saber lo que haces. Eso.

—Te he mandado la tarjeta postal con ese objeto.

—¿Pero por qué una postal?

—Era gratis.

—No te hagas el gracioso. ¿Qué pasa con el asunto Beckley?

—Le hemos encontrado.

—¿Con la rubia?

—No.

—¿Muerto?

—Exactamente.

—¿Cómo ha muerto?

—Alguien le hundió el cráneo con la palanca de un gato.

—¡Bravo! —exclamó irónicamente Bertha.

—¿Verdad que sí?

—¿Quién ha cometido el crimen?

—Las apuestas están abiertas. Lo mismo puede ser la rubia que el otro autoestopista que había recogido. O los dos, trabajando en equipo. O un tal Tom Allen, que era vigilante de noche en el garaje «Día y Noche», en Rommelly. Pudo haber salido con su coche-taller, haber disputado con Beckley, golpearle, darse cuenta de que el fulano iba cargado de dinero, y echar el cadáver entre los matorrales. No se nos contrató para descubrir a un asesino sino para encontrar a la víctima.

—Y la hemos encontrado.

—Claro que sí.

—¿No hay duda? Sobre la identidad, quiero decir.

—No lo creo. Por otra parte, van a sacar las huellas digitales.

—¿Has prevenido a nuestra cliente?

—Sí.

—¿Cobrado la prima?

—Todavía no. Esperaremos que la identidad haya sido definitivamente establecida, pero ya hemos hecho nuestro trabajo. Hemos descubierto el cuerpo.

Sonó el teléfono, y Bertha Cool descolgó, entre un gran centelleo de diamantes.

—¿*Allo*, sí? Sí, soy Bertha Cool. ¿Donald Lam? Un momento… Para ti, el *Tribune*.

—¿Lam? —preguntó la voz del periodista—. ¿El mismo que me habló cuando estaba en casa de Daphne Beckley?

—El mismo.

—Lam, me ha dado una buena información. Ahora me toca a mí dársela.

—¿Sí? ¿Qué hay de nuevo?

—La policía ha detenido a un sospechoso en el asunto Beckley.

—¿Interesante?

—¿Interesante? ¡Amigo mío, es una bomba!

—¿De quién se trata?

—De un tal Amos Gage. Se le ha detenido en Mojave, cuando hacía
auto-stop
para ir a Los Ángeles. Se le ha interrogado por pura fórmula, y sus respuestas han parecido sospechosas.

—¿Dónde está ahora?

—Camino de Bakersfield. Eso debería ser un buen reportaje. En todo caso he pensado que le interesaría.

—Gracias.

Colgué, y me volví hacia Bertha.

—Bueno. Creo que puedes tomar el relevo, Bertha. Ya no se trata más que de presentar la factura.

—¿Adónde vas?

—Primero a Bakersfield. Luego a Reno.

—¿Por qué? —preguntó con aire de sospecha.

—Para devolver un coche alquilado que he dejado en Bakersfield y recoger el coche de la agencia.

—¿Has alquilado un coche? —chilló Bertha.

—¡Sí!

—¡Telefonea! Por qué demonio vas a perder un tiempo precioso rodando durante doscientos kilómetros, y… Pero, en primer lugar, ¿por qué has necesitado alquilar un coche?

—Para ganar tiempo.

—Y el coche de la agencia, ¿dónde está?

—En Reno, Nevada.

—¿Qué hacías en Reno?

—Investigaba el asunto Beckley.

Bertha me fulminó con la mirada.

—¿Cuánto has gastado del dinero para gastos?

—Casi todo —confesé.

Bertha se hundió.

—Hubiera debido temérmelo. Siempre lo mismo. Te lo llevas todo, y siempre dices que devolverás lo que sobre, pero que yo sepa no sobra nunca nada.

—Estaba convencido que guardarías el resto, ¿o es que ibas a presentarle cuentas a Mrs. Beckley?

—No digas tonterías. Sabes bien que no presentamos nunca cuentas.

—¿Por qué?

—En primer lugar, contigo nunca hay dinero por devolver.

—De todas maneras tampoco lo devolverías. Y si me hubiese sobrado algo, sería de Mrs. Beckley. Es una suerte que lo haya gastado todo.

—Así, pues, ¿vas a Bakersfield, y de ahí a Reno?

—Sí.

—¿Y te traes el coche de allá?

—Eso mismo.

—No va a quedar mucho de nuestra prima.

—No olvides que nos pagan por día, presentando nuestra factura.

—¡No hay peligro! Pero no te aconsejo que pidas dinero para dilapidarlo en los casinos de Reno. Además, apuesto que te has jugado la mitad.

—No juego nunca.

Salí del despacho dejando a Bertha sin voz. Por una vez estaba demasiado furiosa para sufrir un ataque de nervios.

capítulo once

LLEGUÉ a Bakersfield y tuve que esperar el regreso de Harvey Clover y de su detenido. Amos.

Gage había sido sometido a un primer interrogatorio en Mojave.

El despacho del sheriff, naturalmente, estaba lleno de periodistas y de fotógrafos locales; y no faltaba Frank Malone, el periodista amigo del *Tribune* de Los Ángeles.

Cuando finalmente introdujeron a Gage en el despacho, me miró y no me moví. Él hizo también como que no me conocía. El sheriff y su ayudante se dejaron retratar para la prensa. Colocaron a Gage ante sus aparatos, con las manos atadas a la espalda, a fin de impedirle que levantase el brazo para taparse la cara. Después le llevaron al calabozo y los policías concedieron entrevistas. Me permitieron quedarme allí. Harvey Clover tomó la palabra:

—El asunto ha empezado cuando se descubrió un cadáver desconocido, gracias a Donald Lam, detective privado de Los Ángeles, que trabajaba en un asunto de seguros. Inmediatamente hemos ido al lugar del crimen. No había ninguna duda de que se trataba de un asesinato. En pocas horas, con la ayuda eficaz de nuestros laboratorios, pudimos establecer la identidad de la víctima. Se trata de Malcolm G. Beckley, de Los Ángeles. Beckley había desaparecido en la noche del cinco al seis. Conducía un «Buick» último modelo, de matrícula NFE 801. Mientras la policía de carretera buscaba el coche, investigamos por distintos lados. Un testigo importante, llamado Tom Allen, residente en Rommelly, ha sido interrogado, cogido en flagrante delito de falsedad, y se ha descubierto que era un reincidente buscado por la policía de Nevada. Ha sido detenido por violación de palabra, y encarcelado aquí. El detector de mentiras ha probado que Tom Allen estaba al corriente de ciertos hechos en relación con el crimen. Pueden

ustedes decir que buscamos a una mujer, que hasta ayer era camarera en el café de Central Creek. Dice llamarse Edith Jordan, aparenta unos veinticinco años, debe medir metro sesenta y cinco o sesenta y seis, y pesar unos cincuenta y ocho kilos. Es rubia, pero probablemente teñida. Trabajaba en ese café y debía encontrarse sin dinero, puesto que había pedido pequeños adelantos. Se ha escapado sin que le pagaran, y por consiguiente debe de buscar trabajo. Ignoramos en qué medida está mezclada con el crimen, pero sabemos que Beckley recogió una autoestopista que corresponde a sus señas en la carretera entre Carver City y Central Creek la noche del crimen. Por otra parte la policía de carretera de California, ha encontrado el «Buick» matrícula NFE 801 en los arrabales de Bridgeport, en dirección a Nevada. No obstante, el hombre que había abandonado el coche no era muy listo. Venía de Nevada y en realidad se dirigía a Bishop. Le hizo dar la vuelta al coche, y al hacerlo rodó sobre grava y arena, dejando huellas muy claras antes de abandonar el «Buick» al borde de la carretera, tratando de dar la impresión de que un viajero camino de Nevada había tenido «panne» de gasolina en ese lugar. El depósito estaba completamente seco, pero unos roces y huellas alrededor del tapón de vaciado del depósito demostraban que habían sacado la gasolina. El coche anduvo un poco luego con la nodriza. Nos encontrábamos, pues, en presencia de un individuo que venía de Reno, o de la región de Reno, pero que trataba de convencernos de que venía del sur y que se había quedado sin gasolina. La policía trató inmediatamente de recoger las huellas en el coche. Pero el conductor había tenido el cuidado de limpiarlo todo. No obstante, cometió una estupidez. Pensó en secar el volante, las manecillas, la palanca de las velocidades, las puertas, todo lo que creía haber tocado, pero olvidó que había rectificado la posición del retrovisor. Hemos descubierto dos huellas muy claras en el retrovisor que son indiscutiblemente las de Amos Gage, el hombre que acabamos de detener. Como hemos tenido la suerte de obtener una descripción del autoestopista que Beckley recogió en Carver City, difundimos las señas de Amos Gage por todas partes; pero particularmente en las ciudades y pueblos al sur de Bridgeport. Recibí un aviso de la estación de reserva agrícola, en la frontera de California y de Nevada, diciéndonos que el «Buick» había pasado ante el puesto,

conducido por un hombre que correspondía a las señas del autoestopista que buscábamos. La policía de Bishop, de Mojave y de Lancaster fueron puestas en aviso y se les rogó que pidiesen la documentación personal a cada autoestopista, y que retuviesen a todos los vagabundos incapaces de explicar los motivos de su presencia en la región. Amos Gage fue detenido al mismo tiempo que otros. Se le tomaron las huellas, como a los demás. Únicamente las de Gage se reconocieron como correspondientes a las que habíamos recogido en el retrovisor del «Buick» de Beckley. Gage ha contestado con el silencio a todas nuestras preguntas y se niega a dar la menor explicación antes de haber consultado con un abogado. Creo que se lo he dicho todo, señores. ¿Alguna pregunta?

—¿Va a permitirle que consulte a un abogado? —preguntó uno de los periodistas— o ¿va a zurrarle?

—Vaya, vaya —contestó Clover riendo—, eso de zurrar es una fórmula muy exagerada. Pongamos que vamos a darle toda clase de facilidades para que demuestre su inocencia, si es inocente.

—¿Y la cuestión del abogado?

—Tiene perfecto derecho a reclamar su consejo —dijo Clover—, pero puede que no esté legalmente autorizado a telefonear a su abogado antes de haber sido encarcelado e inculpado formalmente.

—¿Cuándo sucederá eso, según usted? —preguntó Frank Malone, añadiendo—: Soy del *Tribune* de Los Ángeles.

—No sabría decírselo.

—Dicho de otra manera, ¿cree que tienen a su hombre? —insistió Malone—. ¿Es eso, no?

—Haremos venir al dueño del puesto de gasolina de Carver City que ha visto al autoestopista que Beckley embarcó, para que reconozca a Gage. Sabemos cierto que ese hombre condujo el coche de Beckley.

—¿Y el equipaje y papeles de Beckley?

—Todavía nos hemos encontrado nada perteneciente a Beckley en la persona del sospechoso; pero le hemos hallado encima una suma de más de mil dólares en moneda y sabemos que Beckley llevaba siempre bastante dinero cuando salía de viaje. Y ahora, señores, creo habérselo dicho todo. Les tendremos al corriente. Frank Lennox, el empleado del puesto de gasolina de Carver City, estará aquí de un momento a otro. Les diremos lo que haya.

Frank Malone se metió las notas en el bolsillo y corrió a telefonear su información a un *rewriter*. Los demás, que pertenecían a periódicos locales, no tenían tanta prisa. Preferían esperar hasta el último minuto, para ver si había algo nuevo. Cuando hubieron salido del despacho, me entretuve y le pregunté a Clover:

—¿No ha logrado averiguar dónde ha estado escondido ese tipo durante la semana pasada?

—No. Oiga, Lam, ha trabajado usted en este asunto y debe de saber muchas cosas. ¿No podría probar suerte con él?

—Dudo que les pueda ser útil. De momento por lo menos. Continúe interrogándole, y si no obtiene ningún resultado veré lo que puedo hacer.

Dejé el despacho y fui a esperar ante la cabina desde donde Malone telefoneaba. Cuando vi que iba a colgar, entreabrí la puerta. Con el aparato en la mano, me preguntó:

—¿Tiene que decirme algo nuevo?

—Es usted quien lo tiene en el archivo de su diario.

—¿Qué?

—Un reportaje sensacional sobre ese Amos Gage. Marlene Hyde está al corriente.

—¿De qué: se trata?

—Gage hereda una fortuna de casi tres cuartos de millón de dólares. Según los términos del testamento, cobrará la totalidad de la herencia el día en que cumpla treinta y cinco años, a condición de que no le hayan condenado nunca por un delito grave; en caso contrario, la fortuna va a parar a diversas obras benéficas que por cierto estarían muy contentas de saber por los diarios el estado de las cosas. Y Gage va a cumplir treinta y cinco años dentro de unos quince días.

Malone abrió unos grandes ojos.

—¿De veras?

—Pida la documentación. Háblele a Marlene Hyde.

Marlene se colgó del aparato. Estaba tan emocionado que no encontraba las palabras.

—¡Un momento —gritó—, es algo sensacional! ¡Un reportaje de miedo! Auténticamente de primen orden en el terreno humano, drama, suspense. ¡Qué sé yo qué más! Pasadme a Marlene Hyde del archivo, y guardad la antena para oír nuestra conversación.

Esperó unos segundos, y luego exclamó:

—¿*Allo*, Marlene? Frank Malone. Estoy en Bakersfield con un detective privado llamado Donald Lam. Dice que te conoce… Qué… ¿Ah, sí?… Quisiéramos información sobre Amos Gage… Ah, ¿la tienes ya?… Bueno, pásasela al *rewriting* en seguida… ¡Dios mío! ¡Qué reportaje! *Allo*. ¿Jim? ¿Marlene te ha pasado el topo? Bueno, lo has oído todo… Da eso a redactoras sentimentales, van a hacer algo que hará llorar. Que se vaya a entrevistar a las personas que heredarían en caso de que la fortuna pasase ante las narices de Gage. Que se vaya a ver al ejecutor testamentario. Que se vaya a casa de Gage a interrogar a los vecinos, a los tenderos del barrio, a todo el mundo, va… ¡Dios mío! ¡Pero si ya está listo!… Sí, el individuo ha sido detenido y la policía está segura de que es él. Lo que falta es saber si pueden culparle, juzgarle y condenarle en quince días. Si no, Gage cumplirá treinta y cinco años, y nada se opondrá a que reciba su herencia. ¡Y somos los únicos en saber todo eso! ¡Exclusivo, querido!… Dios mío, y ¿por qué me quedo aquí? Esperamos que un tal Frank Lennox venga a reconocer a Gage. Es un tipo de la estación de gasolina Carlyle Kamp en Carver City.

Marlene escuchó un momento, y continuó:

—Es eso. Y ahora óyeme bien. La oficina del sheriff de aquí ha hecho muy buen trabajo, pero únicamente gracias a la información de Donald Lam, de la agencia Cool y Lam, que está con nosotros. Gracias a él tenemos la exclusiva. Que no se te olvide… Sí, sí, de acuerdo, no me muevo.

Malone colgó, salió de la cabina, y se enjugó la frente.

—¡Qué reportaje, Donald! Y lo tenemos en la palma de la mano. El redactor jefe no estaba muy entusiasmado cuando le dije que quería venir aquí. He tenido que insistir. Pero ahora tenemos una exclusiva que pondrá de un humor de perros a nuestros competidores.

—Está bien.

—Amigo, esté seguro de que tendrá su parte de publicidad. Me mandan un fotógrafo, dos redactores y dos reporteros para ocuparse de lo que vaya surgiendo. Es el asunto más importante del año, y nos vamos a hinchar.

—¿Cuándo llegarán?

—El tiempo de coger un avión.

—Bueno, pero voy a pedirle una cosa.

—¿De qué se trata?

—Yo no le he dicho quién era Gage. Lo ha sabido solamente por la documentación de su archivo.

—¿Cómo? ¿Y no quiere que lo tengamos en cuenta?

—No quiero absolutamente nada, solamente un poco de publicidad para la agencia; y sobre todo no quiero desagradar a Harvey Clover ni que venga a reprocharme que no le haya hablado de él.

Malone me dio un manotazo en la espalda que me hizo ver las estrellas.

—¡Lam, es lo que se dice un amigo! Y simpático, además. De acuerdo. Les haremos tanta propaganda que no sabrán qué hacer de ella.

Me estrechó nuevamente la mano, y le dejé.

Fui a tomar un café en un restaurante de al lado; al volver, Frank Lennox acababa de llegar escoltado por dos motoristas que le habían despejado la carretera desde Carver City. Le condujeron rápidamente hacia el calabozo para hacer desfilar ante él a unos cuantos hombres, y entre ellos a Amos Gage. Después, Harvey Clover dio una conferencia de prensa.

—Señores, el asunto está listo. Frank Lennox afirma sin ningún género de duda que Gage es la persona que hacía
auto-stop
ante su garaje y que subió al coche de Beckley, el cinco por la noche. Verán a Lennox luego, si quieren. De momento espera que pasen a máquina su declaración para firmarla. Todavía puedo decirles que, entre siete hombres, Lennox ha designado inmediatamente al Gage. Además el garajista tuvo cuidado de anotar el número del coche del cliente que había aceptado llevarse a un autoestopista. Es el mismo número que el del coche de Beckley.

—¿Y Gage? ¿Continúa sin confesar?

—No. Reclama su abogado.

—¿Va a tenerlo?

—Pronto va a permitírsele que telefonee. Le hemos dicho que pasaríamos el encargo al abogado local de su elección. Pero no conoce a nadie aquí, y quiere reflexionar antes de llamar a un

consejero jurídico.

—¿Y el dinero que lleva encima?

—Lo guardaremos como pieza de convicción.

—¿Se puede probar que ese dinero pertenecía a Beckley?

—No podemos probarlo, pero estamos casi seguros de ello. Ya se lo dije: tenemos a nuestro hombre.

Sonó el teléfono. Clover descolgó, escuchó un momento, y volvió a colgar, diciendo simplemente:

—De acuerdo.

Después continuó dirigiéndose a los periodistas:

—Ese tipo ha escogido por fin su abogado. Nos pide que prevengamos a Goodwin F. James y que le pidamos que venga urgentemente a la cárcel.

Los periodistas corrieron a la puerta para interceptar a James a su llegada e interrogarle a su salida del calabozo. Clover se volvió hacia mí.

—¿Está seguro de que no quiere probar si puede hacer algo con ese individuo, Donald?

—Estoy de acuerdo en hablarle, pero no quiero hacer las veces de policía, y por otra parte no quiero mentir. Vale más dejarlo correr.

—Podría hablarle a solas.

—Sí, con micrófonos en todos los rincones.

—¿Y eso qué?

—No. No me gusta.

—Creí que colaboraba con nosotros.

—Les he dado bastantes informaciones.

—Yo también.

—Entonces estamos en paz.

—En fin, como quiera. Pero si alguna vez tiene necesidad de nosotros, haremos todo lo que podamos para corresponder. Es usted un hombre de primera.

—Gracias.

Dicho eso, le dejé, y me dirigí al aeropuerto en taxi. Iba a despegar un avión en dirección a Sacramento. Lo tomé.

capítulo doce

IR de Sacramento a Reno por carretera, atravesando las sierras y los puertos es una pesadilla; pero en avión apenas si se tarda media hora. En Reno recuperé el coche de la agencia, comí un bocado y telefoneé a Harvey Clover para ver si había algo nuevo. Me dijo que había visto al abogado.

—¿Goodwin James?

—Eso es.

—Y ¿qué dice James?

—Nada.

—¿Qué dice su cliente?

—Nada.

—¿Y Tom Allen?

—A fe mía, debo decir que ahí hay algo que no entiendo. Comprendo que Gage se calle. Si abre la boca está listo. Pero hasta la vista del proceso puede surgir un detalle que le dé ocasión de escaparse. Su abogado va a pasar todas las declaraciones por el tamiz. Acabará sin duda por jurar por todos los dioses que la rubia ha querido matarlos a los dos y ha escapado con el coche.

—¿Cómo puede usted estar seguro de que ella no obró de tal forma?

—No sabemos nada. Por lo menos ahora. Pero en cambio sabemos que uno de los cheques de viaje de Beckley ha sido cambiado en un casino de Reno, por un hombre.

—Bueno. Volvamos a Tom Allen.

—Tom Allen no tiene ningún motivo para callarse. No ha estado mezclado en el crimen, o por lo menos no debiera estarlo. No lo creemos, y no vamos a tratar de acusarle.

—¿Es verdad eso?

—En fin, no puedo asegurar nada, naturalmente; pero Tom

continúa callando, ésa es la verdad. Estamos al corriente de todo lo que podría perjudicarle. Sabemos que la policía de Nevada le busca, que ha violado su palabra, todo, pero está ahí sin decir nada.

—¿Nada absolutamente?

—¡Nada! Ni una palabra. No reclama abogado, y a las preguntas más simples opone un completo silencio.

—¿Y la camarera rubia?

—Ya la encontrarán. No puede escapársenos. Sus señas han sido difundidas en los cuatro Estados del Oeste. La policía registra todos los restaurantes de la carretera donde se contratan camareras sin referencias para hacer frente a la aglomeración de la temporada y estamos en relación con los Sindicatos.

—Quizá haya decidido cambiar de oficio. Ahora puede ser doncella de un hotel.

—Ya hemos pensado en ello, no se preocupe. No desdeñamos ninguna posibilidad. La encontraremos, seguro. Ello reclamará su tiempo, pero la encontraremos.

—¿Y cómo ha desaparecido? ¿Lo sabe?

—No sabemos nada. Ha dejado el restaurante, sencillamente, diciéndole a Pepe, el cocinero, que iba a dar una vuelta un momento.

—¿Y luego?

—Nada más. Se ha evaporado.

—Una chica como ésa no tiene ninguna dificultad para hacer auto-stop
.

—Seguro. Pero es preciso que llegue a algún sitio.

—¿Y su nombre? ¿Y su número del seguro social? ¿Tiene todo esto?

—No vamos a perder el tiempo con su nombre. Puede haberlo cambiado diez veces. Cuando nos dirigimos a los Sindicatos, preguntamos primeramente si conocen a una tal Edith Jordan, naturalmente, pero sin grandes esperanzas. En los restaurantes preguntamos también por las Edith. Esas chicas que van de aquí para allá, en general conservan el mismo nombre de pila.

—Probablemente.

—¡Ah! Me olvidaba, hemos tropezado con su pista en Reno.

—¿Mi pista?

—¿No es usted el individuo que ha tratado de informarse sobre la persona que había cambiado el cheque de viaje?

—Sí.

—De momento nos inquietamos. Y luego nos han dado unos buenos datos de usted.

—Sí, soy yo efectivamente. Pero ya le dije que buscaba a Beckley en Reno.

—De acuerdo, pero no nos había dicho que el asesino había cambiado un cheque.

—Entonces creía todavía que era Beckley.

—Bueno, bueno. En fin, hablando en serio, Donald. Aparte de eso, no hay gran cosa de nuevo por aquí. El *Tribune* ha publicado una gran información sobre Amos Gage. Parece que ha de heredar una fortuna inmensa, con la condición de no haber sido condenado por un delito grave antes de los treinta y cinco años.

—Antes de dos semanas.

—¿Cree que podrá hacer que las cosas se retrasen hasta entonces?

—¡No me haga reír, Harvey! ¿Se figura usted que se le va facilitar eso? Una buena docena de casas benéficas pueden aprovecharse de unos treinta mil dólares cada una, si Gage es condenado antes de su aniversario. ¿Qué haría usted si fuese el Fiscal del distrito ante semejante situación?

—Supongo que me apresuraría a hacerlo condenar y que pediría a toda esa buena gente que me apoyase en mí campa electoral.

—Y sería usted elegido. De todas maneras si el hombre ese escapa de la cámara de gas, su dinero no va a servirle de gran cosa en la cárcel.

—No se sabe nunca. Puede comprar a un guardián.

—Si tiene el dinero. Puede usted creer que los directores de los presidios no han caído de un nido. Mientras uno está en la cárcel el dinero le aguarda fuera.

—Sí, claro, para más tarde.

Colgué y fui a sentarme al volante del coche de la agencia para reflexionar en paz.

La camarera rubia no le llevaba mucha delantera a la policía al principio. E inmediatamente había empezado su búsqueda sin el menor resultado.

Se me ocurrió que quizá habíamos partido de presunciones erróneas. Puesto que ella había llegado de Rommelly, todo el mundo había pensado que continuaría bajando hacia el valle, y que atravesaría Carver City.

¿Pero no habría sido mejor para ella dirigirse directamente a Bakersfield?

Estaba dispuesto a apostar algo en ese sentido. Y también hubiera apostado que si la policía la buscaba por todas las partes, no se le ocurriría buscar en sus narices, en la misma ciudad… A pesar de todo, era una maniobra bastante audaz. Los diarios de Bakersfield no hablaban más que de eso.

Procuré ponerme en el lugar de la chicha. Cuanto más pensaba en ello, más se me hubiera ocurrido hacerme llevar a Bakersfield en auto-stop
. Sí, pero ¿luego?

Tenía que reflexionar. Ella conocía a Tom Allen. Le conocía muy bien. Tom Allen estaba dispuesto a arriesgarse a que le zurrasen para protegerla. ¿Por qué?

No veía más que un motivo a eso. Protegiéndola, se protegía a sí mismo. O bien ella representaba algo muy extraordinario para él.

Admitamos…

Tom Allen había estado en la cárcel de Carson City. Si la chica representaba algo para él, ella estaría a su lado.

Fui a probar mi suerte en la oficina de las United Airlines.

—Quisiera entrar en relación con una de azafatas que haga la línea Los Ángeles-Sacramento-Reno. Tengo mucho interés en encontrar a una muchacha que ha tomado ese avión.

El director de la agencia me sonrió y movió la cabeza.

—Me parece difícil. Pero si eso puede ayudarle podemos enseñarle nuestras listas de pasajeros.

Abrió un cajón y me alargó un montón de hojas.

—Se lo agradezco, pero no creo que…

De pronto me callé. El nombre de Edith Jordan me saltaba a los ojos. Había tomado el avión de la mañana de Los Ángeles y vino directamente de Sacramento a Reno.

—Si realmente tiene interés en ver a nuestra azafata continuó el hombre, podríamos mirar… Pero sería difícil.

Lo dejé y me fui a las oficinas de una compañía de taxis. Busqué

a los chóferes que habían estado estacionados en el aeropuerto a la llegada del avión de referencia. Finalmente encontré a un conductor que había llevado a una mujer rubia sin equipaje. No llevaba más que un bolso. Parecía tener mucha prisa. Le di cinco dólares al chófer y me dijo a donde la había conducido.

Me dirigí inmediatamente a la dirección indicada. Era una casa bastante bien. Busqué en los buzones un nombre de mujer, cuyo nombre de pila fuese Edith.

No volvía de mi sorpresa, pero estaba escrito con todas sus letras: Edith Jordan.

Para mayor seguridad entré en la cabina telefónica y hojeé el listín. También estaba allí: Edith Jordan. Sencillamente.

Empecé a marcar su número, pero cambié de opinión, y decidí subir a su apartamiento. Con el dedo apoyado en el botón de nácar del timbre, esperé.

Al cabo de un minuto largo, la puerta se entreabrió, retenida por una cadena de seguridad dorada.

Edith Jordan me miraba, con sus ojos abiertos, estupefacta.

—Buenos días, *miss* Jordan, tengo que hablarle, y…

—No tengo nada que decirle —replicó, tratando de cerrar la puerta de golpe.

Si la cadena le impedía abrirse, mi pie impedía que se cerrase.

—Quite su pie o…

—¿O qué?

—O voy a buscar mi plancha eléctrica y le aplasto los dedos.

—No haga eso. Venía sencillamente a traerle algunas informaciones… Antes de la llegada de la policía.

—¿La policía?

—Naturalmente. ¿Qué se había creído?

—No tengo nada que decirle a la policía.

—Quizá, pero la policía por su parte tiene muchas cosas que decirle a usted.

—¿Cuáles son las informaciones que me trae?

—Cosas que pueden serle útiles.

—Pero, primeramente, ¿quién es usted?

Saqué mi tarjeta de mi bolsillo, y mi carnet profesional, y se los enseñé.

—Donald Lam.

—¿Un detective?

—Privado, sí.

—Y ¿en qué se ocupa?

—En este momento de ver cómo entro.

—Debo reconocer que es usted perseverante. Quite su pie, para que pueda cerrar y quitar la cadena.

—¿No cambiará de idea cuando la puerta esté cerrada?

—Cuando prometo una cosa, la cumplo. Cuando empiezo un asunto, voy hasta el final. Conmigo, o todo o nada.

—Buena chica —dije, retirando mi pie.

Cerró la puerta. Oí el tintineo de la cadena y luego volvió a abrir, diciéndome:

—Entre, pues.

El apartamiento estaba muy bien. Debió de alquilarlo amueblado, pero le había añadido dos o tres toques particulares que demostraban que lo habitaba desde hacía mucho tiempo.

Eché un vistazo alrededor e hice un rápido cálculo mental En Reno, cuando una mujer quiere divorciarse y busca donde alojarse durante seis semanas, no faltan habitaciones. Igual que los moteles alquilados por semanas. Observé:

—Aquí, en Reno, esto debe costar un alquiler muy alto.

—¡Dígamelo a mí! Venga y siéntese. ¿Tomará algo?

—No, gracias.

—Bueno. Entonces le escucho. ¿Qué debo saber antes de que la policía venga?

—No debería decírselo, y le pido que no se lo diga a nadie.

—De acuerdo. ¿Qué tiene que decirme?

—Tom Allen.

—¿Eh, Tom Allen? ¿Qué ha hecho?

—No ha dicho una palabra. La policía trata de hacerle hablar por todos los medios, pero no quiere decir nada. Están removiendo cielo y tierra por encontrarla a usted, pero Tom se calla.

—Si se calla, la policía no sabrá nada de mí.

—¿Cómo piensa usted que la he encontrado?

—¿No es Tom quien le envía?

—No le he visto más desde que la policía le sometió a la prueba del detector, probando que mentía y que le conocía a usted perfectamente.

—¡Dios mío! ¿Entonces la policía va a venir de veras?

—Ya se lo he dicho.

—Podría ser muy desagradable.

—¿Por qué? ¿A causa del crimen?

—¿Qué crimen?

—¡Cómo! ¿No lo sabe?

—No.

Llevaba encima algunos recortes de la primera edición del *Tribune*. Se los di a leer.

Se instaló en su sillón, cruzó las piernas sin tomarse la molestia de tirar de su falda, sin falsa modestia. Tenía unas piernas muy bonitas, lo sabía, y probablemente me consideraba un amigo. Leyó los recortes de prensa y yo admiré sus piernas. Finalmente se inclinó hacia delante, y me los devolvió.

—Eso sí que complica la situación —dijo.

—Sin ninguna duda.

—Yo no sé nada de ese asunto.

—La huida es siempre una prueba de culpabilidad.

—Yo no huía de un crimen. Yo… Supongo que podría ser acusada de complicidad, de violación de palabra, y es posible que corra el riesgo de tener molestias con la brigada de costumbres… Escúcheme Donald, voy a serle franca. Juguemos con las cartas sobre la mesa.

—Está bien.

—Tom no es un mal muchacho. Es impulsivo, arrebatado, y un poco cándido —en fin, con las mujeres—. Es un hombre, vaya. Las mujeres son diferentes. Ponen los ojos en un hombre, y es el hombre de su vida. Pero Tom no tiene un temperamento especialmente fiel. Prueba, se esfuerza, pero cuando una chica guapa se le pone por delante, no sabe resistir.

—¿Y se han peleado?

—Sí.

—Cuéntemelo.

—He aquí. Tom y yo, éramos novios. Teníamos que casarnos. Pero le gusta viajar. Yo ya había estado casada, y de pronto me encontré haciendo vida común con él. Viajamos como marido y mujer. Y luego, un día se emborrachó, y tuvo disgustos. Reno ha sido su perdición. Empezó a jugar, y ganó trescientos dólares en una

sola noche. ¡Estaba como loco! Se preguntaba por qué nadie le había dicho nunca que se podía ganar el dinero tan fácilmente.

—Y al día siguiente por la noche volvió a jugar y lo perdió todo.

—Naturalmente. Perdió hasta la camisa y dio un cheque. Fue su falta más grave. A la gente de aquí no le gusta nada que les den un cheque sin provisión de fondos.

—Y Tom fue a la cárcel. ¿Entonces qué hicieron ustedes?

—Esperé.

—¿Viviendo de qué?

Ella abrió la boca, cambió de parecer, me miró a los ojos, y contestó:

—Tom no lo sabe, pero tengo dinero.

—¿Cuánto?

—Bastante. No quería que Tom lo supiera. Con su carácter, sería terrible para él saber que su mujer puede mantenerle. A Tom no le gusta que yo sea camarera. Soy amable, y no mal parecida. Los clientes me hace proposiciones, y algunos llegan hasta a pellizcarme al pasar… Entonces dejé a Tom el trabajo de mantenerme. Es un buen mecánico. Si quisiese trabajar podría ganar muy honradamente su vida, y si se decidía a establecerse por su cuenta sería un hombre verdaderamente de bien. Pero está loco. Le gusta cambiar… En fin, es así. Fue, pues, a la cárcel en Carson City y yo le esperé. Salió bajo palabra. Ahora es preciso que recuerde usted una cosa. Cuando le libran a uno bajo palabra, no se puede salir del Estado; pero, en Nevada, los juegos están autorizados. Y los juegos y Tom no van de ninguna manera. Él lo sabía y yo también. Naturalmente no tenía derecho a frecuentar los casinos, los bares, ni nada; pero Tom era incapaz de resistir. Así que salió de la cárcel fue a jugar a los dados y ganó unos ochenta dólares. Volvió para contármelo. Comprendí, y él también. Le dije que no le quedaba por hacer más que una cosa: irse a California y buscar trabajo.

—¿Le llama Tom?

—Sí. Es su nombre, pero no se apellida Allen.

—¿Cómo se llama?

—Adair.

—Y este apartamiento ¿está a nombre de usted?

—Sí. Lo he conservado. Tom no lo sabe.

—¿Por qué?

—Todas mis cosas están aquí. Tom no ha venido nunca a este piso. Cree que yo era camarera durante su estancia en la cárcel. No tenía ninguna necesidad de saberlo, y yo no le he dicho nada.

—¿Tiene usted bastante dinero para conservarlo?

—Sí, bastante.

—Bueno, y ahora volvamos a la noche del cinco.

—No hay gran cosa a contar. Tom y yo vivíamos en un motel en Rommelly. Era vigilante de noche en un garaje. No había encontrado ningún otro empleo. Yo tenía la costumbre de ir a buscarle todas las mañanas a las siete y media y tomábamos nuestro desayuno juntos. Luego iba a acostarse. Yo procuraba no hacer ruido durante dos o tres horas. No tenía necesidad de dormir más. A veces, menos. Porque hay que decir que permanecía de pie hasta media noche, pero luego se acostaba. A veces le despertaban durante la noche, en general viajeros que querían gasolina, pero era raro.

Se calló, y tuve que invitarla a continuar.

—¿Qué más?

—No tengo gran cosa más a contar. La mañana del seis, hacia las siete y cuarto, fui a buscar a Tom al garaje… No me esperaba tan pronto.

—¿Había otra mujer con él?

—No, pero había ido una mujer.

—¿Cómo lo sabía usted?

—¡Se notaba!

—¿En qué, por ejemplo?

—Pues bien, primeramente en que no había lavado las tazas de café. Una de ellas estaba manchada con rojo de labios. En su cuartucho hay un pequeño lavabo y agua caliente. En general Tom se afeita a las siete y cuarto, poco antes de mi llegada, para estar presentable en el desayuno. Vi también rojo de labios en su espejo de mano.

—¿Cómo diablos pudo dejar la chica rojo de labios en el espejo?

—¡Parece que no haya usted visto nunca maquillarse a una mujer! Se pone el rojo, y luego se esparce con el dedo meñique. Ella dejó huellas de rojo detrás del espejo.

—Eso sí que es interesante. ¿Qué se ha hecho del espejo?

—Me lo llevé.

—¿Lo tiene usted aquí?

Se levantó, fue a abrir un cajón, cogió su bolso, y sacó de él un espejo de dos caras, redondo, como los que se encuentran en todos los restaurantes de precio único, con un mango cromado.

—Estuvo mirándose en el espejo de aumento —dijo Edith—. Y en la cara normal dejó las huellas de sus dedos. ¿Ve usted?

Examiné el espejo. No solamente había huellas de rojo, sino además una impronta digital perfecta. Las otras estaban un poco borrosas, pero de todas formas identificables para un técnico.

—¿Tiene cinta de plástico adhesivo?

—Creo que sí. ¿Por qué?

—Vas usted a verlo.

Pegué unos cuantos trozos de cinta adhesiva transparente, en cruz, sobre la huella más clara, ante los ojos sorprendidos de la mujer.

—¿Por qué hace eso?

—Ponga sus iniciales ahí —le dije. Y la fecha.

Me obedeció y le dije por qué.

—Con esto, la huella digital no corre el peligro de borrarse. Es un milagro que haya quedado tan clara. Pero, ¿por qué conservó este espejo?

—Tom no sabe que me lo he llevado. Le acusé de haber estado con una mujer, y empezó por mentirme, diciéndome que no había entrado, sino que había esperado mientras él se vestía; luego que hizo café y que ella le había pedido una taza, y que le llevó una al garaje. Me dijo que después había llevado la taza donde yo la había encontrado. Pero mientras me contaba esa novela por entregas, le cogí el espejo como prueba y lo metí en mi bolso.

—Y…

—Y luego me marché. Le dije que cuando estuviese dispuesto a decir la verdad, podría buscarme. Y añadí que todo quedaba roto y de momento así lo pensaba.

—¿Y que hizo usted?

—

Auto-stop

hasta Central Creek, y entré a tomar un café en el restaurante. Dorothy Lennox estaba allí muerta de fatiga. Había mucha gente en la carretera, era la temporada de la pesca, y el tabernucho no se

vaciaba nunca. El viejo Pepe no podía servir y estar en la cocina a un mismo tiempo. Me ofreció un puesto de camarera. Entonces acepté. Me decía que Tom no tardaría en saberlo y que vendría a galope. Yo no estaba demasiado lejos. Podía bajar a buscarme sin perder su puesto, y… si hubiese venido a pedirme perdón, yo lo habría olvidado todo y hubiera vuelto con él. Ya sabe lo que pasa. Me engaña, a veces le sorprendo infraganti, otras no, pero cuando me ha engañado lo conozco en seguida.

Una mujer adivina estas cosas.

—Y ¿siempre le ha mentido en ese terreno?

—Siempre.

—¿Le había dejado alguna vez?

—Nunca. Habíamos tenido discusiones, disputas, peleas, y a menudo le amenacé con irme. Pero luego nos reconciliábamos. Me juraba por todos los santos que no volvería a empezar. Las mujeres tienen esas debilidades y los hombres lo saben bien. Tom no es malo, en el fondo. Y para decirlo francamente, Mr. Lam, le tengo aquí dentro y eso es todo. No puedo nada contra ello.

Me levanté.

—He ahí mi tarjeta. Aquí está usted segura. Olvide mi visita. Y sobre todo no se mueva de aquí. Se diga lo que se diga, se haga lo que se haga, no se deje impresionar.

—No sería mejor quizá que…

—No, la huida es una prueba de culpabilidad y no se sabe nunca lo que está urdiendo la policía. Mientras permanezca aquí, no es una fugitiva. Ha tenido sencillamente una disputa grave con su novio y ha dejado su empleo. Y ¿cómo lo hizo, ahora que pienso en ello?

—Le seguí. Cinco minutos después de su partida, le dije a Pepe que salía a dar una vuelta y paré a un coche que seguía el suyo hasta Rommelly.

—¿No se paró en Rommelly?

—El conductor del coche me llevó hasta Bakersfield. Allí llenó el depósito y continuó hasta Los Ángeles.

—¿Siempre viajó con el mismo?

—Siempre. Y era un suplicio. Tuve que dejarme manosear, y simulé que estaba de acuerdo con él. Le dije que tenía un amigo en Los Ángeles que me esperaba; pero que él me gustaba más, y que si

me dejaba telefonear a mi amigo, volvería. Le di una cita y todavía debe de estar esperándome.

—¿Y luego?

—Tomé un taxi hasta el aeropuerto y desde allí un avión para Reno. Eso es todo.

—Lo que demuestra que no hay como la sencillez. Le gana al maquiavelismo en todos los terrenos.

—¿Está satisfecho? ¿Me cree?

—Entera y totalmente.

—Sabe, Donald, es usted un hombre bueno de verdad.

—También usted es una buena muchacha. Mañana por la mañana, vea a un abogado. Explíquele una historia de divorcio, y dígale que tiene una pieza comprometedora que conservar. Dígale que no está del todo dispuesta a empezar el proceso, pero déjele entrever que será cliente suyo. Muéstrele el espejo con las huellas de rojo de labios. Pídale que ponga sus iniciales y la fecha al lado de las suyas sobre la cinta adhesiva y dígale que guarde el espejo bajo sobre lacrado en su caja fuerte.

—Sí. ¿Y luego?

—Luego vuelva a casa y viva normalmente. ¿Está segura de que Tom ignora la existencia de este apartamiento?

—Claro que sí. No ha venido nunca. Lo ignora totalmente.

—¿Vivía usted aquí mientras él estaba en la cárcel?

—Sí.

—¿Y cuando salió de la cárcel?

—Esperé a que encontrase un piso y buscase empleo.

—Y ¿qué encontró?

—Un cuchitril. Pero estábamos en casa.

—Y de vez en cuando usted se escapaba para venir aquí a tomar un baño, y…

—Nunca, Donald. El cuchitril era nuestro hogar y Tom era mi hombre. He permanecido a su lado, y he tenido mi casa lo mejor que he podido.

—Brava chica. No olvide mis consejos.

Me acompañó hasta la puerta, me estrechó la mano, y luego, bruscamente, me tendió la mejilla.

—Es usted muy gentil, Donald.

—Tampoco está usted mal.

La dejé, volví a tomar el coche de la agencia, y cogí la interminable carretera de Bakersfield.

capítulo trece

GOODWIN F. James era un gran tipo: huesudo, desmadejado y descarnado, con pómulos salientes y nariz prominente, que iba vestido de cualquier manera. Lo que destacaba en seguida, eran sus ojos, unos ojos grises —hundidos bajo las grandes cejas negras pobladas—, que dirigían una mirada glacial sobre el interlocutor.

—Me gusta conocerle, Lam —me dijo—. Mi cliente no para de hablarme de usted. Me ha dicho que me ponga en relación con usted y que le haga ciertas preguntas.

—Que son…

—Si, por ejemplo, le parece a usted que un jurado creerá su relato.

—Es usted quien ha de decidir eso.

—Es lo que le he hecho observar a Gage, pero ha insistido vivamente en que se lo diga.

—¿Cuál es su opinión?

—No tengo que formular ninguna opinión en lo que se refiere a los asuntos de mis clientes.

—Está muy puesto en razón. Y por mi parte, tampoco tengo que expresar ningún criterio sobre los asuntos de sus clientes.

—Basta de bromas, Lam. Dejémonos de tonterías. ¿Cuándo vio a Gage?

—Si lo hubiese visto cuando la policía le buscaba y yo no hubiese dicho nada, me encontraría en una situación molesta. ¿No lo cree usted?

—Claro que sí.

—Les tengo horror a las situaciones molestas.

James puso sus dos largas manos huesudas y planas sobre el papel secante, y dijo:

—No es nada fácil interrogarle.

—Siempre digo más que usted.

—Hum… Al hablarle como voy a hacerlo, obro por indicación de mi cliente y muy a pesar mío, se lo confieso.

No contesté.

—Mi cliente quiere declararse culpable.

—¡Culpable!

Inclinó tristemente la cabeza.

—¿Culpable de qué?

—De asesinato premeditado.

—¡No! ¡Esa si que es buena!

—Si se declara culpable, hay gran posibilidad de que sea condenado a prisión perpetua. Y la hay también de que sea condenado a muerte.

—¿No hay medio de ponerse de acuerdo con el fiscal del distrito?

—Precisamente. Quiere entenderse con ese magistrado.

—¿Qué quiere de él?

—Quiere que la investigación dure precisamente hasta el primero del mes próximo. Entonces tendrá treinta y cinco años, y si no ha sido condenado antes, heredará una fortuna inmensa.

—¿De qué le servirá su fortuna si le ejecutan?

—Es lo que yo le he preguntado. Me ha contestado que le interesaba que una tal Mrs. Eden se aproveche de ese dinero. Si permanece en la cárcel le dará una buena parte, y si es ejecutado, se lo dejará todo, en testamento. Debo confesar que me ha ofrecido una fuerte suma si conseguía retrasar el asunto y que él entre en posesión de la herencia.

—Y si no se declara culpable, ¿qué pasará?

—Pues bien, nos encontramos ante una situación bastante particular. El fiscal del distrito precipita las cosas, y le diré que con gran satisfacción del tribunal. Todo el mundo parece poseído de un frenesí de velocidad y usted adivinará por qué.

—Evidentemente.

—Entonces, ¿qué piensa usted?

—Si le juzgan y condenan, ¿cree que puede serlo antes de su treinta y cinco aniversario?

—Estoy persuadido de que la vista del proceso será acelerada de manera que le condenen antes de su cumpleaños.

—En ese caso no tendrá nada.

—Sí.

—Y usted tampoco.

—Precisamente.

—Pero si se declara culpable y se arreglase usted con el fiscal del distrito para hacer que el asunto se prolongue hasta la fecha límite, ¿cobraría usted una cantidad importante?

—Sí.

—¿Llegaría a los cincuenta mil dólares?

—¡Oh, no! No tanto. ¡Por Dios, no! Jamás podría pensar en reclamar semejantes honorarios. Ni hablar de eso.

Cerró sus puños nudosos, separó nuevamente los dedos y bajó los ojos sobre el papel secante.

—Treinta y cinco —murmuró.

—¿Treinta y cinco, qué?

—Treinta y cinco mil dólares.

Estuve pensando en esta cifra durante unos segundos, y luego dije:

—Así, su cliente quiere confesarse culpable e ir a la prisión a perpetuidad o a la muerte. Si usted le dice que puede ponerse de acuerdo con los jueces y que debe declararse culpable, habrá ganado treinta y cinco mil dólares fácilmente. Por otra parte, si el proceso sigue su curso, tendrá usted mucho trabajo y no tocará ni un centavo.

—No he analizado todavía la situación de una manera tan clara.

—¡Vamos, hombre!

—Bueno, sí, lo admito. Lo he pensado. ¿Qué mal, hay en ello?

—Ninguno. Pero la pregunta es la siguiente: ¿Cuáles son los intereses de su cliente?

—Quiere hacer algún bien. Me dice que, haciendo examen de conciencia, descubre que no ha hecho nunca gran cosa de bueno. Ha estropeado su vida, ha dejado pasar todas las ocasiones y se ha convertido en un borracho intermitente. Cree que la cárcel puede ocasionarle un gran bien y que con su dinero puede hacer favores.

—¿Qué dirá el fiscal del distrito? ¿Consentirá en esperar hasta los treinta y cinco años de Gage?

—No lo sé. Tengo la impresión de que el fiscal del distrito querrá examinar a fondo la cuestión.

—¿Pero no se lo ha dicho todavía?

—No.

Observé a James un momento. Crispaba nerviosamente los puños, y sus falanges se volvían pálidas. Finalmente, me miró a los ojos y dijo:

—¿Cuáles son sus probabilidades, según usted?

—¿Sus probabilidades, de qué?

—Ya me entiende, ante un jurado.

—Si cuenta su historia y nadie viene a confirmarla, seguro que no le absuelven.

—Evidentemente.

—Por otra parte, hay doce jurados. Yo diría que tiene una probabilidad sobre doce de ser creído, quizá dos sobre doce.

—¿Quiere usted decir que el jurado no llegará a ponerse de acuerdo y que las deliberaciones se prolongarán interminablemente?

—En eso pensaba.

—¡Pero no le serviría de nada! Se tendría que volver a empezar todo, y…

—Y sería rico.

—Sí… Claro.

—Y podría pagarle a usted espléndidamente; podría contratar peritos, defenderse, podría…

—¡Contratar detectives!

—No he dicho eso.

—Pero yo sí lo digo.

—Bueno. Gage quería que habláramos de ello. Ya lo hemos hecho.

—¿No le aconsejó que se confesase culpable?

—¡Por Dios, no!

—¿Ha medido los riesgos?

—Claro que sí.

—En su lugar yo probaría suerte.

—Mr. Lam, estoy muy contento de la conversación que hemos tenido. Voy a dar parte de lo que usted piensa a mi cliente.

—¿Qué pruebas hay en realidad contra él? ¿Hasta ahora, cuáles son?

—¡Bastantes!

—¿Quiere usted decírmelas?

James tomó un lápiz y un cuaderno de taquigrafía y trazó el número 1, que rodeó de un círculo.

—Primeramente, Amos Gage ha sido reconocido, sin ninguna duda, por el encargado de la estación de gasolina de Carlyle Kamp, en Carver City, como el autoestopista que subió al coche de Beckley. Sobre eso no hay ninguna duda, porque dicho encargado tuvo cuidado de anotar la matrícula del coche.

—¿Y qué más?

James trazó un 2 y lo encerró también en un círculo.

—Luego, Beckley se paró en Central Creek, y volvió a telefonear a su mujer. Primero la había llamado desde Carver City diciéndole que debía ir a Reno. La segunda vez, cuando telefoneó desde Central Creek, le dijo que además del autoestopista que admitió en Carver City, había recogido a una rubia guapa que hacía el
auto-stop
en la carretera, y que la había hecho subir detrás.

—¿Es que el fiscal del distrito puede aportar pruebas tangibles de esas dos llamadas telefónicas? ¿No son simplemente cosas que se dicen?

—En efecto, eso es discutible, y vamos a protestar, pero el acusado estaba muy bien sentado en el mostrador del café cuando Beckley telefoneó.

—¿Quién lo afirma?

James me miró y se frotó durante un rato la mejilla.

—Sí, sí, sí. Ahí tiene usted algo. La camarera no ha sido encontrada. Naturalmente, yo sé y usted sabe que el acusado estaba allí, ¿pero puede probarse? Toda la cuestión está ahí.

James volvió a coger su lápiz y dibujó un gran signo de interrogación al lado de su cifra 2. Luego trazó un 3 con un círculo en derredor.

—En Carver City, el acusado estaba sin un céntimo. No tenía ni para pagarse un café. Lo ha dicho el de la gasolina. Pero, cuando la policía le detuvo, llevaba cerca de mil doscientos dólares encima. La acusación probará que Beckley no viajaba nunca sin llevarse buenas cantidades de dinero y es fácil deducir de ello que el acusado le robó ese dinero a la víctima.

—¿Y si hubiese ganado en el juego?

—¿Con qué habría jugado?

—Puede haberse encontrado diez dólares en la calle.

—Es posible —murmuró James sin entusiasmo.

Volvió a coger su lápiz y en este momento sonó el teléfono.

—Perdón —dijo mientras descolgaba—. ¿*Allo*? Sí, sí le escucho.

Me echó una mirada. El teléfono cacareaba.

James escuchaba. Hizo una mueca; luego sus rasgos se endurecieron y apretó el lápiz entre los dedos, tan fuertemente que lo rompió en dos pedazos. Echó los trozos a la papelera con gesto de rabia, y contestó bruscamente:

—¿Está seguro de lo que dice?… Sí; pues entonces me parece que ya está listo.

Dijo adiós y colgó.

—Me parece, le hice observar, que va a poner usted otros números en su bloc.

Por toda respuesta, desgarró la hoja del bloc y la echó a la papelera.

—¿Qué pasa? —insistí—. ¿Es tan grave como eso?

—La policía de Reno ha descubierto en qué motel estuvo Gage. Se inscribió con el nombre de Malcolm G. Beckley y dio el número del coche NFE 801. Tomó una habitación por una semana y se marchó bruscamente, antes de que la semana en curso hubiese transcurrido. El director del motel ha reconocido a Amos Gage por la fotografía. No puede haber la menor duda.

—¿Y eso, qué? ¿Era necesario que durmiese en alguna parte, no?

—¿Pero no lo ve usted? Se inscribió con el nombre de Beckley. Pero eso no es nada todavía. Otro cliente del hotel vio un día cómo Gage cavaba un hoyo detrás de los *bungalows*. De momento no le prestó atención; pero cuando la policía fue a pedir información, él lo recordó. Entonces han buscado y encontrado el agujero. Adivine lo que había dentro.

—¿Qué había?

—El reloj pulsera de Malcolm Beckley, un carnet de quinientos dólares de cheques de viaje emitido por el *American Express*, del que faltaba un cheque de cincuenta dólares, una cartera con el permiso de conducir y todos los papeles de Beckley: sus llaves, su cortaplumas de bolsillo y una pluma grabada con sus iniciales. En la caja del reloj han encontrado una huella digital. Era la de Gage.

No contesté.

—En la cartera no había un céntimo —añadió James.

Yo continuaba callándome.

—No es eso todo. Ha sido encontrada la camarera que trabajaba en el café de Dorothy Len nox, en Central Creek, la que estaba de servicio en la noche del 5. Recuerda muy bien la llegada de Beckley con Amos Gage y la chica rubia. Gage y la rubia comieron huevos con jamón mientras Beckley telefoneaba. Ha reconocido a Amos Gage en una foto, y ahora van a llevarla a Bakersfield para confrontarlos.

James me miró. Tenía el aspecto de haber comido algo que no podía tragar.

—Todo eso —dije— me parece muy malo desde el lado suyo del asunto.

James no dijo nada.

Me levanté, le estreché la mano y dejé su despacho.

capítulo catorce

AL volante del trasto de la agencia, bajé al centro y me encaminé al despacho. Bertha Cool ronroneaba literalmente. Me gratificó con una sonrisa tan tierna como maternal y murmuró afectuosamente:

—Donald, pequeño sinvergüenza.

—Bueno, ¿qué pasa ahora?

—Has entregado eso, ¿verdad?

—¿Qué es lo que he entregado?

Bertha cogió de la mesa unos recortes de periódicos.

—¡El *Tribune*, Donald! ¡Dos mío! ¡Cuánta propaganda!

Recorrí el reportaje de Malone.

—El sheriff del cantón de Kern no va a estar muy contento —dije—. Parece que no ha hecho más que seguir mis indicaciones.

—¿Y qué puede importarnos la opinión del sheriff del cantón de Kern? No nos da ni un céntimo. Son clientes lo que necesitamos, buenos y ricos clientes que extiendan su dinero sobre mi mesa de despacho. Eso me recuerda que la adorable Mrs. Beckley acaba de salir. Ésa sí que es una mujer con buen sentido, Donald. Me ha dicho que, naturalmente, iba a hacer el papel de viuda desconsolada, que había sido muy feliz con su marido; pero que, después de todo, tenía toda la vida por delante; que había otros hombres y, ¿sabes qué, Donald?

—No. ¿Qué?

—Me ha preguntado por ti.

—¿Quería saber dónde estaba?

—Noticias tuyas, pillín. Quería saber si estabas casado, si salías con alguien, si tenías una amiga. Y luego ha pagado su factura, ha añadido la prima, y ha declarado que tenía otras investigaciones que encargar, pero que preferiría hablarte de ello personalmente, porque ya estabas al corriente del asunto. Es preciso que vayas a su

casa.

—Y, ¿qué quiere, en resumen?

—No sé; pero eso no tiene importancia. Ahora no sabe qué hacer del dinero. ¡Pero cuidado, Donald! ¡No vayas a dejarte pescar y no abandones a tu buena y querida Bertha! ¡Es muy capaz de pedirte que la acompañes a Europa como guarda espaldas!

—Y ¿eso te molestará?

—A decir verdad, mientras te quedes en la agencia, no, francamente. Mientras ella pague los gastos a la agencia, puedes seguirla hasta el polo sur, si eso te gusta.

El teléfono la interrumpió. Con un gesto ancho de sus dedos tan gordinflones como endiamantados, Bertha descolgó, contestó y frunció en seguida el entrecejo.

—¿De parte de quién?

Me incliné para cogerle el aparato de las manos.

—Si es para mí, prefiero recibir las comunicaciones yo mismo.

Los ojos de Bertha lanzaban destellos. Contesté brevemente a Sandra Eden y colgué.

—Ya está bien, Donald; todavía esa pequeña mosquita muerta, que quería que le encontrásemos no sé qué tío desaparecido. No me explico lo que ocurre. ¿Eres filántropo a mis expensas? Ten presente que estamos asociados. No tienes derecho a perder un tiempo precioso en naderías, únicamente porque una chiquilla grotesca ha venido a husmear en tu chaleco. Ella…

—Quiere que le encontremos a su tío Amos…

—El tío Amos de mis desdichas —chilló Bertha—. Es un tipo que mantenía a la madre, y la pobre mujer se pregunta quién va a pagar sus facturas ahora que él la ha dejado y…

—Ella busca a su tío Amos —repetí, recalcando el nombre—. El tío Amos. ¿No te dice nada, Bertha?

Bertha parpadeó.

—Amos… ¿Quieres decir el tipo que ha asesinado a Malcolm Beckley? Sería… ¡Que el diablo me confunda!

—El mismo en persona.

—¡Cuerno! —silbó Bertha, por no decir otra palabrota.

Esperé que los mecanismos del cerebro de Bertha se pusieran nuevamente en marcha. De pronto, sacudió la cabeza como para librarse de un vértigo y exclamó:

—¡En fin, Donald, eso no es posible! Como quieres que una mujer venga aquí a pedirnos que busquemos a su marido y cinco minutos más tarde venga alguien a decirnos que quiere encontrar a su tío Amos, y que resulte que el tal tío Amos haya asesinado precisamente al marido… Las coincidencias son muy bonitas; pero de todas formas, dime, ¿qué son estos enredos?

—Es un asunto interesante. ¿Tienes el número de Daphne Beckley, Bertha?

—Toma. Ya te lo había preparado.

Tomé la tarjeta donde lo había anotado y marqué el número de Daphne. Su voz suave y acariciadora me contestó en seguida:

—¿Sí?

—Donald Lam.

—Donald —ronroneó—. Quiero que venga. Tengo que hablarle.

—Tengo bastante trabajo, de momento.

Las manos centelleantes de Bertha me hicieron signos desesperados. Todos sus diamantes me indicaban la puerta. Daphne insistía:

—¿No puede dejarlo un poco, Donald? No será por mucho tiempo.

—Me parece difícil, pero ¿de qué se trata?

—¿Ha leído los periódicos?

—No todos.

—Han publicado una fotografía del asesino de Malcolm.

—¿Y qué?

—Entonces, al ver esa foto, no salía de mi sorpresa. He creído que era la fotografía de mi marido, y que el diario se había equivocado.

—¿Se parecen?

—¡Es increíble! Se dirían dos gemelos. Donald, ¿qué debo hacer?

—¿Cómo?

—No me gusta hablar de eso por teléfono. No puedo ni pensarlo. Pero me parece que podríamos encontrarnos ante la mayor farsa del siglo.

—¿Qué quiere decir? ¿Es que me ha dado una foto de usted y de Amos, en vez de usted y de su marido?

—No, de ninguna manera. No soy tonta hasta ese extremo.

—Entonces, ¿qué?

—Mi marido quizá trata de hacerme una jugada fea… Pero ¿por qué no viene a verme? Hablaremos de ello.

—No tengo tiempo.

—¿Ni tiempo para aceptar un nuevo asunto?

—Tiene que arreglarse con Bertha Cool. Es ella la que se ocupa de eso. Cuando se haya puesto de acuerdo con ella, me ocuparé de su asunto. Es preciso que se entienda con Bertha. Llámela, pues, dentro de diez minutos.

Colgué. Bertha sonreía a placer.

—¡Así es como hay que hablarles, Donald! Deja a Bertha que se ocupe de los intereses de la agencia, sobre todo cuando se trata de una buena mujer. Con las mujeres, os dejáis llevar por la punta de la nariz. Os ciegan con una rodilla o una pantorrilla. Yo no veo sino su cartera. Donald, ¿crees que podríamos percibir algo de ese seguro?

—Eso es a ti a quien concierne.

—Que es lo que ella…

El timbre del teléfono la interrumpió. Bertha descolgó y me tendió el aparato.

—Es a ti a quien llaman. El «inter».

La voz de Harvey Clover me llegó claramente.

—Lam, me sabe mal, pero hay novedades en el asunto Gage.

—Escucho. Todo lo que es nuevo me interesa.

—Esta vez le interesa personalmente.

—¿Qué pasa?

—Amos Gage lo ha contado todo.

—Y ¿qué ha dicho?

—Ha dicho que usted le había encontrado escondido en Reno, que le contó su aventura y que no previno usted a las autoridades. Al contrario, le había usted aconsejado que permaneciese oculto, y que hiciese que las cosas se alargasen, en caso de detención, hasta su aniversario. Dice que es él quien le contó a usted dónde se encontraba el lugar en que recobró el conocimiento. Al principio, tenía la intención de seguir sus consejos, pero le entró miedo. Cuando le anunció usted el crimen, decidió deshacerse de los papeles de Beckley y escapar en seguida.

—Es interesante, efectivamente.

—¿Interesante, amigo? Es muy desagradable, Lam. Esto no nos

gusta nada.

—A mí tampoco.

—Eso hace de usted un cómplice o casi. Ha sobornado usted un testigo, ha disimulado unas pruebas.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere?

—A usted.

—¿Viene a detenerme?

—Le pido que venga.

—Y ¿cómo se hace eso?

—Oiga, corro un gran riesgo, Lam, pero he convencido al fiscal del distrito que espere a haberle visto antes de llevar el asunto ante la sala.

—¿Ha hablado usted a la prensa?

—Todavía no.

—¿Quiere que vaya a su despacho?

—Sí. Entonces, ¿viene o debo enviar a buscarle?

—Voy.

capítulo quince

YENDO de prisa hay que contar dos horas y veinticinco minutos para ir de Los Ángeles a Bakersfield. No tardé más que dos horas.

Harvey me recibió con mirada severa y mordiéndose los labios.

—Lam —dijo—, me he arriesgado por usted.

—Se lo agradezco.

—He tratado de esconder eso a los periodistas, pero algo ha traslucido. ¿No procede de usted?

—¡Por Dios, no!

Me tendió un diario que tenía todavía la tinta húmeda. El titular se destacaba con grandes caracteres:

FISCAL DEL DISTRITO CONTRA DETECTIVE.

El reportaje precisaba que corría el rumor de que Donald Lam, que investigaba acerca del asunto, iba a ser interrogado dentro de poco por el fiscal del distrito, quien tenía que hacerle algunas preguntas embarazosas. El repórter contaba luego que no le había sido posible encontrar a Lam, pero que su asociada Bertha Cool había dejado entender que podía producirse una sorpresa.

—¿Qué quiere decir eso? —le dije.

—¿Qué sabe su asociada del asunto? —me preguntó Clover.

—Lo que yo le he dicho.

—Y, ¿qué más?

—Eso es todo.

—Bueno. Si tiene una sorpresa dentro de la manga, vale más sacarla. Vamos a ver al fiscal del distrito.

Se abrió la puerta y entró un ayudante. Clover hizo un gesto vago, y me dijo:

—Voy a ver si el fiscal del distrito puede recibirnos.

—¿Qué clase de hombre es?

—Ya lo verá.

Clover salió del despacho y le sonreí a su adjunto.

—No hay que extrañarse de nada, ¿eh? ¿Cómo es que Amos Gage se ha decidido a contar la historia?

El ayudante se limitó a enseñarme el periódico.

—No sé más de lo que he leído.

Volví a coger el diario. Había una corta declaración de James, anunciando que renunciaba a defender a Amos Gage. Después de eso, Gage hizo su declaración ante el fiscal general. El periodista decía a continuación que el asunto sería llevado adelante lo más rápidamente posible. Que el fiscal del distrito, Nunnely Ivan, había prometido no entretenerlo, que la vista de la causa tendría lugar en fecha muy cercana, y que los tribunales del cantón de Kern querían demostrar que la justicia no se entretenía.

Había una entrevista con Daphne Beckley. Se dejó retratar para la prensa, con gafas negras, y con sus piernas bastante bien a la vista. El fiscal general afirmaba que el asunto no presentaba ningún problema, y que Amos Gage ciertamente se confesaría culpable. Si no lo hacía, la acusación tenía suficientes pruebas contra él para hacerle condenar. Se trataba de ahorrar a mistress Beckley la prueba penosa de ir a testimonial en el proceso sobre el asesinato de su marido. La señora Beckley estaba anonadada de pena. Su médico le había aconsejado que se marchase de viaje, para olvidar; preferentemente a ultramar.

Una redactora sentimental había escrito también un artículo sobre la viuda. Estaba leyéndolo cuando reapareció Clover.

—Por aquí, Lam.

Me precedió por un largo corredor, y me hizo entrar en el despacho del fiscal del distrito. Oí cerrarse la puerta detrás de mí y Clover anunció:

—Lam, aquí tiene a Nunnely Ivan.

Nunnely Ivan era un hombre de unos cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, de ojos negros penetrantes, quizá demasiado cerca el uno del otro. No me alargó la mano.

—Siéntese, Lam.

Me senté.

—Me he enterado de cosas muy desagradables respecto a usted,

Lam.

—¿Qué tienen de desagradables?

—Está a punto de ser considerado como cómplice.

—¿Cómplice de qué?

—De un crimen.

—¿Qué crimen?

—¡Por favor, Lam! No se haga el desentendido. Le hablo del asesinato de Malcolm G. Beckley.

—Y ¿qué pasa?

—Ha aconsejado usted a su asesino que escapase de la policía, que destruyese pruebas acusadoras y no diera parte del robo del coche de Beckley.

Bostecé en sus barbas.

—¡Por favor, Lam, estoy hablando en serio! Va a perder su licencia de detective, eso se lo puedo garantizar Y corre peligro de perder su libertad. Bueno, ahora puede bostezar.

—Protegía a una cliente.

—No es verdad. He estado hablando con mistress Beckley. Nunca le ha pedido que escondiera nada de nada. Ella quería que se encontrase a su marido. Ella…

—Yo no hablo de la señora Beckley. Aludía a unas parientes de Amos Gage.

Parpadeó, sintiéndose atrapado.

—¿Qué parientes?

—Una chica de quince años que trataba de ser valerosa, pero que adivinaba que le había ocurrido una desgracia a su tío Amos.

Era algo nuevo para Ivan. Quedó pensativo.

—Me entero por los periódicos —continué—, de que va a ahorrarse a Mrs. Beckley la prueba penosa del proceso.

—Eso no tiene nada que ver. Hablamos de usted, no de Mrs. Beckley.

—Tiene razón. ¿Me permite telefonear?

—¿Por qué?

—Primeramente, ¿cuál es el número de mistress Beckley? Es igual, lo tengo en mi carnet.

Abrí mi carnet y acerqué el teléfono. Mientras marcaba el número, le pregunté al fiscal del distrito:

—¿Quién ha propuesto que Mrs. Beckley no venga a la vista de

la causa? ¿Usted o ella?

—Yo. Le he dicho que no serviría de nada y que ello no haría más que avivar su pena.

Me contestó una voz, y dije:

—Desearía hablar con la telefonista del «inter» que se cuida de las llamadas que vienen de Central Creek y de Rommelly, por favor. Supongo que todas pasan por el mismo servicio.

—Sí. ¿Es el despacho del fiscal del distrito?

—Sí.

—¿Quién está al aparato?

—Lam. Póngame con ese número, por favor, tengo prisa.

Unos instantes después, otra voz me dijo:

—*Allo*, escucho. ¿De qué se trata?

—Trato de comprobar unas comunicaciones dadas en la noche del cinco al seis. Primeramente una llamada de Carver City a Los Ángeles, a Edgemont
6-5589
. Luego quiero saber si hay una llamada de Central Creek, unos treinta y cinco minutos más tarde, a ese mismo número, Edgemont
6-5589
, y finalmente una llamada procedente de Rommelly hacia las cinco de la mañana, también a Edgemont.

—¿Qué está tramando? —exclamó Ivan, furioso.

—Lo que hubiera debido hacer usted hace tiempo. Compruebo esas llamadas.

—¡Es completamente inútil! Tengo la declaración bajo juramento de Mrs. Beckley a propósito de esas llamadas. Me ha dado las horas y la razón de las conversaciones. Reconoció perfectamente la voz de su marido. No tengo necesidad de más pruebas.

—Pues tiene usted mucha suerte.

—Le ordeno que cuelgue. No trata usted más que de ganar tiempo. ¡Y no tiene por qué mezclarse en nuestras investigaciones!

—¿Las ha comprobado, entonces, estas llamadas?

—Nunca, ¿por qué? Tenemos el testimonio de la persona que las ha recibido. El…

Harver Clover intervino:

—Un momento, Nunnely. Puesto que estamos en ello, podemos

comprobar las horas.

Esperé un momento, y la telefonista volvió al aparato.

—No hay ninguna llamada de Carver City a ese número, ni de Central Creek, y tampoco de Rommelly.

—¿Y si alguien hubiese pedido el número de Edgemont por el «inter» y no hubiese obtenido respuesta?

—Si la persona llamada no hubiese contestado, si no hubiese habido comunicación, no habría ficha.

—Yo creo que haría usted bien en decirle esto al fiscal del distrito. No se mueva.

Me volví hacia Ivan:

—No hay ficha indicando llamadas de Carver City, de Central Creek o de Rommelly a Edgemont
6-5589
, en la noche del cinco al seis. Si hubiesen pedido el número y nadie hubiese contestado, no habría ficha. Si hubiese habido comunicación, habría una ficha. Quiere usted hablarle a la telefonista del «inter».

Ivan me arrancó el teléfono de las manos.

—Aquí Nunnely Ivan, fiscal del distrito. Oiga bien, sabemos que esas comunicaciones se han celebrado, y puedo decirle las horas. Es preciso que encuentre estas fichas.

Hizo una mueca de irritación, y chilló al aparato:

—¡Pero, por Dios, si le digo que esas comunicaciones se han celebrado! ¡Tengo la declaración bajo juramento de la persona que las ha recibido!

Se calló, frunció el entrecejo, y luego dijo con más calma:

—Óigame, no podemos permitirnos el menor error. Es preciso que yo lo sepa. Las llamadas se hicieron. Sus registros los llevan mal y sus fichas están en desorden. ¡Espabílese, y encuéntreme todo esto!

Ivan colgó el aparato violentamente y se volvió hacia mí.

—Ya estoy harto de sus insolencias, Lam. He tratado de protegerle. Ahora se ha terminado.

Hizo una señal a Clover y descolgó el teléfono.

—Bueno, mándeme a los periodistas.

Se oyó ruido de carreras por el corredor y las puertas se abrieron de par en par. Me repantigué en mi silla, y encendí tranquilamente

un cigarrillo.

—Señores —declaró Nunnely Ivan—, me he esforzado en mantener el asunto secreto, porque no quería cometer una injusticia. He aquí a Donald Lam, un detective privado de Los Ángeles. Se ha ocupado de este asunto y ha sido acusado por Amos Gage en una declaración que éste ha hecho hoy.

Un repórter tomó una foto. Un periodista sacó un montón de cuartillas de su bolsillo y le preguntó a Ivan:

—¿Hace usted una declaración a la prensa?

Ivan dudó. Mi compañero Frank Malone, me miró y frunció el entrecejo.

—Lam, ¿que quiere usted decir?

—Muchas cosas. Yo sí que voy a hacer una declaración a la prensa.

—Venga —dijo Malone.

—El fiscal del distrito acaba de realizar, hace un momento, un descubrimiento aterrador. No hay ninguna ficha, ningún documento, ninguna mención de cualquier especie que sea de ninguna llamada hecha desde Carver City, de Central Creek o de Rommelly, al domicilio de Malcolm G. Beckley. Daphne Beckley, la viuda, afirma haber recibido esas tres llamadas; la primera de su marido, desde Carver City, la segunda igualmente de su marido, pero desde Central Creek; y la tercera cinco horas más tarde, desde Rommelly, hecha por la autoestopista rubia. El fiscal del distrito se ha enterado por los servicios del «inter» de que si estas llamadas hubiesen sido hechas estarían anotadas en fichas. Eso significa que Daphne Beckley ha mentido al pretender haberlas recibido. Eso quiere decir que no estaba en casa la noche del cinco al seis. Gracias a la perspicacia de Harvey Clover, aquí presente, la policía está comprobando una hipótesis muy osada. En dos palabras, es la siguiente: La autoestopista rubia que ha existido en carne y hueso, no era otra que la misma Daphne Beckley, con una peluca rubia y lentes de contacto teñidos para cambiar el color de sus ojos, actuando de acuerdo con su marido para tratar de estafarle ciento cincuenta mil dólares a la compañía de seguros.

—¡Un momento! —exclamó Ivan. No tiene usted derecho…

Harvey Clover me miró parpadeando. Levantó la mano, se volvió hacia Ivan, y dijo:

—Espera, Nunnely. Déjale hablar.

Continúe:

—Malcolm Beckley ganaba bastante dinero, pero gastaba todavía más. Tenía un seguro de vida por ciento cincuenta mil dólares en caso de muerte violenta. Su mujer y él han preparado un crimen perfecto. Todo empezó cuando conocieron por casualidad a un hombre que se parecía de una manera sorprendente a Beckley. Se llamaba Amos Gage. Estudiaron las costumbres de Gage. Buscaron sus amigos y relaciones, las personas que serían susceptibles de inquietarse por su desaparición. Si queremos tomarnos la molestia, creo que descubriremos una agencia de información para eso. Se enteraron de que Amos Gage estaba sujeto a crisis de etilismo periódicas. Le siguieron cuando su última crisis. Cuando Gage acabó por ir a parar a la estación de servicio de Carver City para solicitar un sitio en un coche, Malcolm Beckley llegó como por casualidad. Todo eso formaba parte de su plan. Beckley hizo sentar a Gage a su lado. Unos cuantos kilómetros después encontraron a la autoestopista rubia, es decir a Daphne Beckley, con peluca rubia y jersey ajustado. Subió detrás.

»Beckley se detuvo en Central Creek, muy ostensiblemente, para pagarles una comida a sus autoestopistas. En realidad para telefonear a su casa y ofrecerle una coartada a su mujer. Beckley simuló que hablaba por teléfono, y luego regresó para recoger a sus pasajeros. Rodaron hacia Rommelly, y, en un lugar escogido de antemano, Mrs. Beckley pegó un fuerte golpe a Gage en la cabeza. Juntos, Beckley y su mujer, se metieron por un camino transversal de la carretera, arrastraron a Gage fuera del coche, y sacaron la palanca del gato del coche. Su intención era golpear a Gage hasta el punto de hacerlo irreconocible, y abandonar el cadáver con objeto de que estuviera ya descompuesto cuando la policía lo encontrase. Llenaron los bolsillos de Gage con todos los papeles y las llaves de Beckley. Fue entonces cuando Beckley perdió su sangre fría. En el último momento se sintió incapaz de llegar hasta el fin. Su estómago se rebeló y tuvo que ir a vomitar a un matorral. Luego sin duda fue a lavarse en el riachuelo. Su mujer se dio cuenta entonces de la situación en que se encontraba.

»Había proyectado un asesinato con un hombre pusilánime que no tenía valor para llegar hasta el fin. Si mataba a Amos, Malcolm

se desfondaría y acabaría por ir a contarlo todo a la policía. Entonces ¿para qué arriesgarse a ir a la cámara de gas con una sustitución de cuerpo? Daphne no tenía necesidad más que de un marido muerto para convertirse en una viuda rica. ¿Por qué no matar a los dos hombres y dejar que la policía buscase a la misteriosa autoestopista rubia? ¡Ella tenía una coartada que su mismo marido le había dado! La idea le pareció excelente y la puso en ejecución inmediatamente. Y luego, antes que tuviese tiempo de devolver las cosas de Malcolm de los bolsillos de Gage a los de su marido, Amos recobró el conocimiento. Subió al coche y se marchó. El crimen perfecto había fallado algo, pero no mucho. Mrs. Beckley tenía su cadáver de un valor de ciento cincuenta mil dólares. Ahora podía hacer que se acusase a Amos. Anduvo pues hasta Rommelly, llamó al garaje y pidió un coche-taller. Al hacerlo, creía que el garajista iría, no encontraría coche en panne y volvería. Pero el chico que le abrió la puerta le gustó y pensó de pronto que podía muy bien hacer creer en el cuento de la bella autoestopista. Entró y hablaron de otras cosas en vez del coche-taller. Cuando Daphne Beckley decidió marcharse, Tom Allen juzgó que era muy tarde para molestarse.

Nunnely Ivan abrió la boca para decir algo, pero cambió de idea y se quedó callado. Yo continué:

—Los hombres del sheriff, después de un competente trabajo de deducción debido a Harvey Clover, han conseguido echar mano al espejo de Tom Allen de que se sirvió la misteriosa rubia. Tiene unas huellas digitales clarísimas y vestigios de rojo de labios. Tenemos toda clase de motivos para creer que esas huellas son las de Daphne Beckley. Los servicios de identidad judicial están comprobándolas.

Me callé, y encendí un cigarrillo.

—Nos será preciso una confirmación de todo eso —dijo Frank Malone—. Es que…

Clover se levantó bruscamente.

—Señores, no teníamos la menor duda de que Donald Lam iba a revelarles grandes detalles. Ha trabajado de acuerdo con nosotros, pero no estamos todavía en condiciones de dárselos con tanta minuciosidad. Les ruego que esperen todavía unos minutos.

—¿Esperar? ¿Con semejante información? —exclamó Malone—. Pero ¿qué se creen ustedes?

Clover se volvió hacia él, enojado:

—¡Márchense! ¡Ya está bien! Lam, no tenía necesidad de contarlo todo.

—¡Yo pensaba que querían ustedes que hiciera una declaración a la prensa! ¿No me hicieron venir para eso?

—No, y ahora salgan. Salgan todos. Tendrán una declaración oficial dentro de… ¿Dentro de media hora, Nunnely? ¿Está bien?

—Pongamos tres cuartos de hora, Harvey —dijo el fiscal general.

capítulo dieciséis

BERTHA Cool miró el periódico; y murmuró tiernamente:

—Eres un perfecto sinvergüenza.

Yo no contesté.

—Y ¿cómo lo arreglaste, Donald?

—Daphne Beckley exageró su pena. El médico le aconseja un crucero, el fiscal del distrito quiere evitarle la prueba de la vista de la causa. Entonces empecé a reflexionar. Luego, las coincidencias me chocaron. Creo que al principio no hice bien no prestando atención a una cosa que me había dicho Sandra Eden. Había ido a ver a una de sus amigas, bibliotecaria, para pedirle la dirección de una agencia de detectives, y la amiga le había dado la nuestra. Si los Beckley tenían la mirada puesta en Gage y su familia, había muchas probabilidades de que estuviesen al corriente de esa visita y de ese consejo. Y Mrs. Beckley se arregló para meternos en el asunto. No podían deberse a la casualidad dos visitas tan cerca una de otra. No era posible. Y luego, la Beckley empezaba a encontrar que pasaba mucho tiempo. El cadáver de Beckley tardaba demasiado en aparecer, y ella se ponía nerviosa:

—¡Que el diablo me confunda! —exclamó Bertha. ¿Esperaste a propósito a decirlo todo ante los periodistas, obligando a Daphne a hacer una confesión absoluta antes de tomarse un tubo de somnífero?

—Es más fácil que la cámara de gas. Y menos penoso que pasar su vida en una cárcel de mujeres, mirando como se va extinguiendo su juventud.

Bertha acarició el cheque colocado sobre un papel secante.

—El seguro habrá sido reembolsado de sus ciento cincuenta mil dólares. Y la compañía forma parte de una asociación con un fondo de garantía destinado a distribuir premios para todo fraude

desenmascarado. Hemos recibido este bonito cheque de diez mil dólares. ¡Diez mil! ¡Qué bonito!

—Tonterías —dije—. Piensa un poco en Amos Gage, que va a cumplir treinta y cinco años y cobrará setecientos cincuenta mil dólares.

Bertha dio un gran suspiro.

—A veces te encuentro exasperante y otras veces las lágrimas me asoman a los ojos pensando en todas tus acrobacias mentales, que… Me haces el efecto de un trapecista o de un bailarín sobre la cuerda floja. No se sabe nunca dónde quieres ir a parar, y te arriesgas tanto que me das un miedo bárbaro.

Empujé hacia ella el cheque del seguro.

—Pero el dinero no te da miedo, ¿verdad?

Bertha suspiró francamente.

—Te digo que me asustas, Donald. Voy a hablarte con franqueza. Si no fuese tan avara e interesada, rompería nuestra asociación.

—¿Pero no vas a hacerlo?

—¡Por Dios, no! ¡Ve en seguida a ver a tu Amos Gage y haz que le paguen pronto! Si Bertha tiene que continuar jugando, más vale ir recogiendo los envites.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.